



El diablo de Milán

CATHRYN DE BOURGH

El diablo de Milán-Cathryn de Bourgh. © Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. ©setiembre 2016.

E-mail para contactar a la autora: cathryndebourgh@gmail.com. O sigue mis novedades en mi página de Facebook.

Atención. Novela de ficción. Todos los personajes y lugares mencionados en la presente novela son invención de su autora y no guardan semejanza con persona real. Cualquier semejanza no es más que mera coincidencia. Novela inédita del género romance contemporáneo. Obra literaria registrada en safecreative.org y amparada en la ley de autor de la República Oriental del Uruguay 16.716. Todos los derechos reservados-

Edición revisada 2026.

El diablo de Milán

Cathryn de Bourgh

Nota de la autora.

La presente novela es parte de la trilogía que lleva el mismo nombre teniendo su continuación en *El diablo en la Sombra* y *Prueba de amor* publicadas en Amazon en el año 2018.

El diablo de Milán

Cathryn de Bourgh

Primera parte

Lucio Valenti, soltero y millonario y guapo como un demonio, era un visitante asiduo al exclusivo club de mujeres pagas cuando se acercó un día al dueño del establecimiento con ese insólito pedido.

—Necesito una virgen, Paolo—dijo.

No bromeaba, no solía bromear con esas cosas.

El dueño del prostíbulo lo miró algo sorprendido.

—Pero una virgen no es tu estilo—dijo con cierto reparo el dueño del burdel de lujo.

—Lo sé, pero la necesito ¿y no dicen que la necesidad tiene cara de hereje?

—Sí, supongo que sí pero hoy día es un poco difícil. A menos que... Vaya ¿entonces quieres probar cosas nuevas entrenando a una novata en la cama?

Galiani pensó que su cliente bromeaba. Él sólo tenía mujeres sofisticadas y bien entrenadas, que conocían bien su oficio pero que lucían como verdaderas damas formaban parte de su exclusivo club privado "de compañía". Él era uno de sus dueños, manejaba el negocio de la prostitución vip con suma cautela, usando de pantalla que allí se brindaban acompañantes y traductores para los viajeros extranjeros. Mediante un complejo y sofisticado método de sobornos, Galiani tenía montado un negocio muy rentable.

Una fachada para conseguir acompañantes discretos y amantes sofisticadas para millonarios aburridos y ansiosos de sexo sin compromisos como Lucio Valenti.

—No, no se trata de enseñar esta vez—confesó Valenti con un gesto de cautela—pero necesito una virgen hermosa y tierna, tú conoces bien mis gustos, pero esta vez debe ser auténtica.

No le dijo la razón, pero lo cierto es que si su mejor cliente pedía una virgen y el dueño de la agencia debía conseguirla.

—Escoge alguna que sea de mi agrado Paolo y luego, deberá firmar un contrato.

—¿Y qué contrato es ese?

—Menos pregunta Dios y perdona amigo. Haz lo que te pido, realiza una selección y luego me avisas. Si alguna me agrada y decido cerrar el trato, te pagaré una cifra de tres ceros. Pero debe ser perfecta para mí y dispuesta a firmar el contrato.

—Pero ¿por qué una virgen mi viejo amigo? ¿No puede ser una chica de mi agencia de compañía? Tengo las mujeres más cotizadas del negocio. Hermosas y saludables, de buen nivel intelectual.

El millonario lo negó con un gesto de desdén.

—Es que ya conozco a las chicas de aquí y ninguna serviría. ¿Crees que puedas conseguir lo que te pido o deberé buscarme una agencia que sí lo haga?

La amenaza fue contundente.

—Oh no será necesario. Veré qué puedo hacer por ti viejo amigo, sólo dame un poco de tiempo. Hoy día cuesta mucho encontrar una virgen hermosa y dispuesta a firmar un contrato. Temo que deberás decirme qué clase de contrato será ese.

—Vamos, tú eres convincente Paolo, ve al sur, consigue una chica hermosa y decente para mí, sabes que no tengo tiempo para andar buscando, los negocios son primero. Pero para que estés tranquilo quiero decirte que es un tema de negocios también. Un absurdo testamento que me obliga a casarme, de eso se trata. Sí, mi padre dice que si no me caso este año dejará el negocio en manos de mi hermano menor. No tiene derecho a hacerlo, pero lo hará.

—Una esposa. Qué interesante. Hubieras empezado por ahí.

—Es que el asunto no me hace gracia, sabes bien lo que pienso al respecto. Debo atarme a una mujer y no me atrae casarme con una de tus rameras. Al menos consigue una virgen, una chica decente dispuesta a casarse conmigo y a obedecerme. Pero es importante que entienda eso, será una boda forzada sí, una fachada para que pueda seguir haciendo lo que me plazca, pero si llevo una ramera nadie me creerá. No te pediría esto si no estuviera desesperado. El tiempo es oro ya has oído el refrán ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Veré qué puedo hacer. Pero necesitaré algo de tiempo y de dinero para mover contactos.

—Por supuesto, ve... ve y luego avísame. Es que lo que no tengo es demasiado tiempo. Envíame fotos primero, necesito verlas —dijo y le extendió un cheque de tres ceros para que empezara a moverse.

El señor Galiani pensó que lo conseguiría, no sabía cómo pero no podía perderse la cifra de seis ceros que le ofrecía ese millonario.

Cuando este se marchó buscó en su portátil el banco de datos que tenía. Había diez chicas que acababan de entrar y una de ellas tenía una cara de ángel, era rubia y parecía virgen, aunque no lo era por supuesto. Había un lugar donde se operaban las mujeres que querían recuperar su virginidad... Pero tenía pechos operados, eso era una desventaja, se daría cuenta, ese millonario no era tonto. No, necesitaba más que una cara inocente. Tenía que ser una auténtica virgen dispuesta a vender su virginidad. No solo su virginidad, su cuerpo y su alma para ser la acompañante de un italiano guapo y millonario. Vamos, el trato no era tan malo. Tendría un marido. ¿No era el sueño de una virgen? ¿Tener un hombre joven, millonario y dispuesto a casarse con ella? sólo que hoy día las vírgenes jóvenes escaseaban.

Era un pedido difícil, lo conseguiría sí, pero esta vez no podía hacerlo solo.

Hizo un par de llamadas y citó en su oficina a uno de sus buscadores de modelos principiantes dispuestas a salir con millonarios por dinero y fama. Era un tipo leal y discreto que se manejaba en la web y tenía muy buen trato con las chicas. Ernesto Schiavi. Alto, de largas piernas y porte intelectual era quién manejaba las redes y era además un experto programador y antiguo hacker sin trabajo.

—Bueno, tenemos un pedido especial mi amigo. Buen dinero si te mueves rápido y me das lo que te pido.

—¿De veras? ¿De qué se trata?—quiso saber.

—Una virgen inocente que esté dispuesta a vender su virginidad a un millonario a cambio de dinero y estabilidad.

Cuando supo los detalles Ernesto vaciló.

—¿Y dónde demonios esperas encontrar una chica así? Porque lo que quiere ese millonario no existe, ¿te das cuenta?

Al señor Paolo no le agradaba esa palabra.

—Para mí no existe no es una palabra válida, amigo. Esfuérzate. Búscame a la chica. Te enviaré a tu portátil el perfil del

millonario y el tipo de chica que le agrada.

Pero Ernesto pensó que no lo conseguirían.

—¿Y dónde debo buscar una virgen? Debería ir a la preparatoria y eso sería ilegal. Porque ninguna chica universitaria es virgen ni tampoco...

—Bueno, tengo algunas ideas. Creo que primero deberás viajar al sur, allí las jóvenes son más recatadas y conservadoras.

—Ni tanto... es una idea un poco falsa y estereotipada del sur, hoy día las cosas han cambiado, hay más libertad que antes, aún en los pueblos pequeños de Nápoles.

—Bueno, investiga eso. Sé que no será fácil, pero es mucho dinero en juego y todo debe ser perfectamente legal.

Perfectamente legal era una expresión ambigua en ese negocio. Hasta ahora había sido legal, pero ¿podría cumplir con el pedido de su mejor cliente y darle lo que necesitaba sin recurrir a métodos ilegales?

—Las vírgenes rubias no crecen como plantas, señor Paolo ¿y si luego de conseguirla no es del agrado de su cliente? ¿Deberé buscar más de una por si fallan? Eso sí será más complicado.

—Pues hazlo y me llamas. Tú eres el experto en relaciones públicas y le das al negocio ese tinte tan necesario de respetabilidad.

—Eso sí es verdad... bueno, te llamaré en unos días.

Una semana después Paolo comprendió que el pedido era mucho más difícil de lo que había pensado. Su asistente no había encontrado ninguna virgen rubia sureña dispuesta a dejar su vida pobre a cambio de tener un marido y una vida cómoda. Las mujeres de hoy día le escapaban al matrimonio y a los millonarios, no sabía por qué, y pensar que en su agencia más de una habría agarrado viaje con eso. La pena que él conocía bien su catálogo...

Y el tiempo corría, rápido, inexorable. Y el millonario empezaba a impacientarse, el muy bobo creía que pedir una virgen era tan

sencillo como reservar una cena en un restaurant costoso. No. Tenía que esperar y eso lo enfurecía.

Hasta que finalmente tuvo la fotografía de una joven estudiante de leyes amiga de una de sus chicas interesada en el negocio.

Al ver su fotografía Galiani pensó que lo había conseguido. Sí, esa serviría...

Cuando Lucio recibió la llamada de Paolo días después no se mostró tan optimista. El dueño del prostíbulo vip comenzó a volverse loco, no podía ser, acababa de conseguirle tres chicas y ninguna era de su agrado. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—Es que necesito ver a las jóvenes, conversar con ellas. Una foto no dice mucho—dijo Lucio Valenti.

—Pero son tres, imagino que alguna le gustará.

El millonario se mostró indeciso.

—Es que ninguna me agrada señor Galiani, son bonitas sí, delicadas, pero es que parecen unas colegialas todas ellas. ¿Qué edades tienen?

Valenti estaba francamente disgustado. Odiaba perder el tiempo así. Tener todo el dinero para pagar por una esposa, pero no encontrar lo que buscaba. Iba a casarse y eso lo ponía nervioso sí, quería al menos sentir alguna atracción por quien iba a ser su esposa un tiempo.

—Tienen diecinueve, veinte y veintidós—respondió Galiani paciente.

—Va bene sí... se ven como de quince, muy jóvenes, no me agrada ninguna. Son bellas las tres, pero le pido que busque otra.

Paolo Galiani dijo que lo haría reprimiendo su rabia. Era su mejor cliente y esperaba conservarle luego de la boda, así que mejor ser paciente y volver a intentarlo.

—Bueno, lo llamaré en una semana, necesito más tiempo señor Valenti.

Es que justamente eso era lo que ese millonario no tenía: tiempo! Su padre le había dado un ultimátum luego de morir, debía casarse ese año si quería ser nombrado heredero del imperio familiar. Así lo dispuso claramente en su testamento abierto tres meses luego de su muerte. Sabía que él era único capaz de llevar adelante el imperio comercial, su hermano no servía para nada, pero claro, siempre había sido el más rebelde y acostumbrado a hacer lo que se le antojaba y si no quería casarse pues no lo haría. Su padre lo conocía bien porque eran iguales. Y quiso poner esas condiciones porque no dejaba de echarle en cara su vida de playboy libertino, temía que esa vida lo arruinara con los años. “Gastas demasiado en autos de lujo, mujeres y obsequios para tus conquistas” solía decirle tiempo atrás. Su padre, Giacomo Valenti, duro como piedra, invencible y con un genio de los mil demonios ya no estaba para hacerle recriminaciones. Y Lucio todavía no se hacía a la idea de que ya no estaba, parecía que iba a llegar a los cien años como sus hermanos y primos, gente longeva si las hay y sin embargo un infarto fulminante lo había obligado a partir antes de tiempo, con tantas cosas para hacer y proyectos inconclusos. Ahora él debía tomar el mando, lo sabía. Pero no tendría el total de las acciones de la compañía hasta que se casara.

Lucio tuvo que aflojarse la corbata porque se sentía estrangulado y también bastante fastidiado. No tenía tiempo para conquistar una chica y convencerla de que se casara con él, y de sus amigas, pues ninguna era apropiada para convertirse en su esposa. Casarse lo asustaba así que debía hacerlo con una chica que fuera tranquila y no le diera problemas. Y que fuera guapa y... tal vez estaba pidiendo demasiado.

—Está bien, olvide ese asunto de la virginidad. Que sea decente me alcanza, al parecer eso le ha dado mucho problema—dijo entonces.

Paolo se sintió desconcertado a través del teléfono. Estaba claro que ese hombre no sabía lo que quería. Al menos no parecía conforme con nada. Ahora entendía por qué seguía soltero.

—Bueno, veré qué hay para usted señor Valenti. Tenga paciencia, lo que usted necesita no es sencillo de encontrar—le advirtió.

—Es que no dispongo de tiempo, ¿comprende? Necesito conocer a la chica y que me guste.

—¿Entonces viajará a Capri como acordamos?

—Ahora no puedo, la semana entrante tal vez. Le avisaré—dijo y cortó la llamada.

Estaba furioso. ¿Qué tan difícil era encontrar una esposa adecuada en esos días? Todas las chicas con las que había salido habían intentado atraparle por eso se había alejado y había escogido una agencia para salir con chicas que no buscaban compromisos, sólo sexo a cambio de dinero. Eso era lo ideal.

Su primo Giovanni Mascaro sonrió cuando lo oyó maldecir.

—¿Líos de faldas, amigo?—preguntó.

Valenti bebió su refresco de limón antes de responder.

—Algo así.

—¿Entonces vas a casarte al final para que la empresa no pase a manos de tu hermano?

—Por supuesto.

—No sé por qué le pides ayuda a ese hombre, en tu oficina tienes admiradoras más que dispuestas a casarse contigo, sólo tienes que dar un paso y allí las tienes.

—¿Con una empleada? No... ninguna vale la pena.

—Ah eso es porque no la has mirado bien. Hay una muy bonita que trabaja para tu socio que seguro te agradaría.

—No sé de quién hablas, pero no tengo tiempo para cortejos y lo que menos deseo ahora es liarme con una joven oficinista.

Giovanni sonrió pensando en esa joven rubia tan bonita que suspiraba por su primo cada vez que lo veía. Él también suspiraba por ella, pero la joven lo ignoraba por completo, sólo tenía ojos para el jefe y heredero como tantas otras.

—Tengo que irme ahora—Valenti pagó la cuenta con unos euros que tenía en el saco y se marchó.

Entró en su auto Ferrari y manejó sin parar hasta la empresa. Había mucho en juego. Demasiado. Mucho dinero que perder si no cumplía con esa bendita cláusula.

Se rió al recordar un consejo de su primo Giovanni, ¿por qué no te acuestas con tu secretaria y luego le pides matrimonio?

Lo haría si encontrara una chica guapa y agradable, pero además no podía simplemente acostarse con una empleada, tenían una política muy estricta al respecto.

Entró en el edificio con columnas y escaleras de mármol, lujoso como todo lo que pertenecía a la compañía y dirigió una mirada al portero sin prestarle mayor atención, tenía una reunión de accionistas en media hora y no podía perder ni un segundo.

Así era su día entero. Trabajo, más trabajo, alguna cena o almuerzo, viajes esporádicos y más trabajo. Pero lo había hecho bien, había ampliado su capital y duplicado su herencia y ahora lo tenía todo. Excepto que le faltaba lo principal: las acciones que su padre le había cedido en vida a condición de que se casara.

Y él no quería casarse, esa era la verdad, la sola idea lo ponía de mal humor.

Apuró el paso y cuando entraba a su oficina ocurrió algo insólito al presenciar una escena casi dramática protagonizada por su asistente, Elena y una joven rubia a quién no conocía. Se detuvo perplejo al ver que su secretaria estaba golpeando a una chica rubia mientras la insultaba y la acusaba de ladrona. La otra joven lloró jurando que era inocente y al ver que la otra planeaba darle una paliza optó por defenderse jalando su cabello color caoba, pero su secretaria era muy brava. Vaya, nunca la había visto tan enojada ni imaginó que pudiera ser tan violenta.

Observó la escena divertido hasta que decidió intervenir y poner fin a esa pelea de gatas de arañazos y tirones de cabello por aquí y por allá.

—Pero ¿qué es esto, por favor? Elena. Deja en paz a esa pobre chica. Si quieren pelear vayan a un ring de boxeo, esto es una oficina no una sala de espectáculos.

Al oír su voz ambas dejaron de pelear en el acto y lo miraron con terror.

—Señor Valenti, lo lamento mucho, de veras—dijo Elena sonrojándose—pero esta ladrona acaba de robarme mi caja de sombras y, además, no sólo eso, pues la pesqué in fraganti en su escritorio buscando qué robarse. Estaba revolviendo sus cosas. Es una ladrona descarada y todos lo saben.

La chica en cuestión se defendió con calor.

—Sólo estaba buscando a mi tío, vine a buscarle no estaba robando nada ni hurgando, esta desquiciada está mintiendo.

Nadie le creyó una palabra, Elena dijo sin piedad que ella había estado mirando las fotos, sentándose en el despacho de su jefe el señor Valenti y abriendo sus cajones para robarse algo.

—Miré, aquí está, la filmé con el celular—dijo desesperada la asistente.

Y sin perder tiempo buscó en su iPhone y la chica rubia comenzó a llorar cuando él vio con sus ojos que había estado en efecto en su despacho “curioseando” de aquí para allá como si viera qué podía llevarse. ¡Habrased visto tal descaros! Intentar robar en su oficina. ¿Qué esperaba encontrar que fuera de valor?

Valenti observó a la pequeña ladrona y sonrió. Tenía una hermosa carita redonda de mejillas llenas y frente alta curva, sus ojos de un azul profundo lo miraron con desesperación al verse acorralada. Él la miró con curiosidad, nunca la había visto en su vida, pero al parecer sí era conocida por su asistente y esta decía que era una ladrona consumada.

Su secretaria volvió al ataque.

—Y como la pesqué merodeando en su oficina señor Valenti, se llevó mi caja de sombras en venganza. Y no es la primera vez que se roba algo de aquí, un día había pedido un postre de chocolate y salí

un momento para buscar un café a la máquina y mi postre ya no estaba.

La pequeña ladrona protestó airada y sus mejillas se encendieron de rubor.

—Mientes, maldita zorra buscona. Yo no robo comida ni robo nada, no lo necesito mi tío es millonario ¿entiendes? Y cuando sepa lo que has hecho te despedirá. ¿Qué te has creído tú?

—¿Tu tío millonario? Oh sí, no me digas, el otro día te oí decir que tu verdadero padre era Alain Delon. Vamos, deja de inventar, estás aquí porque tu tío es accionista. Por eso no pueden echarme, aunque te robes media oficina. No eres nadie sin tu tío millonario, no sabes hacer nada sólo mandados como hacen todos los inútiles que conozco—le respondió Elena llena de veneno.

Ante semejante afrenta la chica rubia se puso roja como un tomate y avanzó con ganas de darle una paliza.

—Y tú eres una maldita perra que tiene sexo con un hombre casado y además tiene novio. Te he visto en la oficina 504, eres una vulgar ramera que lo hace con cualquiera, todos te conocen bien y por eso te buscan, Elena—le respondió.

Ante semejante acusación Elena estuvo a punto de matarla y se obligado a intervenir de nuevo.

—Basta, Elena regresa a tu trabajo yo arreglaré este asunto. Y tú ve a mi despacho ahora, ¿me has oído? No sé quién es tu tío, pero soy el dueño de esta empresa y no hay nadie por encima y no me importará despedirte si no obedeces—su tono no admitía réplica ni tampoco rebeldía.

Sin embargo, la chica rubia no quería ir, estaba avergonzada y en shock, sólo quería escapar y desaparecer. La habían pillado de nuevo merodeando la oficina de Lucio Valenti, diablos, pensó que esa ramera de cabello multicolor estaba ocupada prendida a los pantalones del hermano de Valenti como la había visto una vez. Maldita perra descarada, le había arrancado un mechó de pelos y lo peor era que la había puesto en evidencia con su amor imposible. Estaba avergonzada y aterrada y haciendo caso omiso a lo que le

decía uno de los principales de la compañía escapó, quiso escabullirse, pero Elena que se la tenía jurada le cerró el paso y del otro lado tropezó con Valenti que la atrapó entre sus brazos.

—Tú no irás a ninguna parte, ¿me has entendido?—dijo de mal talante.

Varina suspiró al sentir que la jalaba y sonrió sin poder evitarlo. Era lo que quería desde hace meses, que la tocara, que se fijara en ella y lo había hecho. Desde que entró en esa oficina no le había quitado los ojos de encima.

Pero en los ojos del jefe no había nada romántico ni sensual, pronto descubrió que el hombre estaba furioso.

—¿A dónde crees que vas, pequeña insolente? Vamos, no me obligues a usar la fuerza. Tienes mucho que explicar o devolver tal vez. Ve ahora a mi despacho ahora o juro que lo lamentarás.

—No lo lamentaré porque mi tío es...

—Oh sí tú tío es millonario... Pero esta empresa es mía niña tonta ¿qué es eso de andar robando aquí como una vulgar ratera y entrando en mi oficina sin permiso? ¿Quién te ordenó que lo hicieras?

—Nadie—replicó ella ofendida—No soy una ratera, no me hable así. ¿Quién se cree que es? ¿El dueño del mundo? —lo enfrentó Varina, pero estaba al borde de las lágrimas. Odiaba estar en ese edificio, trabajar sólo porque esa estúpida terapeuta convenció a tía Giuliana de que ella debía tener un trabajo y nuevas responsabilidades. Ella no soportaba estar con gente extraña más de ocho horas, seis días a la semana casi. Así que, si la despedían, pues estaría encantada.

Excepto por algo... le gustaba mucho ese hombre, tanto que siempre que podía se escapaba a su oficina para verle de lejos, espiarle...

Sólo por eso entró en su oficina y decidió soportar el rezongo y clamar que era inocente. Nada más entrar allí suspiró al sentir ese perfume caro al que ella llamaba simplemente "Lucio Valenti",

deseaba tanto saber cuál era para comprarse un frasco y olerlo todos los días. Diablos, ¿cómo un hombre tan guapo y perfecto como ese podía ser gay? Ella no lo creía, pero...Había un fuerte rumor en la compañía y al parecer por ello decían que necesitaba casarse, para que sus familiares lo dejaran tranquilo. Oh sí, en ese lugar insalubre llamado empresa Valenti & Ricardi las noticias volaban.

Varina iba a sentarse cuando notó que esa perra negra la acechaba.

—Dígale que se vaya, señor Valenti, no hablaré con usted si ella está presente—dijo Varina nerviosa.

El guapo jefe miró a su secretaria y vaciló.

—Está bien, ya oíste a la joven, ve Helena—dijo.

Los ojos cafés de la ramera de cabello multicolor echaban chispas, ¿su jefe la echaba por culpa de esa ladrona? Era el colmo. Pero tuvo que tomar su cartera y largarse y lo hizo de malas maneras por supuesto.

—Muy bien, toma asiento—dijo Valenti y fue a cerrar la puerta para que nadie los molestara.

Varina pensó que era el mejor día de su vida a pesar de la zurra y todo lo demás.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir en tu defensa? ¿Cuál es tu nombre?—sus ojos cafés la miraron con fijeza, parecía enojado pero esa mirada la hizo temblar.

—Varina Dubreil.

—¿Dubreil? Pero no hay ningún Dubreil en la compañía que tenga un puesto importante. Has mentido ¿verdad? Mientes y robas pequeñas cosas... Creo que tiene sentido.

—Yo no robo cosas ni miento señor Valenti. Mi tío es Pietro Romani, su socio.

—Ah, Pietro Romani sí... por supuesto. ¿Es tu tío? Vaya, no te pareces a él. Ni él tiene sobrinos por la sencilla razón de que no tiene hermanos—dijo el jefe desconfiado.

Ella se quedó callada.

—Soy la sobrina de su esposa Giuliana. Por ella estoy aquí, trabajando. No he robado nada, deje de acusarme por favor. Esa chica es una histérica.

—¿Te refieres a Elena?

—Sí, se lo inventó todo porque me odia. Como soy la sobrina de uno de sus jefes no me soporta. Y no deja de hacerme estas cosas para que renuncie, pero no lo conseguirá y si sigue molestándome la demandaré por acoso laboral.

Él se quedó mirándola y sonrió.

—Ya veo, te enviaron aquí por algún castigo en el colegio, en esos internados a dónde van las chicas rebeldes y consentidas, seguramente estabas allí el año pasado, pero hiciste algo indebido y entonces...

—No soy una colegiala y hace años que dejé el internado. Tengo veintitrés—respondió Varina con calor.

Valenti rió con sarcasmo como si no le creyera una palabra.

—Otras de tus mentiras, seguramente. ¿Veintitrés? No te creo, debes tener diecinueve a lo sumo.

Ella lo miró furiosa.

—No es mentira. Tengo veintitrés años. Le enseñaré mi pasaporte.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Está bien, tranquilízate, olvida eso. Vamos, te enojas por todo como una adolescente rebelde. Dime algo: ¿cuánto hace que trabajes para mí?

—Dos meses.

—¿Y qué haces, en qué oficina trabajas?

—Ayudo al asistente de mi tío, traigo café, hago mandados y a veces me permiten usar el ordenador. Un trabajo de porquería si quiere saber. Pero me gusta hacer mandados, salir y comprar cosas, de esa manera no tengo que estar encerrada todo el tiempo.

—Ya veo... Pero ¿tienes estudios, alguna especialización?

—No ¿por qué debería tenerla? Aquí son todos unos inútiles, sólo saben de números y negocios. En mi oficina ninguno es titulado de nada. Es una empresa familiar, así que los inútiles de la familia de todos los socios tienen aquí un empleo seguro y bien pago. Fin de la historia.

Él miró a la joven rubia y pensó que era muy impertinente y consentida. Tanto que le daban ganas de sentarla en sus piernas y darle una zorra y sin embargo sus ojos eran realmente hermosos, azules, tan bellos y tan tristes.

Una chica preciosa, tal vez serviría para sus planes se dijo mientras sus ojos recorrían su figura levemente rolliza y muy femenina. Cintura estrecha y pechos altos apretados con algún corsé para disimular su volumen, no entendía por qué lo hacía pues eran redondos y perfectos, pero al menos no usaba faja en las caderas como otras chicas, sus formas eran suaves y naturales.

Posó su mirada en un punto indefinido para no marearse al sentir sus sentidos embriagados por la visión de esa jovencita insolente y problemática.

—Está bien—dijo luego—al parecer odias trabajar aquí y esas picardías de robar cosas eran parte de tu plan. ¿Quieres que te echen verdad? O poner en aprietos a tu tío.

Ahora la jovencita estaba de nuevo enojada.

—Yo no robé nada señor Valenti, se lo juro. Su secretaria miente, ella me odia y se lo inventó todo para perjudicarme.

—¿Y qué me dices del video donde apareces entrando en mi oficina y revisando los cajones del escritorio principal? ¿Buscaba algo para llevarte?

—¡No! Yo no tomé nada, revise sus cajones, verá que no le falta nada.

—¿Buscabas algo aquí? ¿Por qué te vieron merodeando en mi oficina, me lo puedes explicar, por favor?

—Porque estaba aburrida y debía esperar a que usted regresara. Lo siento, no quise husmear, pero había unos documentos que debía firmarme. Están aquí en ese sobre blanco. Su secretaria lo inventó todo, ella lo espía ¿sabe? La he visto. Siempre revisa sus cosas, escucha sus llamadas.

Aquello último era inesperado.

—¿Qué has dicho, pequeña?

—Es verdad. En su empresa hay espías, todos espían y su secretaria lo espía porque le gusta hacerlo o porque alguien la manda. ¿Confía realmente en ella?

Si Varina esperaba provocarle pues lo había conseguido. Ahora él la miraba muy serio, sorprendido y casi furioso por lo que acababa de decir.

—¿Y cómo es que sabes tantas cosas si sólo haces mandados desde hace dos meses?—le preguntó con cautela.

—Es que observo a la gente, escucho cosas, es lo único divertido en esta empresa. Soy mirona, curiosa por así decirlo.

—Y al parecer vigilas a mi asistenta y cuando se descuida le robas el postre chocolate y también sus pinturas.

Varina se puso colorada al oír eso.

—No, yo no robé nada señor Valenti, se lo juro, Elena lo inventó todo porque me tiene miedo. Es que la pesqué con su hermano Tulio y eso la asustó y desde entonces no ha dejado de perseguirme haciendo correr sus mentiras sobre mí diciendo que soy una ladrona y demás.

Su jefe se acomodó en su asiento y sonrió.

—Va bene ragazza, dejemos ese asunto—hizo una pausa y miró su escote, lo hizo—Es extraño...pero hace dos meses que trabajas aquí y es la primera vez que te veo. Y eso que al parecer merodeabas por mi oficina.

La joven no sabía cómo tomar eso, ¿por qué la miraba con tanta fijeza?

—¿Y qué hará ahora señor Valenti, acaso usted va a despedirme?

—No... No soy tan malvado. Pero haré un inventario de las cosas que faltan y se te descontarán del sueldo.

Eso no le gustó nada.

—¿Qué?—repitió atónita—Con lo poco que gano, eso es un abuso. Usted es millonario, además sólo fueron unas baratijas sin valor.

Él sonrió.

—¿Entonces admites que las robaste? Eso me agrada. Tal vez pueda perdonarle que sea cleptómana pero ladrona y mentirosa es demasiado, ¿no crees?

—Está bien, lo confieso, me llevé unas cosas sí pero no eran valiosas. Baratijas sin valor. Las tomé prestadas en realidad y otras las encontré por ahí. Eso no es robar. Ya sabes, si lo encuentras perdido es tuyo.

—Pero no es justo que te lleves cosas que no te pertenecen. Si deseas algo puedes comprarlo, tienes un sueldo para ello o pedirlo. Puedes pedírmelo la próxima vez.

Ella no dijo nada, había estado años haciendo terapia para frenar sus impulsos de robar y lo había logrado. Antes solía pelear con todo el mundo y sufría estallidos bruscos de ira, también les robaba cosas a las chicas del instituto. Tenía varias cajas con esos "tesoros". Un estúpido del colegio le había dicho que ella era como una urraca, todo lo que brillaba se lo llevaba para el nido. Pues no era verdad, ella no era una urraca, coleccionista era una palabra más apropiada.

Varina soportó estoica el resto del discurso moral al estilo tía Giuliana. "Por favor Varina, deja de hacer esas cosas, terminarán llevándote presa por robarte cosas en el supermercado. Hay cámaras filmando en todas partes." De nada servía que le explicara que ella sabía hacerlo y no la pescaban, nunca lo hacían. Era muy buena robando pequeñas cosas, nadie se daba cuenta. Además, en

esa oficina no habían sido cosas grandes: sólo un par de bolígrafos, hojas, y algunos anillos y perfumes pequeños que encontró en el lavabo. Si las oficinistas perdían las cosas porque se iban de copas durante el almuerzo o quedaban bobas luego de recibir caricias íntimas durante una hora en su oficina no era su culpa. Ellas debían cuidar mejor sus pertenencias en vez de dejarlas tiradas.

—Bueno, ¿ya terminó señor Valenti? ¿Puedo irme?—dijo molesta a pesar de que se esforzó de que su tonto fuera suave.

La mirada que le echó la hizo temblar.

—No, no puedes irte. Quiero que me digas qué ha estado haciendo mi secretaria. Es más, te exijo que me digas todo lo que sabes de esos espías que mencionaste.

Varina se puso colorada de nuevo, no pudo evitarlo. Valenti estaba furioso y sin embargo no dejaba de mirar sus pechos, era un desgraciado. Pero de algo estaba segura, por la forma en que la miraba, como si estuviera haciéndole una radiografía casi, no tenía duda alguna: ese hombre no tenía un pelo de gay. Un gay no habría mirado sus piernas, su escote y sus labios ni sus ojos, nada escapó a su mirada. Al comienzo pensó que la miraba por curiosidad, pero no era tonta y conocía bien a esos italianos, el jefe Valenti la miraba como si fuera un trozo de carne, una hembra a la que deseaba tomar y eso no la ofendía para nada, al contrario. Le encantaba, pero también la hacía sonrojarse diablos, no podía controlar eso.

Tragó saliva y recapituló, él le había hecho una pregunta y debía responderle.

—¿Se refiere a lo que hace con su hermano casado?—preguntó ella.

—No, eso no me interesa señorita Dubreil, me refiero a lo otro, eso de que ella y otros más son espías.

—Bueno, eso sí es verdad, la he visto. Pero lo que no sé es para quién espía y en realidad no sé si lo espía o lo hace porque... Tal vez Elena esté enamorada de usted, señor Valenti.

Él descartó esa posibilidad con un gesto de impaciencia.

—Quiero la verdad, no inventes por favor.

—No estoy inventando señor Valenti, le dije lo que sabía que no es mucho, porque sólo la vi unas veces. Aquí hay muchas historias, algunas son simples. Enredos de sábanas.

—Esos enredos que dices no me interesan para nada. Lo que sí me interesa es averiguar ese asunto de los espías porque en esta oficina hay muchos temas que son confidenciales, documentos que no pueden perderse y también secretillos que no conciernen a nadie más que a mí. Conozco a tu tío así que imagino que puedo confiar en ti para que me digas si recuerdas algo más.

Ella lo miró intrigada, ¿de qué hablaba exactamente?

—¿Te gustaría ganarte un dinerillo extra espiando para mí?—le preguntó Valenti entonces.

La propuesta le pareció tan inesperada como tentadora. ¿Espiar para ese italiano, trabajar para él, estar cerca del hombre más guapo que había visto en su vida?

Oh, por supuesto que lo haría, no había nada que pensar. Diablos, pensó que iba a matarla cuando le ordenó que fuera a su oficina, pero no había sido así, al contrario, él quería que fuera su espía...

—¿Quiere que espíe a todos sus empleados? Eso podría llegar a ser muy estresante y también algo peligroso.

—No va a espiar para mí, sólo investigar ciertos asuntos confidenciales. Y a cambio guardaré silencio, no le diré a su tío de sus fechorías robando pequeñas cosas en la empresa.

—Es una idea interesante, pero no sé si sea una buena idea.

—¿Y por qué no sería una buena idea?

—Porque usted es un hombre desconfiado y muy maniático. No soporta que nadie esté en su oficina ni toque nada y... tal vez piense que le estoy mintiendo y que intento robarle. Además, le repito que no robé nada.

—Está bien, olvide esa parte, no ha robado nada de valor eso quiso decir. Lo acepto. Pasaré ese asunto por alto, pero no me

mienta ¿sí? No lo haga y todo saldrá bien. Tal vez hasta le dé un ascenso si me demuestra que es buena en esto.

Ella sonrió y lo miró de una forma seductora que le encantó.

—Trato hecho. Pero no quiero estar encerrada, quiero seguir haciendo mandados. Por favor. Sufro de claustrofobia, ¿sabe?

Varina salió poco después de esa oficina sintiendo que volaba. Trabajaría para ese hombre sexy y guapo. No la despediría como temía, sino que espiaría para él... sonrió para sí. La mentirilla de que Elena lo espiaba y que en esa empresa todos espiaban había dado resultado. Él había mordido el anzuelo. Ahora debía inventarse a quién acusar sin delatarse en su mentira. Bueno, era claro que Elena que vivía arrodillada en la oficina del hermano Valenti espiaba para su hermano además de otros enseres. Había varios bandos en ese lugar y eso lo sabía por las cosas que se comentaban.

Cuando entró en su lugar de trabajo poco después ese bobo sureño, asistente de su tío le preguntó qué le había pasado a su cabello.

—¿Qué tiene mi cabello?—se quejó.

Él sonrió.

—No importa, te ves preciosa con el cabello hecho un lío.

Varina se miró en el espejo molesta y entonces vio que esa perra de cabello multicolor le había dejado dedos marcados en las mejillas y el cabello despeinado y horrible. Diablos, le dolía de donde le había tirado. Maldita zorra barata, ya le daría su merecido. Arreglaría cuentas con ella muy pronto.

La secretaria perfecta

Valenti suspendió su viaje a Capri y la idea de encontrar una esposa por encargo hasta nuevo aviso. De pronto comprendió que era una locura casarse de esa forma, debió estar demente para ofrecer dinero por una esposa virgen y hermosa.

Tenía otros asuntos que resolver mucho más acuciantes en esos momentos, así que la boda tendría que esperar.

Cuando entró en la oficina y ver a esa pícara gata de ojos azules, el agobio de los negocios pareció esfumarse. Apuró el paso y evitó mirarla para disimular. Vaya, qué hermosa estaba.

El cambio obrado en la bribona era asombroso, ya no se veía como rebelde adolescente, sino como una fruta que había madurado y estaba a punto de caer y él soñaba que cayera en sus brazos, pero... para eso faltaba un tiempo. Hermosa y tentadoras sí, aunque seguía teniendo sus travesuras. No sabía si era ella, pero los papeles desaparecían y aparecían en lugares insólitos. Volvió a desaparecer un trozo de bizcocho del escritorio de Elena y también su nuevo rouge que había encargado a una oficinista que traía labiales y cosméticos de París por encargo. Fue todo un drama, su secretaria se puso histérica. Todo por un labial importado...

Además, estaba furiosa por la presencia de Varina pero no pudo decir nada, pues como dice el refrán: dónde manda capitán no manda marinero y él tenía el timón y tuvo que recordárselo cuando protestó el día que desapareció su labial.

—Buenos días, señor Valenti—saludó su nueva secretaria entrando en la oficina y besando su mejilla con cierta timidez.

—Hola preciosa, ven, siéntate—le respondió él.

La joven obedeció.

—¿Has almorzado, preciosa?—le preguntó.

Ella negó con un gesto.

—Bueno, vamos, te invito a almorzar.

Varina lo miró atónita “¿oh de veras?” preguntó.

—Sí... hay un restaurant estupendo cerca de aquí.

Elena presenció la escena furiosa e impotente. Al parecer esa mosquita muerta se quería robar el premio mayor. Estúpida. Su jefe las prefería modelos, muy esbeltas y hermosas. Esa no era más que una colegiala boba y gorda, muy redonda para que le gustara a su jefe. Pero por una razón que no entendía se habían hecho amigos y algo más, él la miraba con interés como si tuviera interés en ella, como si realmente fuera bonita y le gustara... Realmente no podía creerlo.

Varina sonrió de oreja a oreja y pasó delante de esa perraca presumiendo que iba al lado del galán más guapo de la empresa, aunque no se hacía ilusiones al respecto por supuesto. Los millonarios guapos como él no se fijaban en chicas como ella, tal vez sólo quería hablarle en privado de un asunto que lo estaba aquejando. En poco tiempo había descubierto que sus empleados más cercanos no eran tan leales como creía y que su hermano menor era quien menos trabajaba en la empresa. Hacía cebo y se largaba para empezar, lo único que lo retenía las ocho horas era una chica sexy llamada Emilia que además era la novia de su mejor amigo... Elena no era la única ni tampoco la favorita. Así que lealtad cero todos ellos, lealtad, respeto, nada, vivir el momento y joder a todo el mundo sin que nadie se enterara, así era su filosofía.

Cuando la llevó a su garaje en busca de su auto lo miró espantada, ¿no estaría pensando en que ella era de esas oficinistas aburridas en busca de emociones fuertes no?

—¿Y por qué vamos al garaje?—preguntó sin poder disimular su terror.

Él la miró con fijeza.

—Tranquila, es que quiero llevarte a un restaurant lejos de aquí y no podemos ir andando—le respondió y la dejó pasar primero como todo un caballero.

Varina vio su auto y se quedó pasmada. Sólo dos puertas, deportivo negro y...

Le abrió la puerta y la joven entró deslumbrada. Vaya, ni su tío rico tenía un auto como ese y eso que ella siempre lo había creído un millonario.

—Entra vamos, no voy a comerte—dijo con una sonrisa.

Ella se sonrojó como tonta y estuvo así hasta llegar al exclusivo restaurant de Navigli llamado Spritz, lujoso y acogedor.

Varina agradeció que al menos al llegar al restaurant el clima frío y acondicionado del local la ayudara a aflojar el rubor furioso de sus mejillas. No podía ser tan tonta de ponerse roja ante una mirada, pues eso no era una cita sino un almuerzo de trabajo.

Miró a su alrededor pensando que era un lugar precioso, pintoresco y lujoso a la vez con un montón de platos servidos en una mesa que le recordaron lo hambrienta que estaba mientras su jefe recibía una llamada que no atendió.

Finalmente apagó su celular molesto.

—Bueno, ¿qué te gustaría comer preciosa?—dijo.

—Lo que tú pidas estará bien, me gusta todo—confesó Varina
—Bueno excepto la verdura hervida y las mezclas de dulce y salado.

Su jefe sonrió.

—Muy bien, pediré pasta para los dos—respondió. Luego hizo un pedido de pastas y queso.

—Ahora cuéntame de ti. Apenas te conozco y me gusta conocer un poco a la gente que trabaja para mí—le confesó.

Oh sí, era eso.

—Bueno, es que no hay mucho que contar o tal vez sí, depende de lo quiera saber, jefe.

—Lo que quieras contarme—fue la inesperada respuesta.

Varina suspiró.

—Bueno, nací en Francia, mi madre murió cuando era una niña y mi padre se largó así que tía Giuliana me adoptó. Tuve una buena vida, no puedo quejarme viajes, ropa cara y todo lo que quería hasta que me tenté, robé en una tienda y como era primeriza por llamarlo

de alguna manera me enviaron a terapia y a realizar tareas comunitarias. La terapeuta es la responsable de que esté aquí pues la muy bruja convenció a mi tía de que debía trabajar si no me gustaba estudiar, que tenía que madurar y cosas así...—rió tentada— Fue un castigo mayúsculo, estar encerrada ocho horas todos los días casi sin poder viajar ni comprarme todo lo que quería y subsistir con mi pobre sueldo... Ustedes no lo saben, pero un cadete no gana más que para salir al cine, y comprarse algo de comida y ropa en rebajas. Me pagan lo mínimo y encima es la única mesada que tengo: mi sueldo. No más regalos costosos porque tío rico todavía no me perdona el incidente del robo en la tienda de lujo.

Él sonrió al oír eso último.

—¿Así que tus travesuras comenzaron en una tienda de lujo?

Varina asintió algo avergonzada, tal vez no debió decirle eso, pero tuvo la sensación de que lo sabría de todas formas.

—¿Te gustaría ganar más dinero?—le preguntó luego.

—¿Y a quién no?—replicó

Él demoró en hacerle una oferta.

—Te pagaré el triple de lo ganas como asistente y mandadera sí, pero habrá otras exigencias.

—¿Cómo cuáles?—replicó la joven emocionada.

—Trabajarás para mí, pequeña cleptómana, pero no te llevarás nada para tu cajita de baratijas ni dirás mentiras. Si quieres llevarte algo de mi oficina me avisas ¿sí?

La joven se puso colorada como un tomate.

—Pero yo no me llevé nada señor Valenti—balbuceó.

Él sostuvo su mirada.

—Te llevaste una de mis corbatas preferidas, una caja de bombones que pensaba obsequiarle a mi tía y un pañuelo.

Varina estaba al borde de las lágrimas.

—Yo no lo hice—protestó acorralada mientras el rubor la delataba.

—Fuiste tú, hay cámaras en mi oficina pequeña. Y si abriera tu cartera ahora encontraría el perfume y la corbata.

Ella retuvo la cartera y se incorporó molesta.

—Creo que no trabajaré para usted, señor Valenti—declaró—Si me cree una ladrona sin escrúpulos no comprendo por qué insiste en contratarme.

—Tienes razón, no debería y no comprendo para qué la corbata.

Varina apretó los labios para no decir una palabra.

—Siéntate. Estás equivocada ¿sabes?

Ahora no podía entender nada.

—Siéntate pequeña, vamos, el tiempo es algo muy valioso para mí.

Varina no quería obedecerle, quería largarse y olvidar a ese hombre, pero estaba tan aturdida que no sabía qué hacer.

—Siéntate. Quiero que me digas por qué te llevaste la corbata y también el pañuelo de mi saco. Eso fue tan evidente. ¿Querías regalárselo a tu novio, tal vez?

—No tengo novio—replicó ella molesta.

—¿Entonces para qué querría una chica tener una corbata y un pañuelo de hombre?

“¡Ni muerta te lo diré, he dicho!”

Varina abrió su cartera nerviosa y le entregó ambas prendas.

—Aquí tiene su corbata y el perfume, señor Valenti, lo lamento, no... Fue un impulso que no pude controlar y pensé que iba a tirarla, la vi en el suelo y...—sí, algo tenía que inventar para salir del paso.

—Es una corbata carísima. Y me la saqué un día porque la manché con el café. ¿Cómo iba a tirarla? Pero guárdala ¿qué haré con ella ahora? Se estropeó supongo.

Varina obedeció.

—Lo lamento señor, creo que no merezco trabajar para usted ni creo que pueda confiar en mí.

—Es que no confío en ti ni en nadie de esta empresa, ni en mis familiares, ese no es el punto aquí.

—¿Entonces cuál es el punto, señor Valenti? ¿Qué quiere de mí?

Él la miró con fijeza.

—Todavía no lo sé, pero quiero que aceptes trabajar para mí y me prometas que no volverás a llevarte nada de mi oficina. Y que comenzarás a atenderte con una terapeuta muy buena que conozco.

—Olvídelo, las terapias no funcionan para mí. Estuve años yendo a una y no resultó.

—Pero esta vez sí resultará. Es la condición que pongo para que trabajes para mí y ganes esa pequeña fortuna. Te ayudará, todos necesitamos una buena terapia a veces.

La llegada del almuerzo puso fin a su indecisión. Se quedaría.

—Vamos, siéntate, se enfriaría este delicioso plato. Debes tener hambre.

Sí, la tenía. Y le encantaba comer en los restaurantes, todo tenía un gusto tan delicioso, aromatizado en la medida justa y...

Comió despacio, pero sin detenerse ese plato de pasta rellena de jamón y queso mientras devoraba unos panecillos deliciosos. Él en cambio no comió con mucho apetito, parecía más distraído observándola. Siempre la miraba no sabía si porque le gustaba o...

Era un hombre muy frío y reservado, misterioso. Sí, era un enigma en sí mismo y en los días que llevaba trabajando para él; catorce en total, nunca lo había pillado besándose con su asistente Giovanni, de quién se decía era su amante. Los había visto conversar en privado, mirarse, pero eso era todo. No hubo un acercamiento, ni siquiera se habían tocado. Pero las malas lenguas decían que tenían algo... sin embargo Giovanni también la miraba y no lo disimulaba. A ella no le gustaba el primo de su jefe, a su lado no era más que un insecto: flacucho y muy poco agraciado.

La voz de su jefe la despertó de sus reflexiones.

—¿Vas a pedir postre, pequeña?—quiso saber.

Varina lo miró perpleja.

—Por favor jefe, deje de llamarme así, no soy pequeña.

Él sonrió y se quedó mirándola con esa mirada fuerte, viril. Cada vez que la miraba así sentía algo indescriptible.

—¿Te molesta que te llame así?—quiso saber.

—Sí, un poco.

—Está bien, ¿cómo te gustaría que te llame?

—Varina está bien.

—Muy bien, Varina. Si no quieres postre...

Regresaron en su auto tras intercambiar algunas palabras. Tuvo la sensación de que todo se había enfriado y era su culpa. Jamás debió robarse la corbata y el pañuelo, pero la tentación había sido demasiada, quería tener algo suyo con su olor, aunque lo de los bombones fue una estupidez. Bombones importados y carísimos... es que ella no sabía que eran bombones, simplemente vio que había una caja olvidada en un rincón del escritorio y pensó que quería saber qué contenía y luego al ver que eran bombones importados...

No volvería a hacerlo. Ella no era una ladrona y no quería que él pensara que lo era.

—Lo siento... no volverá a pasar—dijo entonces.

Él la miró.

—Todavía no me has respondido algo, Varina.

—No comprendo...

—¿Para qué querías la corbata? La tenías en la cartera, ¿acaso la llevas siempre allí?

Demoró en responderle.

—A veces... me gusta su perfume—dijo al fin.

Él no dijo nada y se concentró en apretar el acelerador, parecía tener prisa por regresar.

Ella se preguntó si valdría la pena recibir tanto dinero sólo porque le gustaba estar cerca de ese hombre. No tenía mucho sentido si lo pensaba con frialdad. Sería hacerse ilusiones de algo que nunca iba a pasar.

Las chicas que le habían ofrecido no le agradaban. Eran bonitas, jóvenes y dos de ellas: vírgenes. Una era muy bonita, rubia pero no hablaba una palabra de italiano. Y cuando habló con ella fue desconcertante, no le entendía nada.

Luego se dijo que estaba perdiendo el tiempo.

Y que no era decente pagar así por una esposa si luego tal vez descubriría que no quería estar atado a nadie. Vivir la vida y disfrutarla sin ataduras siempre había sido su lema y su razón de ser. Podía funcionar si era algo de común acuerdo, un trato como un negocio, pero no si terminaba involucrándose y esas chicas se veían demasiado vulnerables. Necesitadas de algo que él no podría darles.

Paolo Galiani se puso ansioso.

—¿Entonces, signore Valenti? ¿Cuál escogerá usted?—quiso saber.

El millonario decidió declinar la tentadora ofrenda.

—Creo que no deseo seguir en esto señor Paolo, no fue buena idea, pensé que sería más fácil pero no lo es.

Esas palabras alarmaron a Galiani.

—¿De veras? ¿Eso cree?

—Sí... le dejaré un cheque por las molestias causadas, pero termine con esta búsqueda. He cambiado de parecer.

Bueno, no había nada que hacerle, tomó el generoso cheque de tres ceros, hizo una reverencia y se marchó. Conocía bien a Lucio Valenti: era un tipo obstinado y jamás cambiaba de parecer luego de tomar una decisión.

Pero no lo culpaba. Su socio lo había arruinado todo trayendo una chica rusa que no hablaba una palabra de italiano. Realmente no había conseguido chicas bonitas y además ninguna era virgen,

aunque lo parecían sí, tenían un aire inocente muy seductor. Pero ese millonario no era bobo de comerse esa mentira, era astuto, debió darse cuenta de que eran ramera con aire inocente y sabían bien lo que esperaban de ella si llegaba a concretarse el negocio.

Valenti tomó su auto deportivo y condujo sin detenerse durante horas. Se sentí furioso consigo mismo por no haber aceptado alguna de esas chicas. Así todo habría sido más fácil para él, más rápido y menos complicado. Sólo tenía que casarse y hablar con el abogado de su padre para que la empresa fuera enteramente suya. Él era quien había trabajado para su familia, quién tenía un instinto especial para los negocios, no su hermano Tulio que no hacía más que estar allí y divertirse con sus empleadas.

Entró en su oficina dos horas después con un humor de perros y nada lo cabreó más que encontrar a la pequeña diablilla revisando sus cosas. ¡Vaya manía que tenía! ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Es que no sabía que la estaban filmando? ¿Lo había olvidado?

Se detuvo intrigado y aguardó inquieto para ver qué hacía.

La vio abrir despacio un cajón y sacar su perfume. Oler de él mientras sacaba del bolsillo de su saco la corbata roja. Algo en el gesto que hizo con la corbata lo erotizó al instante. Diablos, esa chica estaba suspirando por él por eso se había llevado la corbata, era muy claro. Sin embargo, no le había hecho ninguna insinuación ni tampoco...

Pero esa gata francesa suspiraba por él como una colegiala y esta vez no había robado por un impulso, lo hizo para tener una prenda de su amor en sus manos. Una corbata, un pañuelo... era tan claro. ¿Cómo fue tan estúpido de no darse cuenta? Y de pronto sintió deseos de acercarse y tocarla, besar esos labios rojos dulces y atrevidos y levantar su falda para montársela allí mismo. Rayos, hacía tiempo que no tenía sexo, había estado trabajando demasiado y buscando una novia para casarse, eso lo había absorbido demasiado.

Pero ella lo vio y lanzó un grito de espanto, como si viera al diablo y el perfume cayó de sus manos y en sus ojos se dibujó una

expresión de miedo y confusión.

—Señor Valenti, me asustó. Lo lamento... estaba ordenando sus cosas—mintió mientras se guardaba la corbata con rapidez.

Su jefe se acercó muy serio y ella sintió tanto miedo que se apartó.

—No me mire así, no me llevé nada. Sólo estaba arreglando y vi el perfume y lo tomé, pero no iba a quedármelo, se lo juro—dijo al borde de las lágrimas.

Al verla tan alterada se compadeció de ella.

—Está bien. Tranquila, no voy a comerte. ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia?

Sí, había estado ausente tres días entre viajes y la escapada al sur a conocer a su futura novia.

Ella buscó su agenda, pero tardó un poco en encontrarla, seguía nerviosa y en un momento, toda la mesa fue un lío de papeles desparramados que lo puso de mal humor.

—Para ya, deja de tocar todo. ¿Por qué mejor no vas a servirme un café? Lo necesito, más que nada hoy—se quejó molesto.

Ella aceptó la reprimenda y se fue muy rápido.

Lucio sonrió al recordar la imagen de la colegiala suspirando mientras olía su corbata y casi sin darse cuenta su malhumor había desaparecido mientras miraba a esa pequeña bribona cleptómana llamada Varina.

Tal vez...

Otra vez su tía Giuliana había organizado una cena para ver si podía encontrarle un novio millonario como el suyo. Realmente Varina no se sentía de humor para ello. Hacía un mes que trabajaba para Lucio Valenti y ahora sabía que estaba locamente enamorada de él y sufría, sufría por su indiferencia, al verle rodeado de mujeres, al verle mirar a otras con deseo... Porque estaba cerca como había soñado, pero era tan inalcanzable.

Porque no sólo que no era gay como le habían dicho, sino que al parecer también se acostaba con una de las asistentes del piso de abajo, una gata pelirroja de ojos muy verdes llamada Maggy.

Y ella sólo era su espía, la pequeña embustera que lo divertía con sus travesuras. Por momentos parecía mirarla con otros ojos, especialmente cuando llevaba una blusa color rosa que marcaba su pecho redondo y lleno. Era su principal arma y lo sabía, eso y sus ojos...

Su tía le decía que debía aprovechar su belleza y juventud para atrapar un marido, que ella tenía un encanto especial mezcla de malicia e inocencia que atraía a los hombres y que si no sacaba ventaja de eso era una tonta. Por eso llenaba la casa de jóvenes millonarios amigos de su tío Pietro, quería que se pusiera de novia con alguno y tal vez hasta se casara y así desentenderse de ese pequeño incordio llamado Varina. Esa sobrina que le llegó como un regalo y no un regalo caído del cielo precisamente.

Y tal vez debía aceptar su consejo y tratar de ver si podía engancharse con alguien, alguno que le gustara y no fuera tan presumido y tan idiota como lo eran la mayoría de los galanes que visitaban esa casa. Si al menos apareciera alguno que valiera la pena...

Pero eso de coquetear no iba con ella, no le gustaba. Era muy tímida y le parecía estúpido hacerlo.

Su mente y su corazón estaban muy lejos, en una triste oficina junto a ese hombre que era un sol, un Dios, un todo para una chica

como ella y por ello inalcanzable. Por momentos lo sentía cerca cuando la invitaba a almorzar o le hablaba en privado, episodios fugaces que alimentaban su fantasía de alguna forma y otras veces era tan frío, tan distante y cruel. Algo le decía que ese hombre era incapaz de enamorarse y sin embargo ella sentía que lo amaba y que se moría por estar con él. Aunque sólo fuera una noche o tal vez más de una...

Como esas chicas que se acostaban con quién se les antojaba y ellos las buscaban para eso. No la ofendía. Casi envidiaba su suerte. Porque ella no era así, no lo era. Era una ladrona, y una mentirosa. No era buena y por eso tal vez el señor la castigaba, por no poder frenar sus impulsos de tomar lo ajeno y guardarlo en su cajita de tapas doradas. Si al menos pudiera contenerse, si se esforzara por no robar por hacer las cosas de forma limpia.

—Varina, ¿qué tienes querida? ¿Te sientes bien?—le preguntó su tía preocupada al ver que comenzaba a morderse las uñas hasta hacérselas sangrar. Sabía cuánto la afectaba cuando sufría esas cosas. Morderse las uña o quedarse muda perdiendo todo contacto con la realidad como ocurría ahora.

Sonrió sin responderle haciendo que la pobre palidciera y su tío la mirara con rabia. Ese hombre la odiaba a esa altura, no era una chica buena, ni siquiera era normal.

—Ve a descansar querida, creo que estás trabajando mucho—dijo luego para disimular.

Era una invitación a que se largara de la mesa y dejara de molestar.

Tal vez debería aceptar la invitación de su antiguo novio hippy y largarse a las islas Papúa y vivir como salvajes. Sin personas, sin las ocho horas, viviendo de la caza y de la pesca y... Lo habría aceptado si no pensara que él quería hacer otras cosas con ella además de viajar.

Además, no se animaba a tomar una decisión tan radical en su vida porque en ocasiones le gustaba trabajar y hacer cosas y largarse a la aventura podría no resultar.

—Lo siento, tío—se levantó de la mesa y se disculpó luego con los invitados.

De todas formas, estaba aburrida como un hongo con esa pareja de financistas, un arquitecto y un ingeniero barbudo. No, no eran de su agrado. El día que su tía le trajera un ejecutivo sexy tal vez le prestara atención, pero realmente los hombres solteros de ese país eran feos o muy inteligentes. Es que los hombres no eran tontos como creía tía Giuliana ni tan lanzados tampoco, ningún hombre sensato tuviera veinte o cincuenta, se lanzaría a conquistar a una chica con problemas como ella. Lo intuían a la distancia. O a veces era ella misma quién se daba cuenta de que algo andaba mal y realmente no tenía ganas de que la lastimaran, demasiado había sufrido en su corta vida para tener que bancarse un patán con todas las letras. Prefería estar sola, como siempre lo había estado. O largarse lejos. Ya era mayor de edad y podía hacerlo. Sus padres le habían dejado una casa abandonada en un pueblito costero de Francia y un Audi, a eso ascendía toda su herencia. Tal vez pudiera vender ambas cosas y montar su propio negocio, si supiera qué podría funcionar por tan poca plata.

Sueños que siempre postergaba porque estaba cómoda en casa de su tía, tan cómoda que le daba pereza irse a pesar de nada era como antes cuándo llegó de pequeña y vivía su tío....

Varina pensó que no se iría a dormir con la barriga vacía ¿y qué mejor que entrar en la cocina a hurtadillas y robarse un buen trozo de bizcocho de chocolate?

Entró sin hacer ruido y abrió la nevera. Sabía que Luisa la cocinera guardaba celosamente sus postres porque su tía era adicta a los dulces y además siempre recibía a sus amigas los viernes, esas amigas de colegio, finas damas de antaño tan bien vestidas que llenaban la casa para hablar de cosas tontas y reírse de cosas mucho más tontas que ellas mismas.

Los postres eran para las amigas de su tía, no para ella. Si quería probar un trozo de ese bizcocho o pastel de limón debía esperar hasta el viernes a la noche a ver qué quedaba y

conformarse con las sobras. Migajas de una fiesta a la que nunca era invitada a participar.

Pues ella quería comerlo hoy jueves porque tenía ganas y porque estaba harta de tener que comer las sobras. Sí, claro podía comprarse una porción en la confitería más cercana pero no era lo mismo, ella quería cortar ese bizcocho bañado con licor y cubierto de salsa de chocolate y crema, era una delicia y un placer hurtar ese pedazo y que luego cuando fueran a servirla la repostera o una de las señoronas de colegio se horrorizara y exclamara: "oh mon dieu" porque una de ellas había sido educada en Francia y siempre soltaba frasecitas en esa lengua.

Varina tomó el trozo de pastel y lo envolvió con cuidado y sólo cuando llegó a su habitación se deleitó devorando hasta la última miga del bizcocho. Nada le daba más placer que hacer esas maldades, vaya, hacía tiempo que no cometía esas diabluras, era un robo del que disfrutaba plenamente.

El viernes de regreso, Varina buscó a su jefe con expresión alerta. ¿Dónde estaba su amor?

—Señorita Dubreil, ¿cómo está usted?—preguntó su jefe cuando entró en su oficina. Se veía muy atareado con el celular en la oreja como siempre.

Odiaba que la llamara señorita y la tratara de usted. Pero ese día parecía distraído, hablaba sin mirarla siquiera mientras sujetaba su teléfono celular y Elena le entregaba una carpeta y le dedicaba una mirada venenosa por mirarla.

Todavía no entendía por qué su jefe no la había echado, sabía que lo estaba traicionando y era desleal entonces... ¿por qué razón seguía allí? Era tan injusto.

Luego de tan frío recibimiento le sonrió.

—Siéntese por favor. Tenemos que revisar los asuntos pendientes—dijo su jefe y le dedicó una mirada rápida a Elena para

que alejara. Esta se fue de mala gana tras dirigirle una mirada altanera.

La puerta se cerró y Varina suspiró mientras intentaba concentrarse en su trabajo. Cada vez era más difícil.

Lucio Valenti era tan inalcanzable como si estuviera a miles de millas de distancia, a pesar de trabajar y estar cerca muchas horas era lo mismo. La mayor parte del tiempo se quedaba suspirando por su jefe, con su corbata en su poder como si fuera una especie de prenda amorosa. Le gustaba sentir su olor, su perfume y la llevaba a todos lados en su cartera y en las noches se dormía con ella bajo la almohada. Era una chiflada y no le importaba nada lo que pensarán los demás, hacía tiempo que le resbalaba el que dirán.

Y ahora le gustaban las seis horas que estaba en su despacho y casi sufría cuando tenía que hacer mandados porque eso significaba que se alejaba de él y mientras esperaba alguna cita que no fuera un almuerzo de negocios, algo que fuera personal porque empezaba a sospechar que quién le hizo creer que era gay le mintió con total maldad. En la compañía decían que era gay pero no sabía por qué ¿sería porque a sus treinta no era casado ni tenía una novia formal?

¿O tal vez porque sus propios socios entre los que estaban sus dos hermanos menores lo odiaban y nada más? Envidias, celos e intrigas, eso era la firma Valenti, Ricardi & asociados dedicada a la publicidad y venta de servicios para empresas entre otras cosas. Pero su jefe tenía otros negocios extrafamiliares, una inmobiliaria y venta de autos de lujos y sospechaba que deseaba abrirse camino y mandar al diablo a sus familiares. No se llevaban muy bien. Había oído que hacía años él se había agarrado a golpe de puños con su hermano Tulio en la empresa a raíz de un mal negocio que los tuvo en jaque durante meses. Luego de ello ese hermano quedó alejado de un cargo de gerencia de negocios con el exterior y eso había causado fricción.

Varina tomó la bandeja y le sirvió el café, al parecer a él le gustaba que ella se lo llevara a pesar de que no lo hacía ella sino

una máquina de café exprés.

Él aguardaba en su despacho, cómodamente sentado mientras hablaba por su celular. Parecía ignorarla por completo y sin embargo cuando dejó el café en su escritorio la miró con una sonrisa y le dijo “gracias Varina.”

Ella se sonrojó y se alejaba cuando él la llamó.

Ya no hablaba con el celular y la miraba con fijeza, sin pestañear.

—¿Qué harás hoy, pequeña? ¿Tienes planes para salir?—le preguntó luego de forma inesperada.

Su corazón palpitó acelerado al comprender que estaba invitándola a salir.

—Ningún plan, es que nunca salgo...—dijo vacilante.

—¿No sales con nadie?

—No...

—Pero es viernes ¿y no tienes una cita?

Ella negó esa triste realidad, hacía tanto que no salía con nadie que por eso los viernes eran como cualquier otro día.

Entonces su jefe pronunció las palabras mágicas.

—¿Te gustaría salir a cenar y luego a bailar a alguna discoteca?

—Sólo a cenar.

Fue prudente, sabía que primero era la cena, luego una disco a media luz con las parejas bailando y besándose a escondidas y después: la cama. No era tonta. Si le decía que sí a todo sería una más y ella no quería eso por supuesto.

—Está bien, a cenar. Te llamaré luego y pasaré a buscarte a las nueve. ¿Te parece bien?

—Oh sí, por supuesto...

Varina se quedó de una pieza, no podía creerlo, al fin una cita... Pero ¿qué se pondría? Toda su ropa era de playa o casual, no tenía nada formal ni bonito...

Bueno, ahora que tenía un mejor sueldo podía irse de compras y comprarse algo más chic.

Pero tenía poco tiempo para ello.

Ese día se le fue volando, volando en una nube de amor y fantasía preguntándose si realmente estaba pasando.

Fue a un centro comercial en busca de algo formal pero no encontró nada que fuera de su agrado, indecisa dio vueltas y vueltas hasta que se decidió por unos tacones no muy altos. Hacía calor así que usaría uno de esos vestidos largos, alguno oscuro que no tuviera flores para que pareciera más formal.

Cuando regresó a su casa su tía la estaba esperando algo desconcertada.

—Varina, te han traído unas cajas, creo que son compras.

—Pero yo no compré nada tía, lo que compré lo traigo aquí—respondió ella desconcertada.

—Bueno, tal vez hubo un error, aguarda preguntaré a Marietta.

La joven se acercó a los paquetes y de pronto vio un sobre con una tarjeta.

“Para ti, por ser siempre tan leal. Un obsequio. Si no te agrada tienes una tarjeta para cambiarlo. Lucio Valenti”.

No podía ser, ¿él le había regalado todo eso? Dos vestidos, una falda oscura y unas preciosas sandalias oscuras. Todo para esa noche, ropa hermosa y costosa, seda, encajes... tan bonito y elegante. Sacó el vestido largo negro de seda y algodón y suspiró pensando lo bonito que le quedaría para esa noche.

Y mientras suspiraba y se miraba en el espejo del comedor apareció su tía.

—Marieta dijo que lo trajo un hombre muy elegante de gafas. Y que era un regalo para ti.

Tía Giuliana quería una explicación.

—Es verdad... Es de mi jefe, tía—¿Y qué más podía decirle? Ni ella lo sabía.

—¿Tú jefe?—repitió su tía atónita.

—Sí, Lucio Valenti. Vi su tarjeta.

—¿Valenti? ¿Pero no dijiste que era gay?

Varina sonrió.

—Bueno, parece que no es gay—respondió con una sonrisa enigmática—Dicen que lo es, pero no es verdad, sólo porque es soltero... Bueno, la gente es muy mala a veces.

Su tía se puso pálida.

—Es que no creo que sea buena idea que te haga tantos regalos. ¿Acaso tienes algo con ese hombre?

—¿Qué estás diciendo, tía?

—¿No habrás estado saliendo con ese hombre a escondidas?

Al parecer no tenía muy buena opinión de Valenti.

—Sólo fuimos a almorzar unas veces, pero hoy iremos a cenar y... Es que tengo prisa, tía.

—¿Te refieres a que hoy tendrán una cita?

—Bueno, no podría afirmarlo ni negarlo. Sólo iremos a cenar.

—Pero ese hombre no es para ti—dijo simplemente.

—¿Y por qué lo dices, tía?

—Porque Pietro me lo dijo y me contó cosas que...—parecía ruborizada.

—Tía Giuliana por favor, ya no soy una adolescente.

—Pero debes guardarte para el hombre que será tu marido, Varina, debe ser así, tú lo sabes, siempre te enseñé a que el hombre indicado para ti llegará y tú...

—No hemos hecho nada por favor, sólo trabajamos juntos—dijo evasiva y molesta.

—Varina despierta, no te hagas ilusiones con ese hombre te aseguro que él no quiere saber nada de bodas ni compromisos, él nunca se casará contigo y si te invita es porque está interesado en ti. En tener intimidad por supuesto sin comprometerse.

Pero no le hizo caso por supuesto. ¡Faltaba más! Ella escogería con quién salir y divertirse. Durante años tía Giuliana le había llenado la cabeza con la religión y la virginidad, la misa de los domingos y las visitas a Roma para asistir a alguna misa papal.

Pero no podía prohibirle que saliera con Valenti, no lo permitiría. A fin de cuentas, era su vida y llevaba esperando una señal, un gesto, algo que le diera esperanzas...

Mucho antes de que él la descubriera peleando con Elena ella había posado sus ojos en él, lo veía pasar por su oficina y soñaba con que ese hombre fuera suyo un día. Su novio, su amante, su esposo... ¿por qué tenía que conformarse con esos chicos católicos hijos de magnates que eran tan aburridos y tontos? Su tía no tenía buen gusto para escogerle pretendientes, ciertamente que no...

Corrió a darse un baño para no perder el tiempo y también para evitar reñir con su tía. Rayos, ya no era una niña para que tuvieran que advertirle sobre los seductores y egoístas hombres de Milán.

Además, tampoco tenía la certeza de que Valenti quisiera acostarse con ella, era un hombre frío, distante y no había indicios de que tuviera algún interés, aunque sólo fuera sexual...

Si su tía supiera que ella estaba dispuesta a todo se habría escandalizado, pero ¿qué sabía la pobre? Para ella una joven debía guardar su virginidad para la noche de bodas porque si no lo hacía sería castigada, su matrimonio fracasaría y cosas así. Lo más raro era que tía Giuliana al parecer se había casado virgen y sin embargo había enviudado y su matrimonio no fue ese cuento de hadas que todos creían. Un día escuchó una conversación con sus viejas amigas de colegio, las que se reunían los jueves para comer y contarse secretos. En una de esas reuniones oyó que tía Giuliana decía que su noche de bodas había sido un infierno porque su esposo estaba muy excitado y había bebido más de la cuenta y al parecer la había lastimado.

"Tuve ganas de escapar, fue una experiencia horrible." Confesó.

“La mía fue peor, mi marido era virgen y estaba tan nervioso que no logró tener una erección” respondió Beatrice, una de sus remilgadas amigas.

Oh, vaya, esas amiguitas se contaban todo y con detalles. Cuando hablaban de hombres eran un plato, lástima que no pudiera quedarse hasta esa hora para oírlas.

Varina sonrió al mirarse en el espejo y se preguntó si Lucio Valenti intentaría hacerle el amor esa noche.

No, era muy pronto. No en su primera cita, eso era de rameras.

Debía guardarse para su marido o para uno que fuera candidato a ese puesto. No lo haría, así como ocurría en la oficina.

Qué rara se veía con ese vestido negro de seda y encaje, su mirada, el rubor de sus mejillas llenas, todo era raro.

—Varina, por favor, ten mucho cuidado con ese hombre—dijo entonces su tía como un fantasma a través del espejo.

Nerviosa la miró y pegó un respingo mientras murmuraba: — ¡Demonios! Me asustaste.

Ella sonrió.

—Lo lamento, sólo quería advertirte.

Su tía italiana era así, por momentos se convertía en una especie de estatua con su cabello oscuro ondeado y corto, los ojos muy oscuros y sus rasgos delicados parecía una esfinge. En su juventud había sido muy hermosa y aún lo era, pero... no sabía por qué se había casado con ese hombre tosco de negocios llamado Pietro Romani. Era tan feo que daba miedo además de ser antipático y de modales toscos. ¿Lo habría hecho por dinero? ¿Sería cierto que su tío le había dejado muchas deudas y por eso sus amigas le presentaron a un hombre adinerado para ayudarla? Eran muy unidas sí, desde los tiempos de colegio.

—Te lo digo por tu bien, ten cuidado ¿sí?—dijo su tía.

No insistió y la dejó ir por supuesto, era adulta y podía salir con quién se le antojara.

Valenti se acercó para saludar y su tía sonrió, pero su cara era de espanto y la sonrisa casi una mueca para ocultar su disgusto.

Y él no dejó de notarlo, a su jefe nada se le escapaba.

—Es tu tía, ¿no?

—Sí.

—Creo que no le agrado.

Varina sonrió.

—No es eso—murmuró.

Él condujo a mucha velocidad sin mirarla y sin hablar, concentrado en el tráfico que a esa hora estaba algo congestionado.

Sin embargo, no la llevó al centro sino a un restaurant pequeño muy pintoresco llamado “Il diavolo Milano”. Varina pensó que era perfecto para la primera cita.

¿Insistiría en ir luego a bailar, intentaría besarla?

Su mente iba a mil por hora, pero la realidad era distinta, era mucho pero mucho más lenta.

—Ven, acompáñame—dijo él y la guió hasta una habitación en el rincón.

Les sirvieron un aperitivo y él sonrió cuando ella le agradeció los regalos.

—No debía hacerlo señor Valenti, pero se lo agradezco.

Él sonrió.

—¿Y por qué no debía hacerlo? Dijiste que no salías con nadie —preguntó él y al ver que se ponía colorada agregó:—Lo hice para agradecerte tu ayuda, es muy valiosa para mí.

—Gracias...

Varina bebió un sorbo de vino inquieta al sentir su mirada, de la cena casi ni se enteró, comió muy poco.

—Cuéntame de ti, una vez me contaste que habías vivido en el extranjero.

—Sí, en París, hace mucho tiempo, en Montmartre. Mi padre era pintor, un pintor bohemio y algo irresponsable. Mi madre estaba siempre en una cama, estaba enferma de los pulmones, pero no sé mucho de eso. Mi tía no quiso que supiera porque pensaba que me ponía triste. Tía Giuliana vino a rescatarme. Ninguno de mis parientes franceses me quiso porque era una niña díscola y escondía cosas, o me las robaba—le confesó con una pícaro sonrisa.

—¿De veras?

—Sí, pero tía Giuliana fue muy buena conmigo y también su esposo, él me adoraba. Ellos no podían tener hijos y el diablo les mandó una sobrina...

—Oh vaya, he oído esa frase antes.

—Seguramente.

—¿Y usted jefe, por qué no se ha casado todavía?

Era una pregunta algo impertinente, pero con unas copas de más se animó a hacerla, hacía tiempo que quería preguntarle siempre era tan reservado cuando hablaba de él.

—Buena pregunta sí, pero no hay misterio. Simplemente que todavía no encontré a la mujer apropiada para casarme ¿y tú? ¿Por qué no te has casado todavía?

Varina rió ante esa pregunta.

—¿Casarme? Soy muy joven para casarme, ni siquiera tengo novio.

—¿No?

—No...

—¿Una joven tan bella como tú y sin una cita? ¿Qué les pasa a los chicos de aquí?

Ella no supo qué decir, siempre había sido muy tímida y su tía no la dejaba salir con muchachos, nada de fiestas ni de bebida ni de sexo. Sólo viajes, idas al cine y visitas a la congregación católica de la ciudad. Por otra parte, los italianos o eran muy fríos o eran lo contrario, atrevidos y lanzados.

—Realmente no sé qué decirte—le confesó.

Y luego de la segunda copa le habló de sus padres, de su infancia en Lyon, luego en ese apartamento viejo de París...

—¿Extrañas vivir en Francia?—preguntó para cambiar de tema.

—No... Italia me gusta mucho más. Los hombres de aquí son mucho más guapos y la comida, todo me gusta.

—Italia es única sí, pero que no te oiga un francés porque dirán que eres una traidora.

Varina rió.

—Pues que lo digan, en realidad soy más italiana que francesa a pesar de que también me gusta mucho Francia.

Él sonrió y cuando ella esperaba un beso o algo más le saltó eso que fue como un balde de agua fría.

—Tengo algo importante que hablar contigo, Varina.

Ella asintió, pero por su mirada supo que no era nada romántico y su corazón se detuvo en seco.

—Me han faltado informes de la oficina, documentos confidenciales y en las cámaras no hay nada extraño. Todavía no avisé a seguridad porque no sé si tal vez sea alguien cercano y no quisiera emitir juicios sin tener las pruebas.

Vaya balde de agua fría que le tiraba su jefe, fue como si la despertaran de forma brusca de una borrachera.

—No sé nada de esos informes—su voz se oyó algo chillona pero no pudo evitarlo—¿acaso cree que con el sueldo que me paga sería capaz de hacer una estupidez como esa?—replicó furiosa y a la defensiva.

—No te estoy acusando, tranquilízate por favor.

—¿Ah no? ¿Y por qué me dice estas cosas? ¿Por qué me hace regalos caros y luego me acusa de robarle documentos importantes?

Él sonrió de forma extraña.

—Es que no te estoy acusando de nada sólo te pido que me ayudes a descubrir quién lo hace.

—¿Y cómo podría hacer eso? No soy Sherlock Holmes, mejor contrate un detective porque en realidad jamás tendría acceso a esos informes que supongo están guardados con llaves y escondidos en algún lugar.

—No estoy pidiéndote eso, deja de estar a la defensiva por favor.

Ella lo miró con los ojos brillantes de las lágrimas, incapaz de decir palabra.

—Está bien, perdóname creo que no fui muy oportuno... ¿te gustaría ir a bailar?

Sí, quería ir a bailar, que la besara y luego...

Pero era tan frío, tan metido en su trabajo.

Él no estaba interesado en ella. ¿Cuándo lo entendería? O si lo estaba no se le notaba para nada.

—No... quisiera regresar a mi casa, es tarde y no quiero reprimendas—dijo ella.

Esa respuesta fue como una bofetada, él se quedó mirándola perplejo.

—Vamos, ¿estás diciéndome que a tu edad todavía te retan por llegar tarde?—dijo su jefe incrédulo.

Varina no respondió, tenía ganas de irse y dejarlo allí plantado por insensible. Pensó que era una cita no una cena de negocios para hablar de los documentos extraviados en su oficina.

—Pero tu tía sabes que estás cenando con tu jefe—insistió él.

—Sí, lo sabe. Pero eso no la deja muy tranquila.

Sus ojos oscuros se tornaron brillantes.

—¿No?—preguntó con cautela.

Parecía molesto, pero no dijo nada, pagó la cuenta y la llevó de regreso a su casa manejando a una velocidad moderada.

Ella pensó que el lunes renunciaría, lo haría, estaba furiosa.

—Varina, ¿puedo preguntarte qué te pasa? ¿Acaso dije algo que te molestó?—preguntó su jefe de repente.

Ella abrió la ventanilla del auto y suspiró.

—No estoy molesta, creo que bebí demasiado—respondió sin mirarle.

—¿Estás segura de eso?

Ella lo miró.

—Bueno, es que estoy algo cansada de que siempre me acusen de cosas que no hice, señor Valenti.

—No te acusé Varina, sólo quería saber si... Está bien, dejemos ese asunto. ¿No te gustaría ir a pasear? Es que no quisiera que esta cita termine tan mal, ¿sabes?

¿Entonces era una cita?

—Quisiera llevarte a un lugar tranquilo para relajarnos un poco, es viernes y la noche es joven ¿verdad?

Ella aceptó con una sonrisa.

Él aceleró y la llevó a recorrer la ciudad, a un parador dónde se oía música y se bebía cerveza con una vista hermosa de los edificios y a lo lejos el Piamonte. Varina suspiró mientras contemplaba el paisaje sin pensar en nada, disfrutando ese momento.

Sin hablar, sin decirse nada, solos los dos en la magia de la noche y la ciudad. La música suave a lo lejos era tan relajante...

Hasta su jefe se veía distinto, no parecía él, a decir verdad.

Qué raro no tuviera esposa, que fuera tan solitario, tan frío. ¿Habría tenido algún problema en su infancia? Su padre había sido un hombre muy temido en la empresa y había fallecido hacía poco de forma inesperada y de su madre sólo se decía que era una dama muy elegante que vivía recluida en su mansión de un barrio elegante de Milán y nunca iba a la empresa.

Tal vez él notó que lo miraba pues de pronto sonrió y dijo:

—Vaya, parece que se te ha ido el enojo.

Ella asintió.

—Lo siento es que siempre me culpan de todo en el trabajo.

—Pero yo no te culpo de nada... Creo que haces un buen trabajo y me pregunto por qué aún llevas mi corbata en tu cartera.

Varina se sonrojó y lo miró con fijeza.

—¿Cómo lo sabe, señor Valenti?

Él señaló su cartera. Sobresalía un trozo de tela roja. Diablos debió cerrar mejor su cartera.

La joven lo guardó con mucha calma y lo miró.

—Es que me gusta tenerla conmigo—dijo sin inmutarse.

—¿De veras? —él se acercó despacio y la miró.

Ella retrocedió temblando, temiendo que, al saber de su interés y fascinación, él la rechazara. Estaba aterrada de que eso pasara.

Pero Valenti se acercó y la observó sin decir nada hasta que sonrió y murmuró: —Hueles a jardín de infantes, preciosa. A niña mimada y traviesa.

Esa simple frase hizo que casi se pusiera a llorar.

—Sí, es que hueles a niña de colegio, tu cabello, todo en ti es como de adolescente prófuga y rebelde—dijo.

Bueno, acababa de crecer unos años de niña a jardín a adolescente problemática.

—No soy una niña, tengo veintitrés años. ¿Por qué se burla de mí? —estaba al borde de las lágrimas.

—Y te enojas como una chiquilla rebelde.

—Me enoja que me invite a salir y luego se burle de mí y no diga que no se está burlando, lo está haciendo.

Él se puso serio al ver que se levantaba y quería irse.

—Pero ¿acaso decirte que hueles a colegio es algo malo? No estoy burlándome. Tú eres muy joven y tierna para mí, eso quise decir.

¡Listo! Se lo había dicho. Era muy joven para el puesto de amante o algo así. No debía seguir haciéndose ilusiones. Diablos. ¿Se podía ser más cruel?

—¿Y para eso me enviaste regalos y me trajiste aquí e insististe en que nuestra “cita” terminara bien?

Tenía que decirlo, no pudo aguantarse.

Él no le respondió y furiosa y herida, decidió correr y regresar sola a su casa. No, no permitiría que ese jefe desgraciado la llevara de regreso, lo haría sola. Si antes moría de amor por él ahora lo odiaba con igual intensidad. Y no quería volver a verlo nunca más.

—Varina, qué haces, ven aquí, no puedes irte sola—gritó Valenti.

Pero ella no se detuvo y comenzó a correr por las calles vacías. Corrió tanto hasta quedar sin fuerzas.

No, no debía encontrarla. Al demonio.

Entonces se detuvo en una plaza y comenzó a sonar su celular. Pues no atendería. Diablos, quería morirse...

—Hola bella ragazza. ¿Estás sola?—preguntó un hombre desde un Ferrari.

El típico millonario joven y aburrido en busca de alguna chica con quien divertirse esa noche. Tal vez pensaba que con ella podría conseguir algo.

Decidió ignorarlo y buscarse un taxi.

—Hey aguarda, ¿a dónde vas? Puedo llevarte a dar un paseo en mi auto—insistió el desconocido.

Varina vio el rostro levemente cetrino y los ojos muy negros como el cabello. Ese debía ser uno de esos sureños millonarios y atrevidos que aparecían de vez en cuando en Milán, los había visto antes sí, siempre iban bien vestidos, con autos carísimos la música a todo volumen.

Vaya, al parecer a ese galán sureño no pensaba que ella fuera una colegiala, allí estaba devorándola con la mirada pasando revista a todo lo que llevaba puesto y tratando de ver un poco más a través de su blusa blanca ajustada. ¡Cretino!

—Deja de seguirme sureño, no soy una ramera ¿entiendes?—le dijo fastidiada al ver que no dejaba de seguirla en su auto.

Él sonrió.

—Por Dios ¿cómo te llamas muñeca hermosa? ¿Y qué haces aquí sola? Es muy peligroso. Ven, sube, te llevaré a tu casa si quieres.

Varina lo miró atónita.

—¿Y crees que me subiré a tu auto? Ni loca haré eso. No sé ni por qué me puse a conversar contigo.

Otro chico se habría ido pero ese sureño era insistente, al parecer tenía la tonta esperanza de llevársela a la cama pues no dejó de seguirla por más de cinco manzanas hasta que impaciente saltó de su auto y la increpó.

Ella lo miró espantada pues era muy alto y fornido. Eso no era usual y en realidad era bastante peligroso que saliera de su auto de esa forma para intentar ligar.

—¿Qué haces?—dijo nerviosa—Deja de seguirme.

Él sonrió sin moverse un milímetro, sus ojos oscuros no dejaban de mirarla.

—No me mires así bella, no soy un sátiro ni voy a hacerte nada. Tú me gustas mucho y quisiera invitarte a beber algo. No sé por qué anda sola una chica tan bonita, pero eso no es bueno, hay un auto negro siguiéndote, lo vi hace un rato.

Varina se volvió intrigada y entonces vio el auto negro en cuestión. No era otro que el Ferrari negro de su jefe y allí estaba este mirándola con expresión furiosa mientras salía del auto a toda prisa.

—Es mi novio—dijo entonces Varina para librarse del desconocido.

—¿Y tu novio te deja andar sola a estas horas?

—Es que peleamos, pero ya volvió—respondió Varina con un poco de altanería.

Y allí estaba él, mucho más altanero mirándola con una expresión de rabia y preocupación.

—¿Qué sucede aquí? ¿Conoces a este hombre?—preguntó su jefe.

Ella se apuró a negarlo.

Ambos se miraron como dos gallos de riña dispuestos a darse de golpes en cualquier momento.

—Deja en paz a esta joven—le dijo al desconocido.

Este se apartó despacio.

—Va bene, sólo estaba cuidándola.

—¿Cuidándola? Ella no necesita tus cuidados.

Varina observó la escena excitada, dos guapos hombres peleándose por ella especialmente él, su jefe y futuro marido.

El desconocido se alejó y no escuchó lo que le dijo ni le importó, sólo quería verlo a él y saber qué le diría pues todavía se veía muy nervioso y alterado.

—¿Quién era ese sujeto?—quiso saber.

—No lo sé, estaba siguiéndome y no sabía cómo librarme de él... me hacía preguntas y no había manera. En un momento tuve mucho miedo, cuando saltó del auto y quiso llevarme—quería ponerlo un poco nervioso. ¡Se lo merecía!

—Ese imbécil... ¿te hizo algo?—quiso saber.

—No, estoy bien.

—Pues no debiste irte así, ese sujeto pudo meterte en su auto y violarte, ¿sabes?

—¿Qué? No exageres.

—¿Ah no?—él estaba muy preocupado—Ocurre con frecuencia, por desgracia. No es bueno que una chica ande sola de noche, se expone a que un malnacido le haga daño.

Lo sabía, su tía se lo decía todo el tiempo. Todo porque la sobrina de una amiga de su tía fue violada a la salida de un baile en un auto por dos sujetos... ay vivía con miedo de que a ella le pasara. Y ella también tuvo miedo cuando vio a ese hombre y, sin embargo, no parecía tan peligroso cuando lo vio de cerca.

—Ya pasó, deja de asustarme por favor—le respondió porque estaba poniéndose muy nerviosa de nuevo.

Él se quedó mirándola como si quisiera decirle algo y no se animara, hasta que dijo:

—Ven, sube, te llevaré a tu casa. Tu tía debe estar preocupada a estas horas.

Varina entró en su auto y aceptó que la llevara.

Durante el viaje de regreso no hablaron, él parecía estar muy molesto, no sabía por qué y ella no dejaba de pensar en la escena de celos que le había hecho al verla con el desconocido.

—Bueno, hemos llegado. El lunes llega temprano por favor, hay mucho trabajo atrasado.

¿El lunes? Al diablo, ese hombre sólo pensaba en el trabajo. Qué frío que era, además ella no pensaba regresar a su oficina. Bueno, luego pensaría qué hacer, al parecer si quería que ese hombre fuera su marido necesitaría mucha paciencia.

Cuando entró en su casa del barrio Navigli su tía se llevó la sorpresa de ver a sus tíos en la sala sentados como dos viejos mirando una película. ¡Qué susto se llevó! Ver la cara gruñona del tío Pietro y luego a su tía con cara de alarma.

—Varina, llegas tarde. Estaba preocupada por ti. ¿Es que no oyes el celular?—se quejó su tía.

Ella la miró con una expresión casi risueña recordando la escena de celos que él le había montado momentos antes cuando la vio conversando con un desconocido en la calle. Había algo entre ambos, a él le pasaba algo sí, pero era un hueso duro de roer como decía el refrán. Además, ella se enojó y no fueron a bailar como él le había pedido, tal vez allí su jefe se hubiera soltado un poco. O tal vez no. No estaba muy segura y eso la fastidiaba un montón.

—Lo siento tía, tal vez se apagó... Tengo mucho sueño, iré a dormir—dijo pues en esos momentos sólo quería encerrarse en su cuarto y dormirse con la corbata de Lucio bajo la almohada y sentir su olor, su presencia e imaginar que le hacía el amor. En ocasiones

esas fantasías no la dejaban dormir, pero no por ello dejaba de tenerlas.

—Está bien, ve, pero ten mucho cuidado con ese hombre.

Varina se alejó deprisa y al entrar en su habitación se quitó los tacones y se miró en el espejo, bueno, tal vez la primera cita no fue tan mala después de todo.

Un viaje inesperado

El lunes llegó temprano como él le había pedido y lo encontró encerrado en una reunión, así que estuvo merodeando en su oficina esperando su llegada mientras realizaba algunos recados que le ordenó Elena. No le gustaba nada esa mujer, era una bruja y la odiaba, bueno, a decir verdad, era mutuo. Estaba segura de que esa mujer de piernas largas y cara de gata quería robarle a Lucio y lo más triste era que tenía la tonta idea de que lo conseguiría algún día.

Sin embargo, eso no era lo único que le molestaba, sino que su jefe la siguiera conservando en su despacho luego de saber que no era leal y que se acostaba con su mejor amigo y robaba información no sabían si para él o para su hermano. Claro que ella no podía meterse en ese asunto, no le incumbía ni su jefe se lo hubiera permitido tampoco. Es decir, ella sabía hasta dónde podía llegar.

Mientras realizaba unos mandados vio a su jefe conversando con una joven rubia y no le gustó nada por supuesto, los celos la hicieron enrojecer al notar la forma en que la miraba. Odiaba verlo mirando a otra mujer, aunque sólo fuera una empleada y la mirara porque le estaba hablando. Avanzó furiosa como si la llevara el diablo y entonces él notó su mirada y le sonrió lentamente.

—Buenos días, señorita Dubreil—saludó y se acercó para besar su mejilla.

Varina tembló de rabia y vergüenza al sentir esa mirada y ese beso fugaz. Era una tonta, se estaba delatando demasiado y antes de tiempo, pero es que no podía evitarlo.

—Buenos días, señor Valenti.

Su jefe seguía mirándola perplejo.

—¿Puedo preguntarte por qué no estás en la oficina?—insistió él.

—Es que Elena me pidió que le hiciera unos recados para usted.

—¿De veras? ¿Qué recados?—parecía sorprendido.

Ella le mostró la lista de la asistente y él la tomó de sus manos y la leyó.

—Pero yo no pedí nada de esto pequeña—dijo luego—ven, regresa conmigo que tengo algo importante que pedirte.

—¿De veras?—respondió siguiéndole moviendo la cola como un perrito de lo feliz que estaba.

Al llegar a su oficina Elena sonreía de oreja a oreja mientras hablaba por el teléfono. Alta y muy señorona esa se daba muchos aires y tenía la mala costumbre de ponerse altanera y hacerla sentir como un insecto. Y todavía le debía una buena paliza por la vez que la pilló en la oficina de Valenti...

Los ojos castaños de esa perra rastrera la miraron con rabia y estupor como si le dijera: ¿ey qué haces aquí? ¿Acaso no te había pedido una lista de cosas para comprar?

Pero la expresión de rabia cambió al ver a Valenti... Con el jefe no se juega pedazo de estúpida, nadie juega con el jefe y apenas murmuró un saludo él le preguntó a quemarropa por qué había enviado a su secretaria a hacer mandados como si fuera un cadete.

Oh, ¿entonces ya no era una mandadera sino su secretaria? Qué buena noticia.

—Bueno, a ella le gusta hacer mandados siempre lo dice. Detesta el trabajo de oficina—replicó Elena mientras los colores le subían en sus mejillas planas.

Esa respuesta no le hizo nada de gracia al jefe que la miró con cara de pocos amigos mientras le respondía:

—Es que esa ya no es la tarea de la señorita Dubreil, ahora necesito hablar con usted en privado por favor, acompáñeme.

Varina se quedó de una pieza al ver a la arrogante Elena, falda corta y tacones dirigirse al otro despacho, tan pálida y temblorosa al comprender que se le venía una fea. Oh, qué placer verla tropezar

de repente y poner cara de espanto; ella que siempre taconeaba como si fuera modelo de pasarela, tan armada y tan fuerte. Tal vez todo fuera una fachada para embaucar y convencer a todos de que ella tenía ciertos privilegios en esa empresa y podía hacer lo que se le antojara.

Pero cuando salió de la oficina ya no se veía tan importante y ni que decir cuando tomó sus cosas y se fue, veinte minutos después. Estaba que era un pollo mojado la pobre. Bueno, se lo había ganado: por perra.

Valenti también estaba con mucha cara de bulldog ese día así que ella se quedó muy quietita en su silla ordenando unos papeles sueltos que encontró, atendiendo el teléfono con mucha calma, explicando paciente que no, no era Elena sino la nueva secretaria del señor Valenti: Varina Dubreil.

Todos decían un “oh, disculpe, no lo sabía” y luego preguntaban por el señor Valenti y ella no podía evitar responder con cierto júbilo: “el señor Lucio está muy ocupado en una reunión de trabajo”, para luego anotar en una agenda la llamada.

Cuando el jefe regresó no se veía tan molesto como al comienzo, sino que la miró casi risueño mientras le decía: —Señorita Dubreil, bueno, espero le agrade ser mi asistente pues he rescindido el contrato de la señorita Elena Prezzi.

Ella lo miró atónita. ¿Sería verdad?

—¿Acepta el nuevo cargo? Temo que deberá firmar un nuevo contrato laboral.

Oh sí, firmaría lo que fuera. Ser la asistente personal, la única y estar cerca de su amor, parecía un sueño, un sueño hecho realidad, un paso más para conseguir su objetivo: lograr que él cayera en sus garras y luego hacer que su dedo anular luciera un grueso anillo de oro.

—Ahora quiero advertirle algo señorita Varina—le advirtió mientras se sentaba en su sillón y la miraba muy serio.

—Lo que quiero decirle—dijo luego de hacer una pausa—que no será sencillo para usted ser mi asistente.

Ante semejante declaración Varina lo miró con una expresión de temor y desconcierto.

—¿Por qué lo dice, señor Valenti?

—Es que no será sencillo, usted es muy joven y sensible, temo que en ocasiones estoy de mal humor y es mejor no dirigirme la palabra, a menos que sea totalmente necesario. Cuando pida no ser molestado debe tomarse al pie de la letra. Nadie debe tener acceso a esta oficina y otra serie de condiciones que deberá aprender y que pueden resultarles algo duras al comienzo.

—Comprendo, señor Valenti—respondió ella.

Aceptaba el desafío. No sería nada fácil trabajar para él, pero quería hacerlo. Estaría más cerca y no sabía si eso sería bueno o malo, esperaba que fuera lo primero por supuesto.

Su tía no estuvo tan contenta con el nuevo puesto y no tardó en decir su opinión.

—Es muy peligroso, hijita.

A ella le gustaba llamarla así, pues en realidad era su madre, protectora amorosa y un poco latosa como todas las madres. La suya en cambio había sido tan distinta, tenía una imagen difusa de una dama muy bella y rubia tendida siempre en su cama rodeada de sirvientes mientras su padre exasperado se largaba a donde podía hasta que un día desapareció de la vida de ambas. Una triste historia que no quería recordar. Pero su nueva familia italiana le enseñó lo que era el amor, el afecto, los obsequios y de pronto se sintió el centro de sus vidas. Las mejores muñecas, todos sus caprichos, abrazos y besos por doquier.

—Pero me pagará el doble—respondió Varina ilusionada.

Los ojos de su tía se volvieron astutos.

—Oh sí, pero trabajarás mucho más.

—No me importa, me agrada trabajar más. Si ahorro, tal vez a fin de año podría comprarme un auto.

Tía Giuliana pensó que eso era una excentricidad y se lo dijo.

—Ahora te diré algo, jovencita, si ese hombre se pasa de listo y te seduce lo haré pagar como el mejor, y al demonio con que sea tu jefe y tú lo idolatres. Tendrá que cumplir o lamentará haber nacido.

Varina se puso roja al sentir la mirada torva de su tío que al parecer apoyaba plenamente los pensamientos de su tía.

Diablos, ¿por qué siempre pensaban lo peor del señor Valenti? Él no era un aprovechado ni jamás había intentado nada. Todo el día se lo pasaba trabajando, yendo de un sitio a otro y en ocasiones se ausentaba por días cuando le tocaba viajar.

Sin embargo, había notado ciertas miradas que le daban esperanzas, esperanzas de poder cumplir sus planes. Al pie de la letra por supuesto. Tenía la esperanza de que ese hombre fuera suyo como tanto anhelaba su corazón. Él era todo lo que siempre había soñado: guapo, alto y viril, fuerte y decidido. Un hombre con todas las letras. Maduro y confiable. Bueno no sabía si podía confiar en él por completo pues sospechaba que era mujeriego, pero... ella sólo había salido con un par de chicos en la secundaria y estos ni siquiera sabían besar y al final querían acostarse sin ningún compromiso. Todos querían lo mismo. Por eso decidió no salir más con chicos hasta que fuera algo serio. No deseaba ser pasatiempo de nadie y debió reconocer con amargura que su tía tenía razón.

Sin embargo, se moría por salir con su jefe, luego de esa cita no había vuelto a invitarla, pero ahora sentía que había ganado un lugar más firme en su trabajo. Ya no era su espía ni mandadera, era su secretaria y asistente con todas las letras y eso le permitía estar más cerca de Valenti y observarle, conocerle un poco más. Era un hombre de carácter muy fuerte, muy italiano, temperamental y de genio muy vivo, cuando andaba de mal humor mejor estar lejos era lo que siempre decían en la empresa, pero ella no le tenía miedo. Lo amaba hasta cuando estaba de mal humor, lo amaba tanto que para

ella era el hombre perfecto. Pero no sabía si para él era algo más que una empleada cercana, sus miradas y palabras como “pequeña”, preciosa y “muñeca” que le dijo en una ocasión la llenaron de ilusión. Pero eran sólo miradas y palabras bonitas, nada definitivo en realidad.

Días después ocurrió algo que la hizo cambiar de idea.

Su jefe había llegado de mal talante, saludó, se encerró en una reunión y pidió no ser molestado, sabía que estaría así gran parte del día, pero lo aceptó.

Llegó la hora de almorzar y se preparaba para ir a comer a la plaza un sándwich y compartir su festín con las palomas pues estaba ahorrando y no quería gastarse un almuerzo diario en una zona tan cara, cuando de repente apareció su jefe diciéndole: —¿Ya salió usted a almorzar señorita Varina?

—Justo iba a hacerlo—le respondió.

—Venga conmigo entonces, la invito.

Aceptó encantada.

Él la llevó en su auto deportivo a un restaurant carísimo y exclusivo.

—¿Y bien, ¿qué piensa de su nuevo puesto? ¿Le agrada?—preguntó de pronto.

Varina sonrió y asintió.

—¿Entonces no ha tenido dificultades? Usted odiaba las ocho horas—preguntó él.

—Sí, es verdad. Creo que necesitaba adaptarme, es que nunca había trabajado y se me hacía muy pesado al comienzo, pero ahora es distinto.

Oh sí era diferente porque él era su jefe. De haber trabajado para cualquier otro jefe habría sufrido cada minuto encerrada en su oficina.

Él sonrió al oír sus palabras.

—Pues me alegro de que esté cómoda, si ocurre algo inesperado o nota algo extraño le ruego que me avise.

Dos cosas ocurrieron a la vez, su celular sonó y trajeron el menú. Varina volvió a sentirse olvidada por completo mientras él daba instrucciones no sé a quién con un tono bastante airado.

Apenas probó un tercio de la comida que le habían servido, spaghetti con salsa picante y sí bebió un vaso entero de vino tanant.

Ella en cambio devoró la ensalada de legumbres y la pasta con salsa de queso pues necesitaba recuperar energías para el resto de la jornada. Además, no podía hacer algo más que comer en esos momentos porque estar frente a su amor y que este hiciera como que no existía le provocaba angustia y ansiedad, pero si tenía la barriga llena al menos se sentiría eventualmente satisfecha y no tan ansiosa de captar su atención.

Entonces notó que él la miraba y se sintió una glotona.

—Vaya, tiene usted buen apetito, me agrada... no soporto a las mujeres que sólo comen ensaladas y pollo y una manzana verde en todo el día—dijo él.

Varina se sonrojó, en efecto, él había visto todo lo que se había zampado en un rato a pesar de que parecía tan distraído hablando por celular.

—Tía Giuliana dice que como soy francesa puedo lastrar lo que sea y no engordar, ella no puede entender cómo puedo comer pan y queso y no... Bueno tampoco es que sea muy delgada.

—Se equivoca, tiene una figura perfecta—respondió él bebiendo un sorbo de vino—Vaya, no sabía eso de las francesas... Sólo conocí a dos en París y le puedo asegurar que vivían a manzana y a un jugo verde de verduras que sabía como el diablo.

—¿De veras? Pues debían ser modelos o actrices de cine, esos jugos verdes para adelgazar y depurar el organismo están muy de moda para ellas.

—No, no eran modelos, por cierto—se apuró a decirle.

Eran ramera, pero ni loco lo hubiera confesado, debía andarse con cuidado esa chica era algo perspicaz y desconfiada. No dejaba de observarle...

Valenti tosió algo incómodo.

—Habla usted francés, ¿no es así?—le preguntó de repente.

—Oui, Monsieur. ¿Por qué lo pregunta?

Él recibió una llamada y tuvo que esperar su respuesta.

—Es que viajaré a París la semana próxima y deberé ausentarme dos semanas y creo que podría ayudarme. Pensé que al conocer tan bien la lengua me sería muy útil. ¿Qué dice? ¿Cree que su tía la deje viajar conmigo?

Varina pensó que esa invitación era importante y que debía aceptar como fuera.

—Me encantaría ir—dijo.

No debió decir eso, se oía demasiado ansiosa y desesperada, debió decir algo así como: "lo pensaré".

—Es decir adoro París y hace tanto que no voy—explicó.—¿Cuándo iremos?

—Mañana a primera hora.

—Oh, ¿tan pronto?—respondió.

Es que iba a necesitar más tiempo para convencer a su tía o para inventar alguna mentira para explicar ese viaje inesperado. Diablos, ya tenía veintitrés años, no era una niñita, podía irse a París si se le antojaba.

—¿Y podrá conseguir pasajes tan pronto, señor Valenti?

—Es que ya los tengo reservados desde hace días, sólo me quedaba preguntarle para confirmar su vuelo.

Ante semejante respuesta Varina sintió que volaba, ¿así que tenía reservado los pasajes días atrás? Entonces tenía planeado invitarla.

—Pero debo hacer las maletas—vaciló.

—Oh, tómese el día libre para eso. Y no lleve mucha ropa puede comprarse algo en París, mejor ir con poco equipaje para evitar tanto tiempo de espera en el aeropuerto. Una maleta pequeña de ser posible.

Lo de llevar poca ropa fue muy directo, pero ella aceptó la explicación con una sonrisa.

París, regresaría a París, la ciudad del amor, oh, su amada París castigada con terribles atentados, resistiendo estoica, con sus edificios y callecitas estrechas, la música y los artistas callejeros pintando sus cuadros... La ciudad del amor con el hombre del que se había enamorado, dos semanas juntos, encerrados en un hotel...

Se sonrojó al preguntarse si dormirían en la misma suite y si luego él intentaría hacerle el amor.

Oh no, ella no podía ni pensar en dormir con él sin saber primero si realmente sentía algo por ella o...

De pronto se sintió asustada ante la posibilidad de que él le pidiera sexo y ella tuviera que rechazarlo. Porque a esa altura debía saber que ella suspiraba por él y tal vez por eso la invitaba, para tener una aventura.

Y mientras la llevaba a su casa se preguntó cómo se lo diría a su tía. Se pondría como loca nada más supiera que se iba a París con su guapo jefe. Se opondría y como no podría impedirselo...

Miró a Valenti algo atontada por todo y le preguntó cuándo se irían.

Él la miró sorprendido.

—Mañana a las nueve, te lo dije hace una hora, ¿lo has olvidado?

Varina se puso colorada al sentir la intensidad de su mirada y cierta risa que vio en sus ojos.

—Sí, disculpa es que debo avisarle a mi tía.

Demonios no debió decir eso, pensaría que actuaba como una adolescente boba pero no se le ocurrió otra cosa, estaba muy alterada.

—¿Y regresaremos...?

—En dos semanas.

Se hizo un silencio incómodo y de pronto su jefe le preguntó si quería que hablara con su tía.

Varina lo miró espantada.

—Es que no será necesario, pero quisiera poder explicarle para que no se inquiete, ella siempre pensó que París me traería tristes recuerdos y siempre se opuso a que fuera, y ahora... No le diré que voy a París.

—Pero tu tío millonario se lo dirá, no tardará en enterarse, toda la empresa se enterará.

—Sí, tienes mucha razón, es mejor que se lo diga ahora.

Él detuvo el auto. Habían llegado a su casa en el pintoresco barrio Navigli. Casas antiguas, calles estrechas, todo estaba tal cual lo recordaba de niña.

De pronto él tomó su mano y la miró fijamente haciendo que temblara de pies a cabeza: —Aguarda... ¿cuál es el problema? ¿Que tú viajes con un hombre soltero a París o que simplemente vayas a París sin que tu tía lo apruebe?

—No es eso señor Valenti, es que ella tiene ideas algo anticuadas y sé que no le gustará que haga este viaje—respondió evasiva—pero no es tu culpa ni sientas que habrá problemas porque yo quiero ir, me encanta la idea de regresar a París y por supuesto que recuerdo el francés y los lugares que recorría de niña con mis padres.

—Bueno, si es así entonces pasaré mañana a las ocho. Recuerda lo que te pedí de la maleta.

Varina dijo que lo recordaría, pero lo olvidó no más abrir la puerta y encontrarse a su tía pegada a la ventana con expresión ceñuda.

—¿Por qué Valenti te trajo tan temprano en su auto?—dijo—¿Acaso hubo un problema en su oficina?—preguntó alarmada.

Rayos, lo había olvidado, ese día su tía iba de compras con una amiga a las tres, debió llegar más tarde.

—No... es que me trajo a esta hora porque mañana nos iremos de viaje de negocios.

Tuvo que decírselo.

—¿Un viaje de negocios?—a su tía le costó digerir esa simple frase.

—Sí, es que iremos a la inauguración de una filial en París, o algo así. Me pidió si lo podíamos acompañar... A mí y a Giovanni—tuvo que inventar eso para que no se alarmara de que irían “solos”.

—¿Te irás con dos hombres a París?

Diablos, qué feo se oía eso.

—Tía, voy a trabajar. Es trabajo.

Eso sonaba peor. Varina se pudo colorada y tuvo que explicar que iría a París porque hablaba francés y su jefe necesitaba una intérprete, algo que por otra parte era muy cierto.

—Pero sólo serán unos días y por favor, no son dos hombres, trabajo para el señor Valenti y él es un caballero. El otro joven es su primo y asistente, y tendremos mucho trabajo.

Al oír una explicación tan razonable su tía se calmó, pero la palabra París encendía las luces de alarma.

—¿Y por qué tiene que ir ahora a París? Ciertamente que no comprendo la urgencia de llevarte a ti. ¿Y desde cuándo planearon esto? ¿Acaso estás saliendo con ese hombre a escondidas?

—No, no estoy saliendo con mi jefe tía, para ya de hacer suposiciones absurdas. Es sólo trabajo.

—¿Sólo trabajo?—repitió incrédula.

—Sí... ¿y tú crees que él tendría otro interés? Soy la sobrina de su socio, no se atrevería. Además, es un hombre muy serio y respetuoso.

—Por favor, ese sujeto tiene toda la pinta de hacer lo que le venga en gana siempre y en todo momento. ¿Crees que te salvaría

ser la sobrina de uno de sus socios? Si te quiere en su cama sólo tú podrías detenerlo.

Varina comenzó a enojarse y no quería reñir con su tía.

—Por favor, debo hacer mi equipaje, mañana viajo a París muy temprano y tengo que escoger algo de ropa.

Escapó como pudo y trató de no pensar. Escapar de su tía era lo principal en esos momentos.

La maleta estuvo lista en menos de dos horas y se detuvo para observar el resultado con expresión satisfecha. Tres vestidos solera, una falda corta escocesa tableada, cuatro blusas, y ropa interior, medias... La ropa interior era de algodón y sostén de copa para sujetar sus pechos y dejarlos en su sitio. De todas formas, nadie iba a verla, pero escogió los más nuevos y bonitos. Listo. Ahora debía darse un baño para relajarse.

Bueno, no debía asustarse, no era más que un viaje de trabajo.

A media tarde de ese día Lucio estaba en medio de una reunión con su abogado cuando recibió la visita de Pietro Romani, el tío político de Varina. Un tipo alto y fornido, luciendo un traje gris de una firma exclusiva italiana, se acercó dando tres zancadas y sin dejar de mirarlo con esa cara de perro que tan característica, pero algo más marcada de lo habitual, tal vez...

Su primo intentó disculparse.

—Le expliqué que estabas en una reunión, pero dijo que era urgente—Giovanni parecía apenado.

—Sí, me imagino—fue la enigmática respuesta del jefe y al instante suspendió la reunión y salió sin prisa mientras aflojaba el nudo de la corbata. Imaginaba que la visita se debía al inesperado viaje a París con Varina.

Tenía una relación cordial con ese caballero, pero no le conocía en profundidad ni le tenía demasiado aprecio y en realidad era un

socio menor a pesar de que Varina había asegurado la primera vez que la vio que su tío era millonario. Sonrió al pensar en esa pequeña cleptómana con ojos tan hermosos. Sabía que ella era la razón de esa visita inesperada y podía entenderlo... sólo que le incomodaba de todas formas.

—Buonasera, Valenti—saludó Romani. Un caballero robusto y de voz profunda con toda la apariencia de un viejo actor de cine por la costumbre de lucir siempre afeitado, perfumado y con el cabello con gel estirado hasta lo imposible.

—Hola Romani. ¿Necesitabas hablar conmigo?

El caballero dejó de sonreír y se sentó.

—Bueno, no es muy cómodo para mí todo esto, pero mi esposa me lo ha pedido y ella... Está muy preocupada por su sobrina, Varina, que ahora es tu secretaria.

—Sí, por supuesto—respondió Valenti. ¿Qué más podía decir?

—Bueno, no voy a intervenir en tus asuntos, pero creo que ese viaje a París no es tan necesario como le diste a encender a mi sobrina.

No, no lo era claro, pero era necesario por otros motivos. Motivos privados y secretos por supuesto.

—Es un viaje de negocios, Romani y decidí invitar a Varina porque habla francés y me será muy útil. Necesito reunirme con esos franceses y convencerles de hacer una inversión.

La historia era convincente, él estaba muy serio y no estaba dispuesto a dar más explicaciones.

—Sí, comprendo, pero es que Varina no es como las chicas que hay en esta oficina. Es una joven muy vulnerable, ¿entiendes? Ha sufrido mucho y cosas que no vienen al cuento y son privadas. Y París no le hará mucho bien, su terapeuta lo dijo hace tiempo, que fue mejor traerla a Italia y que comenzara una nueva vida con su familia. La hermana de mi esposa, bueno hermana por parte de padre, no cuidaba de su hija y ella, en fin, temo que este viaje la

afecte un poco. Que no le haga bien. Por eso vine a pedirte que prescindas de llevarla a París.

Era momento de ponerse firme. ¿Cómo se atrevía ese hombre a interferir en sus asuntos laborales y privados?

—Bueno, me temo que eso no será posible. La señorita Varina es mayor de edad y puede tomar sus decisiones. Ella está muy feliz con el viaje y prometo que la cuidaré si eso los preocupa.

Ahora Romani lo miraba sin sonreír.

—Espero que no tengas planes para Varina, que no pretendas seducirla y lastimarla. Porque si lo haces Valenti... Escucha bien, no puedo prohibirle a mi sobrina que salga y se divierta, pero te conozco bien y sé que tú sales con ramera y te lo pasas en grande. Ella no es una chica para ti, es una joven decente y de buena familia, y si te atreves a seducirla, a lastimarla, a tocarle un cabello... Pues entonces me conocerás. No me agrada esto, pero es mi familia y tú sabes bien cómo siempre he defendido de los míos.

No, no lo sabía, todas esas frases de mafioso siciliano le parecían salidas de una comedia, no se oían muy convincentes... El hombre había llegado a ese extremo porque su mujer debió pedírselo y punto y tal vez como actor frustrado le gustaba representar papeles importantes y dramáticos.

—Varina es mi secretaria, Romani y ella aceptó viajar conmigo, lo demás creo que sobra—declaró—No soy un seductor barato para que vengas aquí a amenazarme con una vendetta, eso realmente está fuera de lugar y te aseguro nunca se me pasó por la mente aprovecharme de una joven tan cándida como tu sobrina. Puedes quedarte tranquilo. Ni siquiera se me pasó por la mente hacer algo así. Lastimar o aprovecharme de una chica decente. ¿Acaso ella les dijo algo sobre mí?

—No, es una joven muy reservada pero que ha tenido una vida muy desdichada. Pero su tía la nota cambiada y teme que se haga ilusiones y luego sufra. Eso es todo.

—Bueno, puedes decirle a tu esposa que soy un hombre inteligente y respetuoso y que además no tiene nada que temer

porque Varina es mi secretaria y nada más y no la invito a un viaje de placer, sino que le pedí que me acompañara como mi asistente. No hay nada más entre nosotros, ¿comprende?

—Muy bien, me alegra saberlo. Pero hay algo más, se trata de París...

Valenti tenía toda la intención de marcharse, pero se detuvo, bueno, al parecer su socio quería contarle un secreto familiar celosamente guardado. Menuda desilusión se llevó entonces. No, ese hombre no era tan tonto de decirle toda la verdad.

—Su tía teme que este viaje la afecta porque tuvo una infancia muy desdichada en Montmartre y por eso se opuso a que fuera. No es conveniente que ella recorra demasiado la ciudad, la afectará mucho y luego, puede tener una recaída.

¿Así que Varina no podía recorrer Saint Germain ni los lugares más pintorescos? Vaya, qué exagerados que eran, la trataban como si fuera una niña. ¿Una recaída? Ni que fuera una adicta o algo así. Realmente no entendía a esa familia. Para él Varina era una joven tierna y muy sana en todo sentido y lo fastidiaba que sus tíos intervinieran.

—Bueno, ahora si me disculpas tengo una reunión y es urgente —dijo ansioso de librarse de ese hombre.

—Oh sí, por supuesto. Pero quería avisarle.

París

Llegaron a París en el jet privado de Valenti en menos de una hora estaban en la ciudad del amor, un radiante día de fines de verano y comienzos de otoño. Varina que odiaba los viajes en avión casi ni se enteró, fue tan rápido y agradable viajar en un avión privado.

Nada más llegar tuvo que ponerse la chaqueta por el viento que hizo volar su falda. Subieron a su auto y suspiró. Todo era tan bonito y pintoresco, pero se notaba que el verano llegaba a su fin, casi podía verlo en los árboles, en la luz del sol, ese cambio de estación y la ventisca fría que había hecho volar su falda al comienzo.

Su jefe estaba muy guapo con su traje sport, lentes oscuros y ese perfume embriagador que inundaba sus sentidos y cuando la llevó a un hotel de lujo y pidió las habitaciones reservadas se ruborizó. ¿Acaso se quedarían en ese hotel? Se preguntó mientras miraba embobada los salones lujosos, las columnas y escaleras de mármol y pensó que nunca había estado en un lugar tan magnífico.

—Por aquí señorita Dubreil, por favor—dijo Valenti al notar que estaba distraída.

¿Él la llevaría a su habitación? Eso era algo extraño.

Un botones se hizo cargo de las maletas y ella siguió a su jefe que parecía estar pendiente de ella.

La suite tenía una cama de dos plazas, un comedor, un baño con yacusi y toda clase de lujos. Varina lo recorrió sin poder creerlo, qué lugar tan hermoso, y en el tocador encontró pequeñas muestras de perfume y jabones con forma caracoles que olían tan bien...

—Bueno, supongo que estarás bien aquí —dijo Valenti a su espalda.

Ella lo miró perpleja.

—Sí, es hermoso... Qué bonito lugar. ¿Pero dónde está la oficina?—preguntó ella.

Él sonrió al oír eso.

—Está en mi habitación por supuesto. Ayer tuve que mentir ¿sabes?

¿Su jefe mintiendo? Oh...

—Es que vino tu tío a mi oficina; ese tío millonario que mencionaste una vez, para intentar convencerme de que no te trajera a París porque a tu tía no le gustaba.

Varina se puso muy colorada.

—¿Mi tío Pietro hizo eso? ¡Oh, qué vergüenza! Pero...

—Es que él dijo algo de que tú eras muy vulnerable y que yo podría intentar propasarme y cosas así.

Varina estaba al borde de las lágrimas, no, no podría soportarlo.

—Está bien, tranquila—dijo su jefe para calmarla— no fue nada que me molestara, sólo me sorprendió que tus tíos te traten como a una niña cuando tienes veintitrés años, ¿verdad? Pero no te aflijas, creo que eres adulta para tomar tus propias decisiones y luchar por lo que deseas tener... Estoy muy contento con tu desempeño y no quiero que esto afecte nuestra relación laboral. Bueno, ahora cámbiate, iremos a almorzar, debes estar hambrienta.

Maldita sea, su tío, ¿por qué rayos tuvo que ir a hablar con su jefe? ¿Por qué tuvo que hacerlo? ¿Y qué le dijo exactamente? ¿Acaso le avisó que ella estaba enamorada de él y...? ¿Cómo pudo hacer eso? ¿Su tía fue capaz de delatarla de esa forma?

—Esto realmente me apena señor Valenti, siento tanta vergüenza... quisieron convencerme de que no viniera a París, pero ir a verlo a su oficina fue el colmo—dijo Varina airada. Realmente quería que la tierra la tragara, por más que su jefe intentara quitarle importancia, era vergonzoso.

—Tranquila... no quiero que te enojas con tu tío, le expliqué que no hay motivos para que me crea una amenaza para la honra familiar—dijo él y sus ojos brillaron con astucia.

Pero ella no se sintió tranquila y corrió a darse un baño para cambiarse de ropa para ir a almorzar. Al demonio, no arruinarían su viaje ni sus intenciones de conquistar a su jefe a como diera lugar. Ese hombre sería suyo, o al menos daría todo de sí para conquistarlo. Y ese viaje era su oportunidad, tal vez su única oportunidad, pero tal vez su tío había abierto la boca y ahora él sabía o sospechaba de sus planes. ¡Qué mala liga!

Se metió en la ducha intentando serenarse mientras se preguntaba cómo sería la suite de su jefe donde tendrían que trabajar, su ánimo mejoró entonces, un buen baño, perfume y ropa nueva y estaría lista para la guerra. Pero que no se notara. Poco maquillaje y no mucho perfume, había leído en una revista de que a la mayoría de los hombres no le agradaban las mujeres muy pintadas ni con perfumes fuertes. Mejor sería no abusar.

Ya vestida y con el cabello húmedo optó por un delineador negro sobre el párpado, un brillo de labios para hacer su boca más carnosa y... un perfume suave. Qué suerte que había llevado ese vestido largo negro ajustado pues era formal y no muy llamativo. ¿Aros de plata o colgantes? Mejor los aros.

Su mirada cuando fue a buscarla le dijo todo, al parecer lo había hecho bien.

Poco después fueron a comer en un restaurant cerca del hotel, escoltados por uno de sus asistentes, pero esta vez no hubo llamadas impertinentes ni nada, su jefe parecía alegre y relajado como pocas veces lo había visto, a decir verdad.

Y mientras almorzaban hasta le preguntó a dónde le gustaría ir.

Varina sonrió y él se quedó mirándola con fijeza hasta que logró sonrojarla.

—¿Entonces puedo escoger un lugar?—preguntó encantada.

—Sí, escoge el que más te gustaría, tal vez los castillos.

—No... Es que quisiera ver mi casa en Montmartre.

Esa revelación le provocó un sobresalto a su jefe, no supo la razón, pero se puso serio de repente.

—¿Realmente te gustaría ver Montmartre? ¿No temes que tal vez sea algo triste para ti? Sabes quisiera que este viaje fuera como unas pequeñas vacaciones antes del trabajo.

—Es que me encantaría ir, recorrer esas calles y ver a los pintores. Mi padre era pintor y él... él se fue y nunca más supe nada de él, mi tía jamás me habla porque cree que eso me pone triste pero no es así.

—¿Entonces tu padre está vivo? Pero si está vivo ¿por qué no te ha buscado?—él parecía muy sorprendido.

—No lo sé, pero luego de que mamá murió por su culpa yo lo odié, todavía lo odio un poco por lo que hizo y, sin embargo, a veces recuerdo cosas, momentos felices en navidad y en mi cumpleaños.

—Si tuviera una hija haría hasta lo imposible por estar con ella, y a pesar de que nunca tuve hijos creo que, si los tuviera, pues jamás los dejaría solos. Pero sé que hay gente sin corazón que abandona a sus hijos, a su esposa.

—Vaya, pensé que no quería casarse ni tener hijos—le respondió Varina.

Él sonrió levemente.

—Es que nunca tuve ganas de hacerlo, creo que tendría que estar muy enamorado o muy loco para casarme luego de ver lo poco que duran los matrimonios en estos días. Las parejas se separan todo el tiempo, luego vuelven a juntarse con otras personas y eso te quita las ganas de intentarlo ¿no crees? ¿Tú qué piensas? ¿Te gustaría casarte cuando seas adulta?

Esas últimas palabras no la ofendieron.

—Sí, me gustaría mucho casarme en un par de años, tal vez antes y también quisiera tener muchos hijos, me encantan los niños.

—¿De veras? ¿Y te gustaría casarte con un millonario?—insistió él.

—Bueno, no lo sé... mi tío es millonario o dice serlo, y es bastante antipático y materialista, vive sufriendo cada peso que gasta y por ello tuve que ponerme a trabajar para poder comprarme

ropa y cosas porque se negaba a darme dinero para mi mesada. En realidad, no me importa tanto que fuera millonario, quisiera que él me amara y respetara y trabajara sí por supuesto, que tenga algo para formar una familia. No es divertido ser pobre, yo lo fui casi toda mi vida hasta que mi tía me trajo a Italia y entonces pude tener muñecas y vestidos nuevos.

—El amor lleva tiempo pequeña y no creo que tú estés nada preparada para casarte.

Eso la ofendió, de inmediato notó cómo sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Pues tengo veintitrés años y quiero tener mi propio hogar y que dejen de cuidarme como si tuviera tres años. Sólo que los hombres de aquí no quieren compromisos, sólo diversión. Como si tuvieran toda la vida para divertirse y perder el tiempo. Por otra parte, detesto perder el tiempo y que me vean como una cosa bonita a la que quieren seducir.

—Es que tú eres una cosa muy bonita, realmente eres preciosa, Varina y es normal que los hombres quieran llevarte a su cama.

¿Él le había dicho que era realmente preciosa, había oído bien?

—Gracias, pero me he cansado un poco de los adulones italianos, simpáticos, guapos, pero nada más sales con ellos ya quieren tocarte y si te descuidas...

Varina se puso muy colorada al recordar la vez que desafió a su tía y salió con un chico del colegio al cine, al regresar el muy maldito la llevó a un lugar oscuro y comenzó a besarla, diablos, casi sin darse cuenta se había bajado el cierre y había levantado su falda con tal sutileza que cuando lo notó le gritó de todo. Atrevido.

—Sí, es verdad, algunos son muy audaces—dijo su jefe.

—Pues yo he dejado de salir con hombres por esa razón porque por más que digan que irás al cine de regreso intentarán pillarte desprevenida y realmente me cansé de eso. Quiero algo serio

y formal y supongo que sólo debo tener paciencia y esperar a que llegue el hombre adecuado.

—Me parece muy buena idea, sí, y de paso tú maduras un poco porque creo que tú no estás preparada para una relación seria y formal.

—¿Y por qué no habría de estarlo?—replicó Varina con calor.

—No lo sé, es algo que intuyo. Conozco bien a las mujeres, preciosa y tú, fantaseas sí, pareces desear que pase algo, pero luego, creo que te falta un poco de cocción. Estás muy verde, bebé.

Eso fue como una bofetada. O mejor dicho una bofetada y un baldazo de agua fría.

—Usted no me conoce nada señor Valenti, tal vez conozca a otras mujeres sí pero no a mí. Estoy más que lista para casarme, por favor, mi abuela se casó a los quince años y mi madre a los diecisiete, en mi familia todas las mujeres son algo precoces... Por supuesto que mi tía se escandaliza cada vez que lo digo pues siempre tuvo miedo de que me pasara.

Él sonrió.

—Entonces según esa lógica ya tendrías que estar casada y con un hijo.

—Sí, eso mismo pensaba yo, realmente no me gustaría esperar a los treinta para casarme como hacen todas las mujeres de este país.

—¿Así que tienes prisa? Pero yo me pregunto, ¿qué experiencia tienes para casarte si nunca has tenido un novio ¿no es así?

—¿Y eso qué? ¿Cree que las mujeres con muchos novios están más capacitadas para ser buenas esposas? Pues yo estoy guardándome para el hombre que sea mi marido y no deseo que ningún otro me toque nunca. Es el regalo que le daré al hombre que se convierta en mi esposo un día.

Valenti se puso serio.

—¿Y te casarías con ese hombre sin haberle conocido en la intimidad? ¿Sin haber estado nunca con nadie?

—Sí, es justamente lo que planeo desde hace tiempo. Puedes conocer a alguien sin tener que dormir con él, y creo que debes conocerte bien antes de casarte duermas o no con esa persona para evitar los divorcios. Me refiero a ser compatibles, tener proyectos en común y poseer naturalezas afines, porque hay cierto tipo de hombres que no combinan casi que, con ninguna mujer, me refiero a los muy locos y celosos o violentos... Y mujeres que tampoco, imagino.

Valenti bebió un sorbo de vino y la miró con una sonrisa.

—Es verdad, es muy cierto lo que dices, no todo es tener buen sexo en una relación, aunque sí ayuda... Sin embargo, es necesario conocer bien sí a la otra persona, en todos los aspectos.

—Justamente esa es la excusa perfecta que usan todos los hombres, ¿cómo puedo casarme contigo si no te conozco de forma íntima? Pues conmigo no tienen suerte, no me como ese cuento y punto.

—Vaya, eres muy francesa, sólo sueñas con encontrar al marido perfecto.

“Sí, ya lo he encontrado, pero él cree que estoy muy verde, qué triste y sin embargo me llamó preciosa, cree que soy preciosa” pensó Varina.

—Bueno, entonces quieres ir a Montmartre.

Ella asintió y sonrió terminando de devorar ese exquisito postre llamado gateau de chocolate.

Llegaron al barrio bohemio en su auto con chofer y Varina comenzó a buscar su casa con cierta prisa. ¿Por qué había insistido en ir? Tal vez le trajera recuerdos tristes y sin embargo la música callejera la atrajo como un imán mientras buscaba la fachada de su casa con cierta desesperación y su jefe la seguía intrigado.

La música y ese olor tan familiar, el colorido y las voces hablando en francés, de pronto tuvo la sensación de que estaba como en casa y durante años su casa había sido ese pequeño palacete en la zona residencial de Milán, los paseos al parque de

diversiones y con los años los chicos atrevidos que la buscaban y decían tonterías para conquistarla. Pero allí estaba su hogar, su viejo hogar...

Y de pronto vio la casa azul de dos plantas al final del camino de piedra, esa casa con su hermoso jardín de rosas y jazmines, madreselvas trepando por las ventanas...

Allí estaba su antiguo hogar cubierto de maleza y vegetación con un sucio cartel que decía "prohibido pasar, propiedad privada". Hermosa y abandonada, allí estaba la casa de dos plantas pequeña en la que había nacido y crecido... Tantos recuerdos vinieron a su mente. Se vio a sí misma de niña jugando con su muñeca sentada en esa hamaca de hierro o tendida en el suelo para ver las nubes volando, intentando adivinar qué eran por su forma.

Sus pasos la guiaron hasta la puerta, necesitaba tanto entrar, saber quién vivía allí ahora, pero al golpear de la mano de hierro que había en lo alto un hombre viejo y gorro chato hacia un costado se acercó con expresión poco amigable hablándole en francés.

Diablos, no podía entender lo que decía.

—Disculpe, es que no logro entenderle—le dijo en francés.

El hombre se quedó mirándola con expresión hostil.

—Váyase de aquí ahora, es propiedad privada.

Valenti, que había presenciado la escena se acercó molesto por la actitud tan arrogante y altiva de ese francés, ¿qué se creía?

—La señorita desea saber quién vive en esta casa—dijo en perfecto francés.

El viejo lo miró desconfiado y con semblante mucho más torvo que antes mientras se acercaba a investigar.

—Fuera de aquí, es propiedad privada. No pueden entrar—gritó el anciano sacudiendo las manos al cielo exasperado.

—Disculpe, sólo está viendo esta casa porque esta joven vivió aquí de niña—le respondió.

Pero eso no conmovió al anciano, fingió no entender y volvió a pedirle que se retiraran o llamaría a la policía. Viejo loco.

Lucio se acercó a Varina y le dijo al oído que debían irse porque ese viejo no estaba muy bien de la cabeza.

—Ven, ese hombre no quiere que te acerques, es un grosero— entonces tomó su mano y sus miradas se unieron.

Ella lo miró con tristeza, aturdida y confundida por el inhóspito recibimiento.

—Era mi casa, sé que era mi casa, la recuerdo bien. Quisiera entrar, ver los jardines—le respondió ella mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y se quedaba tesa en actitud tozuda y desesperada.

Valenti se acercó y la abrazó despacio.

—Lo siento, de veras, ese sujeto parece un perro guardián que alguien dejó para alejar a los curiosos y si pudiera lo sacaría sabes, pero no deseo tener problemas aquí, acabamos de llegar. Ven pequeña, necesitas alejarte de aquí.

Ella secó sus lágrimas y lo siguió como atontada ante la mirada ceñuda del viejo que se quedó parado en la puerta hasta que los vio alejarse lo suficiente.

Caminaron unas cuadras hasta llegar a la plaza de Sacre Coeur, ese lugar lleno de pintores callejeros rodeados de turistas y quiso ver los retratos.

—Mi padre pintaba aquí—susurró en francés y él entendió cada palabra preguntándose por qué quería encontrar a un padre que la había abandonado, por qué estaba allí, ¿qué buscaba en realidad?

Y de pronto la escuchó decir:

—Tú hablas francés—parecía una acusación.

Él la miró con fijeza.

—Sí... viví aquí un tiempo cuando abrieron la filial en París—le respondió y sonrió.

—Pensé que no hablabas una palabra.

—Sí hablo y entiendo todo, o casi todo, vengo todos los años, hablo otros idiomas, de lo contrario no podría moverme por Europa

como lo hago.

¿Entonces por qué la había llevado? Esa había sido la excusa que le dio al comienzo. Que ella hablaba francés y él ni una palabra. Había mentido, qué raro, él nunca mentía, debió tener una razón para hacerlo.

Varina siguió caminando entre los jóvenes pintores y más de uno le dedicó una mirada intensa y hasta se le acercaron para invitarla a ver sus pinturas, pero Valenti los apartó molesto.

—Ebrios y atrevidos—murmuró y tomó su mano de forma posesiva.

—Bueno, ya hemos visto mucho pasado hoy, quisiera recorrer la ciudad y buscar un restaurant para cenar esta noche—dijo luego.

Varina aceptó sin demasiado entusiasmo, su mente estaba en esa casita en la que había vivido su infancia, en el anciano antipático que no la dejó entrar, en los rostros de pintores jóvenes mirándola con malicia... Y lo que más la afectó era no ver a su padre, su padre se pasaba gran parte del día pintando en su taller, recorriendo esas callecitas de piedra, reuniéndose con sus amigos pintores en un bar mientras su pobre madre languidecía en una cama. ¿Qué enfermedad era esa que jamás se curaba? Desde siempre la había visto tendida en una cama como las damas de antaño, recluida, visitada por su médico y siempre allí, tesa como una inválida... Sin embargo, no siempre estaba en la cama, a veces la llevaba a la plaza a jugar con otros niños y le compraba galletas y dulces y reía... Y su padre entraba y salía, desaparecía por días y regresaba con un regalo, alguna muñeca rubia que ella recibía con júbilo.

Varina sintió que su alma seguía allí, a pesar de haber subido a su Audi con chofer y responder a sus comentarios, su mente y su corazón seguían en Montmartre. Su infancia alegre y solitaria y tantas preguntas que nunca tendrían respuestas. Había deseado tanto regresar y ahora que estaba allí sentía que no era lo mismo y saber que nunca encontraría a su padre la deprimía.

El día transcurrió como una vorágine de colores y sensaciones nuevas al recorrer la torre Eiffel y otros lugares turísticos sin que

sintiera más que una completa indiferencia a pesar de los esfuerzos de su jefe por hacerla sentir bien, tuvo la sensación de que ese día no podría salir de esa casa de Montmartre ni de ver a ese vejete hablándole con petulancia como si fuera una terrorista o algún otro ser igualmente odioso. Vaya, había escuchado que los parisinos no eran muy hospitalarios con los extranjeros, pero no creyó que fueran tan groseros.

Tal vez por estar tan melancólica bebió más de la cuenta en la noche cuando fueron a cenar a un restaurant muy pintoresco llamado Le Cinq en el corazón de París. Las mesas y las cortinas blancas de voila, todo era tan lujoso y pintoresco. No quiso ni ver el precio del menú era realmente exorbitante, pero notó que su jefe era recibido a cuerpo de rey dándole la mejor mesa que daba a la calle como si estuviera reservada de antemano.

—¿Te agrada?—preguntó su jefe.

Varina asintió sin demasiado entusiasmo. Todo era perfecto sí, pero de pronto deseó con todas sus fuerzas que ese día pasara rápido y luego como una hoja vieja y arrugada arrancarlo de su memoria y convertirla en una pelota de papel y tirarla muy lejos.

—Mañana te llevaré a ver los castillos del Loira, seguro que te agradará—dijo su jefe mientras le servían un aperitivo.

Ella suspiró mientras sentía un leve mareo por la copa de tanant que acababa de beberse. Qué guapo estaba de traje, era tan elegante y viril, tenía ese charme de hombre sexy y sensual de los italianos, guapos y tentadores...

—Gracias, señor Valenti—murmuró—Temo que hoy he estado algo triste pero mañana se me pasará.

Él sonrió.

—Está bien, sé que es difícil para ti y no es tu culpa, ese anciano pudo ser más amable, sólo querías ver la casa de tu infancia y te trató como si fueras capaz de robarle. No te culpes, ese anciano debió pensar que éramos turistas impertinentes.

—Sí, lo sé... Tal vez no debí ir, a fin de cuentas, mi padre se fue y nunca me buscó, al parecer jamás le importé gran cosa. Su vida era pintar cuadros y reunirse con sus amigos. Mi tía me rescató del abandono y no debería buscar ni esperar verle, tal vez esté muerto y nadie lo sabe. Imagino que yo no era más que un estorbo para él y su vida de artista.

—Bueno, pero no puedes sentir culpa por eso, fue mejor que te llevara tu tía porque te amaba y te dio un hogar estable y seguro.

—Sí, es verdad y sin embargo creo que echo de menos tener a mis padres, saber qué pasó con él. No debería sentirme así pero no puedo evitarlo, creo que sigo sintiéndome una extranjera en Italia y una huérfana. Rayos, creo que el alcohol me ha soltado la lengua, no quise decir eso, realmente he sido feliz, no puedo quejarme, tío Edgardo fue como un padre para mí y también lo extraño a veces ¿sabes? Se fue tan pronto... ¿por qué será que las personas buenas no duran? Es tan injusto—diablos, estaba llorando, no pudo contenerse.

Valenti tomó su mano y la besó.

—Tranquila, ya pasará, mañana será otro día, ven...

Quería irse, correr, desaparecer, vaya, hacía tanto que no se sentía así. Su tía tenía razón bendita sea, ella sabía que viajar a París la afectaría.

Poco después ella siguió a su jefe mientras secaba sus lágrimas y se esforzaba por serenarse sintiendo no solo la tristeza sofocarla sino también rabia y vergüenza de que él la viera en ese estado. No había ido a París para eso, había ido para estar con su jefe e intentar lograr algo.

Y cuando él la acompañó hasta su habitación y le dijo: “bueno, mañana será otro día” lo miró abatida sin sentir nada más que la tristeza de haber viajado en el tiempo y haber regresado tan dolida.

Y después de la lluvia llegaron los días de sol. El sol radiante le dio energías para caminar durante horas y recorrer los castillos del

Loira. Su tía la llamó al medio día para saber cómo iba todo. ¿Mucho trabajo? Oh sí, le respondió evasiva sin darle mayores detalles.

—¿Y ya has visitado el Louvre?—insistió.

—Tía por favor, ¿crees que perderé tiempo yendo a un museo?

—Pero es el museo más importante del mundo, allí están los cuadros más notables. Y también la bastilla, el paseo de...

La lista de lugares emblemáticos de París era muy extensa y Varina perdió la paciencia.

—Me parece que se te olvida que estoy trabajando—mintió para que la dejara en paz—Además—agregó picada—no pretenderás que visite el cementerio medieval de los santos inocentes, por favor, qué lugar tan tétrico.

Valenti sonrió al oír la conversación y se alejaron en busca del restaurant más cercano. Era tan bello verla sonreír de nuevo después de esa experiencia tan triste el día de su llegada a París.

De pronto, mientras recorrían los jardines se acercó un fotógrafo con la intención de sacarles una instantánea como recuerdo pensando que seguramente eran un par de enamorados y antes de hacerlo le entregó una rosa roja a Varina. Ella la tomó encantada y Lucio se acercó despacio y el fotógrafo les sacó la fotografía instantánea.

—Qué bella pareja—dijo mientras les entregaba la instantánea.

Varina se sonrojó y quiso explicar que sólo era su jefe por ahora, pero guardó silencio mientras miraba la fotografía. Oh, al fin tendría una foto como recuerdo de ese viaje, una foto junto a su jefe.

Él se acercó y vio la fotografía.

—Pensó que usted era mi pareja—se disculpó ella.

Y a decir verdad en la fotografía se veían sonrientes y felices como novios, muy cerca el uno del otro.

—Qué bella foto—murmuró él.

Varina puso la foto en el sobre que le había dado el fotógrafo mientras regresaban al hotel.

Fueron días de ensueño, de salidas, excursiones y paseos al aire libre, sonrisas y charlas en los restaurantes. El tiempo volaba y ella guardaba celosamente cada suvenir, cada regalo de su jefe como un verdadero tesoro y deseaba quedarse allí para siempre. Nada más despertar escuchaba la música, el ambiente cálido y romántico que había en París, su alegre vida nocturna.

Una noche fueron a bailar a una discoteca pequeña que sólo pasaba música romántica y vieja, a él le gustaba la música de los setenta y a ella también.

Le gustaba tanto estar a solas con su jefe, casi le parecía un sueño hecho realidad. Sin celulares sonando sin parar ni interrupciones, solos por primera vez, casi como amigos o como algo más... En ocasiones sabía que él la miraba cuando creía que ella no lo notaba y Varina lo sabía, por eso siempre procuraba lucir arreglada, pulcra y perfumada. Pero sólo habían sido miradas, conversaciones a media luz, copas de vino y risas, no la había besado ni tampoco se había acercado con esas intenciones.

Y al llegar al pub y ver las mesitas dispuestas a media luz se sintió encantada.

Caminó unos pasos y escogió una mesa en un rincón.

Él se sentó enfrente y la miró con fijeza. No era la primera vez que la miraba así y de pronto habló.

—Estás preciosa Varina, te ves radiante, distinta como si...

—Gracias señor Valenti.

—Oh basta de señor Valenti, dime Lucio por favor.

—Es que usted es mi jefe y me cuesta un poco llamarlo por su nombre de pila.

—Está bien, dime Valenti, sin el señor, me conformo. Cuando me llamas señor Valenti me siento como de cien años.

Varina rió y él notó cómo se le formaban los hoyuelos en las mejillas. Era una chica hermosa, tierna, pero debía ser prudente... si

es que lograba pensar con claridad en esos momentos pues cuando lo miraba así se le hacía difícil poner en orden sus pensamientos.

—No me diga que soy preciosa por favor, no lo soy...—dijo entonces.

—Oh, claro que lo eres, como una muñeca de colección... Y que por favor no me escuche una feminista porque me dirá que las mujeres no son muñecas a quién admirar sino seres de carne y hueso iguales a los hombres en todos los sentidos...—rió por la ocurrencia y agregó sin perder el humor: —No son iguales, si fueran hombres no tendríais ni pizca de gracia. ¿Has visto algo más feo que un hombre? No importa la edad... La belleza y la gracia les fueron concedidas a las mujeres y a nadie más.

Varina bebió de su trago y sintió que esas palabras la enamoraban.

—Bueno, yo no soy tan feminista, en realidad no me interesa demasiado ni me ofende que un hombre me diga un piropo, al contrario, además los italianos siempre dicen cosas bonitas, galantes. No creo que eso sea acoso callejero como se quejan algunas.

—Y a mí me alegra saber que no eres feminista porque hoy día las feministas se han vuelto un poco radicales.

—Tal vez, Elena se decía feminista, pero ella tildaba de gorda insoportable a muchas de sus compañeras de trabajo sólo porque no tenían un cuerpo perfecto como ella, a mí me decía cosas groseras, eso no es ser feminista, todo el tiempo estaba compitiendo con todas y las rajaba por detrás, no era nada leal. Supongo que lo de feminista era para pedir algún aumento extra de sueldo o para figurar en alguna revista de moda.

—Esa ya es historia, olvídala, no volverás a cruzártela.

—¿De veras ?—Varina estaba maravillada.

—No. La despedí antes de viajar a París.

—Oh, qué buena noticia, esa mujer era más mala que una culebra. Oh, creo que esto hay que festejarlo con otro cóctel.

Él fue en busca de uno de frutas para ella y se pidió un whisky para él. Al parecer no le agradaban mucho los cócteles, dijo que la mezcla de bebidas le provocaba malestar.

Y cuando regresó a la mesa notó que algo pasaba, había un hombre joven hablando con Varina. Al verle aparecer el tipo se puso pálido.

—Disculpe, pensé que estaba sola—dijo el descarado antes de desaparecer. Menudo buitre, en un descuido le querían conquistar a su chica. Sí que eran rápidos esos franceses.

Miró a Varina y le preguntó si estaba bien.

—Sí, dijo que me parecía mucho a una amiga suya y creo que todo era un embuste para intentar ligar. Fue un embrollo, no podía quitármelo de encima porque no me entendía, como si de repente olvidara el francés, qué extraño. Tal vez fueron los nervios, apareció así de repente...

—¿Estás bien, acaso te hizo algo?

—No, no, sólo se puso a hablarme, dijo conocerme, pero yo le dije que nunca lo había visto, él no me entendió... pero estoy bien.

Varina notó que su jefe estaba alterado y por más que quiso impedírselo bebió unos sorbos del cóctel frutal, le encantaba ese jugo de frutas mezclado con alcohol, el sabor era fresco y tan agradable.

De pronto escuchó una de sus canciones favoritas, The Hollies: "The air that I breath" y sintió tantas ganas de bailar que en un arranque de desesperación tomó la mano de su jefe y le preguntó si podían bailar esa canción.

Él la miró con fijeza como si estuviera sorprendido y enojado por el pedido y Varina sintió que su corazón iba a quebrarse si le decía que no. ¿Por qué estaba tan serio y no se movía?

—¿No debería ser yo quién te invite a bailar, pequeña?—dijo luego y sonrió levemente.

—Esta canción, me encanta... Pero si no quieres está bien, bailaré sola—le respondió alejándose despacio. En realidad, quería

salir corriendo para escuchar esa melodía a solas antes de que terminara.

Pero de pronto sintió su mano rozando la suya y cuando se detuvo le vio frente a ella abrazándola despacio, pues esa melodía era para bailar abrazados, moviéndose de un lado a otro. Y ese simple gesto de acercarse y abrazarla le provocó un sobresalto mezcla de júbilo tan intenso que habría deseado gritar, cantar... porque estaba entre sus brazos bailando su canción favorita y estaban tan cerca que... Eso no era un simple acercamiento y lo sabía, no era la canción él la miraba de una forma distinta, estaba tan serio que no podía entender qué pensaba o sentía en esos momentos. Pero se deslizaron por la pista de un lado a otro con suavidad, muy lentamente. De pronto, mientras giraban sus miradas se unieron un instante y ella deseó tanto que la besara...

Pero Valenti no la besó, no lo hizo, pero sí la abrazó, la estrechó muy fuerte entre sus brazos hasta que terminó la canción, y no hizo ningún ademán de soltarla cuando dieron otro tema de los Hollies.

—Es extraño que te guste esta música tan vieja, preciosa, no eras ni nacida y tus padres tal vez no eran novios todavía—le susurró entonces.

—Mi padre escuchaba los Hollies y los Creedence—le respondió ella y mi tío Edgardo también, oía rock clásico. Pero me encanta la música vieja, es como si hubiera vivido en esa época, no puedo explicarlo.

Él sonrió y siguieron bailando muy juntos al compás de la música de los setenta hasta que Varina sintió que el alcohol se le subía a la cabeza y la volvía osada. Quería besar a su jefe, quería saber cómo sería sentir esos labios presionando los suyos... pero diablos, no se animaba. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿No era el hombre quién tomaba la iniciativa en esos asuntos? Tal vez, pero ¿Por qué no la había besado todavía? Se preguntó inquieta.

Y mientras esperaba que lo hiciera comenzó a marearse, tal vez ese cóctel había sido demasiado para ella.

Lo más penoso es que tuvo que decirle a Valenti lo que le pasaba, era imposible para ella disimular en esos momentos, todo le daba vueltas.

—Estoy un poco mareada, creo que iré a tomar aire, este lugar... hace mucho calor aquí—dijo.

Su jefe se preocupó de inmediato.

—Ven, te llevaré afuera para que tomes aire. ¿Puedes caminar sin caerte, estás segura?

—Sí...

Al salir del pub y ver París a la luz de la luna ella pensó que se veía mágico. Varina suspiró y el mareo pasó mientras él permanecía muy atento a su estado.

—Ya se me está pasando, creo que necesitaba tomar un poco de aire fresco, aunque está algo frío—dijo y tiritó.

—¿Tienes frío?—Valenti se quitó el saco y la rodeó con él quedando en camisa blanca abierta sin corbata. Qué guapo quedaba de camisa.

—¡Gracias! Ahora tú tendrás frío—ella tenía tantas ganas de abrazarlo, de besarlo, pero no se animó, por momentos le sonreía y sentía que su corazón se iluminaba, pero luego tomaba distancia y todo se enfriaba.

—No importa, llamaré a mi chofer para que venga a buscarnos —le respondió Valenti.

Y eso fue todo, el auto llegó a los tres minutos y subieron, ella con cierto pesar porque significaba que la noche llegaba a su fin y más que eso pues echó de menos que la abrazara con fuerza y le diera un beso. Durante el viaje no hablaron y Varina luchaba por romper el silencio, pero no tuvo valor para hacerlo. Las luces interiores del auto comenzaron a darle sueño, había sido un día lleno de emociones.

Lo más extraño era que él no hablaba de trabajo, en ningún momento mencionó que debía reunirse con esos inversores ni visitar

la filial de París. Parecía estar allí de incógnito, informal, paseando como un turista sin detenerse a saludar a nadie ni a conversar. Y también parecían dos novios que empezaban a salir, había ciertas conversaciones que no podía pasar por alto, preguntas, miradas... como si Valenti quisiera conocerla y ese viaje tuviera ese propósito. No estaba segura de eso por supuesto.

Para Varina eso era maravilloso pues sentía que habían ido de viajes juntos como si fueran amigos o algo más... Lo que no entendía era por qué le había obsequiado ese viaje, si era una atención para una secretaria leal o tendría otro significado.

Por momentos sentía que él la observaba, que estaba estudiándola y eso la inquietaba pues seguía siendo muy reservado, nunca hablaba de su vida, su familia, pero sí le hacía preguntas. O a veces era ella quién hablaba...

Una mañana habían planeado ir a conocer la parte más antigua de París, pero la lluvia estropeó sus planes y a media mañana llovía a mares. Varina se preguntó angustiada qué harían ahora, encerrados en sus habitaciones sin poder salir a ningún lado... Diablos, quería ver a su jefe, aunque fuera un momento.

Lo llamó preocupada.

—¿Está lloviendo?—dijo su jefe, se oía sorprendido— Vaya, no me enteré, acabo de salir de la ducha. Bueno, deberemos posponer la salida... ¿Has comido algo?

—Sí, me trajeron un café y dos croissants con mermelada.

—¿Nada más? Debes estar famélica. Ven, pediré algo más succulento.

¿La estaba invitando a quedarse en su habitación? Ciertamente que cambiaría cualquier excursión a Versalles por quedarse con él.

Sin pensarlo corrió a su suite, que estaba al final del pasillo preguntándose si no era muy pronto, si no debió quedarse un poco para hacer tiempo y que él no pensara que estaba desesperada por verlo. Oh, claro que sí. Como si él no lo supiera.

Sus tacos se oyeron en el piso y retumbaron demasiado, rayos, eran sandalias altas con plataforma no entendía por qué hacían tanto ruido.

Golpeó con suavidad y al instante apareció su jefe con una taza de café en la mano y una mirada radiante que le decía a las claras que estaba guapa, aunque no dijera una palabra.

Entró algo inquieta mirando a su alrededor para descubrir una habitación más grande que la suya y con sala de estar, un inmenso plasma, cocina...Vaya, parecía una pequeña casa en miniatura. ¿Allí tendrían que trabajar?

—¿Te gusta la suite? Es nupcial—dijo Valenti y pareció tentarse al decirlo.

—¿Duermes en una habitación nupcial sin tener una esposa?—Varina parecía muy sorprendida.

Él sonrió.

—Por supuesto, no necesitas casarte o traer a otra persona para que te la den. Además, la pedí porque son más espaciosas.

Ella sonrió y se miraron en silencio sintiendo cómo la lluvia golpeaba contra las ventanas. Varina pensó que esa lluvia era muy oportuna y romántica y casi se alegraba de que hubieran dejado sus planes para estar a solas en su habitación.

—¿Entonces trabajaremos aquí?—preguntó luego.

—¿Y tú quieres trabajar? Pensé que odiabas las ocho horas.

—Es verdad, pero no me importaría trabajar aquí, es un lugar tan bonito...

Caminó recorriendo las habitaciones mientras él la miraba con atención.

De pronto vio la cama inmensa y lujosa, una cama de matrimonio y se puso colorada. ¿Allí dormía su guapo jefe, sin esposa, sin una novia? ¡Qué triste! Tal vez podría hacerle compañía...

Ese pensamiento la excitó y de inmediato se alejó y tropezó con su mirada intensa, dura, viril. Esa mirada le decía algo que la turbaba, esa mirada le decía algo que su boca callaba y de pronto se

acercó y le robó un beso ardiente y apasionado. Un beso profundo robado que la hizo comprender que nunca antes la habían besado así. Varina suspiró al sentir ese beso que parecía quemar sus labios y arrastrarla al frenesí de lo prohibido. Y no iba a soltarla, la llevó hasta la cama sin dejar de besarla y abrió su blusa para liberar sus pechos y besarlos uno a uno, con suavidad.

—No por favor, no quiero hacerlo—dijo nerviosa al ver que intentaba llegar más lejos.

Él se detuvo y la miró, parecía enojado o tal vez estaba muy excitado y no esperaba ser rechazado.

—Eres virgen ¿verdad?—preguntó entonces.

Ella asintió.

—Y supongo que tienes miedo de hacerlo. Pero deseas que pase.

Varina asintió, estaba temblando. Tendida allí en la cama con su sostén flojo se sintió tan vulnerable y quiso escapar, se sentía demasiado asustada y rara para hablar.

—Aguarda, no te vayas, ven aquí preciosa. Deja que te vea. Por favor.

Ella lo miró confundida y entonces él le quitó lentamente el sostén y sostuvo sus pechos redondos y prominentes en sus manos.

—Son hermosos Dios mío—dijo acariciándolos con suavidad—¿Por qué los aprietas y escondes?

Ella se resistió a sus caricias y lo apartó.

—Para que no me digan obscenidades en la calle señor Valenti—le respondió mientras volvía guardarlos en su sostén con forma de corsé. Allí estarían escondidos y a salvos de la lujuria de ese hombre.

Sus manos temblaron mientras lo hacía, nunca había estado en intimidad con un hombre ni tampoco había permitido que le quitaran el sostén. Era una tonta por supuesto, sabía lo que quería de ella, lo había sabido desde comenzó a mirarla con interés ¿por qué no

aprovechar esa oportunidad única y entregar su virginidad? Tal vez luego quisiera convertirla en su amante y...

Pero la realidad superaba ampliamente su fantasía y simplemente la desbordaba.

—Creo que debo irme—dijo entonces abandonando la cama.

Él la detuvo.

—No te vayas por favor, sé que quieres hacerlo, pero tienes miedo, lo entiendo. Crees que luego te abandonaré o le diré a todo que lo hicimos, ¿verdad? No haré eso.

Varina lo miró temblando.

—Es que yo no puedo hacerlo, nunca he estado con un hombre y no lo haré hasta que me case.

Él hizo un gesto de impotencia mirando el cielo.

—Sí, lo imaginaba. Sólo le entregarás el premio a tu príncipe azul. Vamos, eso ya no se estila. Ninguna mujer hoy día se guarda para el marido, todas lo hacen, todo el tiempo, no sólo con su novio sino con los otros novios que tuvieron antes. El sexo es salud y tú estás más que lista para probarlo.

—Pues yo no soy como las demás mujeres señor Valenti y si me trajo a su habitación pensando que me iré a la cama con usted como si fuera la secretaria perfecta se equivoca. Para mí no es sexo, es hacer el amor y lo haré cuando me case con el hombre que ame, no antes.

Él se quedó mirándola y no hizo nada por detenerla, parecía fastidiado. Sin embargo, cuando llegó a la puerta le habló.

—¿Qué quieres de mí, francesita? Dímelo por favor. ¿Qué quieres de mí exactamente?—le preguntó. Sus ojos oscuros la miraban sin piedad, estaba furioso.

Varina se sonrojó alejándose despacio.

—No comprendo por qué me pregunta eso, señor Valenti.

—Oh, vamos, deja de fingir. Eres tentadora como un demonio, aunque también eres un ángel, eres ambas cosas. Diabla y recatada,

pero apuesto a que una parte de ti quiere caer en la tentación mientras que la otra la reprime y aguarda con astucia que... Sólo respóndeme, ¿qué quieres de mí?

Varina sintió su corazón acelerado.

—No quiero ser tu pasatiempo señor Valenti.

—Pero querías que te besara recién, respondiste a mis besos y deseabas que te hiciera el amor, ¿no es así?

—Sí... es verdad, quería que pasara.

—Pero luego dices que quieres esperar al matrimonio. Ahora dime, si sabes que quiero hacerte el amor ¿por qué aceptaste venir a mi habitación? ¿Qué quieres de mí?

No, no iba a decírselo así, parecía un interrogatorio mordaz y...

—¿Y usted por qué me trajo a París, señor Valenti? Me engañó con la excusa de que no sabía francés y me necesitaba.

Él sonrió.

—Es verdad, fue un cuento que inventé para traerte y ver qué pasaba contigo.

—No comprendo. ¿Acaso está diciéndome que no? ¿Por qué quiere saber lo que me pasa, si tengo planes si no parece estar interesado en mí?

—No, yo no dije que no estuviera interesado en ti, no es lo que piensas preciosa, ¿cálmate sí?

Varina estaba al borde de las lágrimas, sentía que su corazón iba a estallarle en el pecho y lo miró aturdida cuando su jefe se le acercó y besó su mano que de repente se había puesto fría.

—Tranquila, ¿sí? No estoy rechazándote, sólo quiero saber qué quieres de mí, puedes decírmelo sin miedo.

No, no se lo diría. ¿Cómo podía decirle que planeaba atraparlo y llevarlo al altar porque estaba loca por él desde el primer momento que lo vio? Ni ebria lo haría.

—¿Por qué me lo preguntas? Si tú ya lo sabes, sabes todo de mí, el por qué estaba en tu despacho ese día revisando tu cosa. Que

me robé tu corbata para sentir tu perfume y soñar contigo.

—¿Entonces sueñas con que un día sea tu esposo?

La forma en que lo dijo hizo que cediera, que dijera que sí.

Él se quedó mirándola muy serio.

—Pero si eres tan joven, tan infantil a veces, ¿cómo es que puedes estar segura de algo así? Eso es lo que me hace dudar sabes, antes de que pase algo entre nosotros tú debes conocerme y saber que no soy ese príncipe azul que te imaginas. Que todo lo que no entiendo me asusta un poco, me refiero a lo emocional, al romance cuando es pura pasión, a sentir cosas por una mujer.

—¿Por qué me dices estas cosas? Tú me confundes, no sé si me pides que te olvide, si me estás rechazando o si sólo querías una confirmación de lo que ya sabías en realidad.

—Porque tú me gustas mucho, princesa, me atraes y me vuelves loco a veces. ¿Quieres que me case contigo un día? Para ganar primero hay que arriesgar, si quieres podemos seguir así fingiendo no saber nada o empezar a conocernos un poco más...

¿Entonces sólo le quedaba rendirse y confesar sus intenciones?

—Es que sé que me dirás que no, que si estás interesado en mí es porque quieres llevarme a la cama... pero yo no dormiré contigo, no hasta que me hagas tu esposa. Por más amor que sienta, por más atrapado que esté mi corazón, siempre soñé con entregarme a un solo hombre y ese hombre debe ser mi esposo, el padre de mis hijos. Es mi sueño y sé que no será fácil, pero...

—Pero tú no estás preparada para el matrimonio, ¿qué sabes de la vida, del sexo, de lo que es estar en pareja? ¿Crees que el matrimonio es un bonito vestido blanco y pastel de bodas? No, eso es sólo una fachada, una imagen que te venden. El matrimonio es algo muy serio, ¿sabes?

—Sí, ya lo he escuchado antes. Todos quieren probar del dulce con distintas excusas, salen con una chica, le dicen palabras bonitas y cuando se aburren, pues la abandonan porque sienten pánico a comprometerse. ¿No es así?

—Bueno, el matrimonio no siempre es un compromiso ni tampoco el fruto de una pasión romántica.

—Pues debería serlo.

—Pero no lo es, es un mero acuerdo comercial, algo que sirve para distintos intereses: para no sentirse solo, para procrear y por supuesto que antes que nada para tener sexo estable y seguro.

—Pues yo no pienso así.

—Bueno, me agrada que pienses distinto y me halaga que quieras que sea tu marido—declaró.

Se hizo un silencio que arañaba las paredes por la tensión.

— ¿Y eso es todo lo que vas a decirme?—dijo Varina con el corazón en la boca.

—No... no te he dado mi respuesta todavía. ¿Quieres conocerla?

Ella asintió, sí, ya no soportaba sus juegos, tanta incertidumbre de no saber. Había dicho que ella le gustaba eso era importante, sin eso todo habría sido en vano y lo sabía.

Su jefe se acercó muy serio y la tomó entre sus brazos tan fuerte y tan rápido que no tuvo tiempo de hacer o decir nada. Miraba sus ojos y luego sus labios, esos labios rojos y llenos que se moría por besar. Y ella quería ser besada, sus labios se abrieron muy lentamente para recibir ese beso salvaje y casi violento... Su boca tierna y tan dulce, su lengua dura e invasora la atrapó mientras sus brazos la retenían como si temiera que ella pudiera escapar. Pero ella se quedó allí dónde estaba y dejó escapar un gemido de placer al sentir ese beso ardiente...

Él atrapó su rostro y la miró excitado y molesto al saber que ella decía estar enamorada y quererle como marido, pero no estaba dispuesta a entregarse. No hasta luego de la boda. ¿Pero realmente estaba madura para casarse, para ser suya en cuerpo y alma?

—Esa es mi respuesta preciosa, me muero por hacerte el amor, porque seas mía. Toda mía.

Ese beso y sus palabras la dejaron mareada un instante.

—Creo que debo irme—dijo entonces.

Él sonrió al escuchar sus palabras.

—Así que quieres escaparte.

—Creo que es lo mejor señor Valenti. Será mejor que regrese a Milán, no vine aquí para ser su amante.

—Te pedí que dejaras de llamarme señor.

Varina se encaminó decidida a la puerta, no dormiría con él, no de esa forma como si fuera una cualquiera, para satisfacer los deseos de su jefe.

—¿Entonces te irás tan pronto sin pelear por el hombre del que te has enamorado? Ya lo decía yo, que no era más que un capricho de niña consentida—dijo Valenti a sus espaldas.

Varina se detuvo y lo miró, pero no dijo nada. Estaba demasiado enojada para decir algo. A fin de cuentas, ella lo sabía, siempre lo supo, él era como todos, sólo quería sexo.

—Eso no es verdad, no es así—replicó—Usted lo sabe bien, sabe que...

—No, no lo sé, dímelo. Demuéstramelo. El sexo es algo hermoso y es un buen comienzo, ¿por qué crees que es algo que debes evitar? Ninguna pareja se enamora y luego se va a la cama, digamos que se conocen, tienen sexo y con el tiempo se enamoran, lo que tú quieres es casi imposible.

—Para mí no lo es. Para mí lo que es imposible es entregarme a un hombre que no siente nada por mí, no digo un amor apasionado, digo algo... pero no me sorprende, siempre es igual con ustedes. Primero quieren probar la fruta para saber si luego se enamoran. Pero en realidad sólo quieren divertirse. Hacerlo con todas.

—No es así, yo no lo hago con todas, pero sí salgo a veces con chicas. Además, tú eres una bomba tesoro, eres como una fruta a punto de caer y más de uno debe soñar con atraparte cuando caigas. Eso no debería ofenderte. El mundo es así y ya no es como

antes que la mujer se guardaba para el marido, eso es muy anticuado.

—No me importa que sea anticuado. Es lo que yo deseo, es mi sueño y nadie va a destruirlo. ¿Puede abrirme la puerta por favor?

Él se quedó mirándola sin moverse un milímetro como si pensara en dejarla encerrada, eso le habría gustado, pero no lo hizo por supuesto. Lentamente corrió las llaves y le abrió la puerta.

Varina dejó atrás la lujosa suite en el instante en que llegaba una camarera para retirar el servicio.

Entró corriendo a su habitación y sintió deseos de llorar. Todo era muy claro ahora, demasiado claro para su gusto. Él sólo quería sexo y para eso la había llevado, porque pensó que tal vez con ella lo conseguiría. Claro, jamás pensó que pudiera resistirse, que fuera virgen y que para colmo para él planeara casarse así.

Se tiró en la cama deprimida, demasiado triste para pensar en algo hasta que se estremeció al oír el primer trueno. ¡Diablos, qué tormenta se había desatado! Y ella sola en su habitación con lo que odiaba las tormentas.

Un sonido en la puerta la hizo saltar. ¿Acaso su jefe había ido a visitarla? Pues no le importaba que lo hiciera en esos momentos, las tormentas la ponían muy nerviosa.

Pero cuando abrió la puerta se encontró con la camarera que le traía el almuerzo y qué bien olía a través de los platos térmicos. Se le hacía agua la boca.

—El señor Valenti ordenó esto para usted señorita—dijo—Espero que le agrade.

Varina observó todo emocionada, realmente estaba muy hambrienta a esa altura. Entonces vio la rosa roja en un rincón y suspiró al recordar ese beso y sintió que nunca la habían besado así ni había sentido tantas cosas... había deseado tanto que Valenti le hiciera el amor. Tomó la rosa y se dispuso a almorzar.

No estaba tan enojada luego de devorar ese pollo en salsa de hierbas, pero no dejaba de pensar en sus besos y en lo tentada que

se había sentido entonces.

Luego pensó en sus palabras y la sensación de bienestar se evaporó. Él sólo quería seducirla y tal vez lo consiguiera al final, lo haría porque le amaba, pero tuvo la sensación de que terminaría con el corazón roto.

Afuera la lluvia arreciaba, pero al menos los rayos y truenos ya no se sentían con tanta frecuencia. De pronto se acercó al ventanal y vio a los transeúntes correr para ampararse de la tormenta de un lado a otro mientras otros jóvenes caminaban de un sitio a otro bailando bajo la lluvia como si fuera divertido. Casi envidiaba su alegría. El cielo se había oscurecido aún más y eso no significaba nada bueno, pensó que ese día no pararía de llover y de pronto vio las gotas de lluvia en la ventana y pensó que eran sus lágrimas mojándolo todo y ya no sabía si eran sus ojos que nublaban su visión o era la lluvia.

Despertó agitada sin saber dónde estaba, los acontecimientos del día anterior le parecieron tan extraños y confusos, no dejaba de preguntarse qué sentido había tenido todo aquello ni por qué se sentía tan triste y abatida pensando que debía regresar a casa.

Entonces escuchó el sonido del timbre, fuerte, impertinente y tuvo la sensación de que había sonado por horas pues al ver el reloj eran más de las diez, rayos, qué tarde.

Saltó de la cama y fue a abrir la puerta pensando que era el servicio que le llevaba el desayuno, pero se equivocó. No era la mucama alta y muy flaca que siempre iba con la bandeja del desayuno, no, era su jefe, en persona y no tenía buena cara.

—¿Estabas durmiendo? Vaya, por un instante pensé que te habías ido—dijo a modo de saludo sin dejar de mirarla.

Rayos, debió notar que tenía los ojos hinchados de tanto llorar y que se veía horrible por ello.

—Me quedé dormida y no oí el timbre, pero... ¿hace mucho que estas aquí?

Él sonrió.

—No importa, imaginé que estabas durmiendo ¿Puedo pasar un momento?

Varina asintió y retrocedió para luego cerrar la puerta. A pesar de estar un poco dormida todavía recordaba claramente la última conversación, cada palabra y una parte de ella quería largarse y desaparecer y la otra quería oír lo que iba a decirle.

No dejaba de mirarla y se preguntó si no estaría incómodo o nervioso por lo que debía decirle.

—Escucha Varina, necesito decirte que lo lamento ¿sí? No quise ofenderte en ningún momento ni que te fueras así, tan triste, no era esa mi intención. Perdóname si te herí o precipité las cosas, no era mi intención, se dio así y —hizo una pausa— Tampoco fue muy sencillo para mí, no lo es.

¿Y qué quería decir con eso exactamente?

—¿Y quieres que me quede y siga trabajando para ti olvidando lo que pasó anoche?

Él asintió despacio.

—Sí, y espero que lo hagas. Quiero que te quedes y que te tomes esto con calma, para mí nada ha cambiado entre nosotros. Tú me gustas mucho Varina, pero también me agrada trabajar contigo, no quiero que esto cambie en algo nuestra relación.

—Pues yo creo que algo sí cambió y no puedo hacer como que nada pasó.

Él se acercó algo impaciente por su resistencia.

—Si realmente me quieres como dijiste te quedarás y lucharás, si no lo haces me demostrarás que no soy más que un capricho para ti, una fantasía romántica como tienen las chicas adolescentes.

Esas palabras fueron como un azote, un vil chantaje, oh, qué fácil era para él decirlo.

—Todo lleva tiempo en esta vida y quisiera saber si me conocieras un poco más a ver si realmente insistes en que quieres que sea tu marido para siempre—dijo Valenti entonces.

Esas palabras la desarmaron, estaba pidiéndole tiempo y paciencia, ahora comenzaba a entender. Tal vez si había sido algo precipitado y se alegraba de que no hubiera pasado nada la noche anterior. Nada que tuviera que lamentar.

¿Entonces sí había esperanzas para ella?

Pues si había esperanzas no se rendiría.

De pronto él sacó una rosa de su chaqueta, un pequeño pimpollo y se lo entregó y Varina tembló al notar que era el mismo que le había enviado la tarde anterior junto al tardío almuerzo.

—Ten, es para ti—dijo—Esto es lo que tú eres Varina, un hermoso pimpollo de rosa que todavía no ha florecido, pero me gustas como eres y no pretendo cambiarte, sólo te pido tiempo y paciencia.

Ella se emocionó al oír sus palabras y recibir esa pequeña rosa, un pequeño capullo, era todo cuanto quería oír de sus labios, parecía un sueño. Su jefe le confesaba que estaba confundido y le pedía tiempo, entonces no había sido un error, esos besos apasionados había significado algo para él también, lo vio en sus ojos, se veía distinto. Secó sus lágrimas, algo avergonzada y él se acercó y la abrazó y de pronto la besó, se moría por besarla, por hacerle el amor, la deseaba tanto...

—Prométeme que te quedarás, que no importa lo difícil que sea soportarme, te quedarás conmigo—le susurró.

Ella lo miró confundida, desbordada por todo lo que había pasado.

—No lo sé, también tengo mi orgullo, sabes...

—Ay pequeña, estás tan verde todavía, no has vivido nada, pero no te preocupes, yo haré que te quedes—le respondió—Ahora quiero que seques tus lágrimas y te vistas, nos iremos a pasear. Aunque no lo creas hay un sol radiante allí afuera y no queda rastro de la tormenta de ayer.

Varina sonrió feliz, no podía creerlo, había estado tan triste la otra noche pensando que él no la quería y que todo había sido en

vano, y ahora... Valenti le pedía tiempo y paciencia, pues la tendría, toda la paciencia del mundo si eso significaba que ese hombre sería su marido como tanto soñaba.

Ese día fueron al arco del triunfo y fueron al parque de diversiones donde su jefe consiguió un oso grande muy blanco por tirar al blanco sin errarle varias veces.

—Oh, es precioso—Varina estaba encantada con el oso.

Entonces él se acercó y la besó y luego caminaron juntos de la mano como dos enamorados.

Pero al regresar al hotel él la invitó a cenar a su habitación. La idea le pareció estupenda, música lenta, velas y un ramo de rosas en el centro de la mesa.

—Señor Valenti—dijo de pronto.

—No me digas señor, por favor—le recordó él.

—Es que... No hemos trabajado nada durante días y me pregunto cómo es que no... ¿Acaso su teléfono celular está roto o algo así?

Valenti sonrió.

—Déjalo, cuanto menos moleste mejor... sólo lo atiende en las mañanas y el trabajo fue la excusa.

—¿La excusa?—repitió ella sorprendida.

—Sí, la idea fue conocerte un poco más, preciosa y descansar un poco del estrés. El trabajo es bastante estresante a veces, ¿no crees?

Ella sonrió y observó la copa de vino algo mareada. Era un vino fuerte y...

Luego de cenar él se acercó y la invitó a bailar lentas.

La idea le encantó, adoraba bailar música romántica. Además, estaban a solas en el departamento, nadie los veía y Valenti la miró con fijeza diciéndole que era una dulce tentación, en francés. Lo hablaba perfecto, sin acento...

Varina sonrió y él atrapó esa sonrisa con sus labios.

Un beso hondo y apasionado fue el comienzo.

De pronto sus besos le dieron calor y todo su cuerpo respondió a la excitación sin que pudiera hacer nada. Debía detenerse, no, no podía continuar...

Sus labios atraparon su cuello mientras la apretaba contra él. Era maravilloso estar entre sus brazos, sentirle cerca, pero...

—Aguarda no... Creo que debo irme—dijo mareada por el vino y excitación.

—No, no te vayas, no voy a hacerte el amor, lo prometo, pero quédate conmigo—le pidió.

Pero ella se alejó.

—Si me quedo perderé la cabeza y no quiero.

Él sonrió.

—¿Le temes al sexo? ¿Por eso nunca has hecho el amor?

—No, no le temo al sexo, todas las noches fantaseo con hacer el amor contigo, pero... Tú ni siquiera eres mi prometido ni mi novio así que...

—¿Fantaseas conmigo, preciosa?

Ni loca le habría contado sus fantasías morbosas de sexo violento, no sabía por qué siempre imaginaba que él la atrapaba y la forzaba en una cama, pero pensar eso le daba mucho placer...

Al ver que no le respondía él se acercó y le susurró: —Algún día haré realidad todas tus fantasías.

Ella se sonrojó y tembló cuando la abrazó porque le gustaba, él la volvía loca con solo besarla, pero debía ser fuerte y resistir.

—Déjame, debo irme—sabía hasta dónde podía llegar y pensó que con el vino que había bebido era peligroso quedarse en su departamento.

—No te vayas, ven aquí, quédate... no tengas miedo. Eres tan hermosa, tan dulce...

Otras veces se lo habían dicho, pero en boca de su jefe esas palabras eran algo especial, podía sentir cuánto la deseaba, pero ¿qué pasaría cuando tuviera lo que tanto anhelaba?

—Déjame—estalló—Debo irme ahora. No voy a dormir contigo.

Varina quiso escapar, pero él la retuvo a la fuerza.

—¿Y si no te dejo ir, preciosa? —le preguntó.

Ella lo miró entre asustada y excitada por la situación, su fantasía oscura de que la tomaba por la fuerza estaba allí.

—Tranquila, sólo bromeaba... puedes irte si lo deseas—dijo él liberándola.

Casi corrió hasta su suite, mareada y aturdida cuando se metió en la cama esa noche se sintió mal al pensar que sólo quería sexo, luego comprendió que la deseaba como un loco y que un hombre como él debía tener sexo a diario. Diablos, casi había perdido la cabeza esa noche, debía tener más cuidado. Si realmente la quería en su cama debería llevarla al altar.

Pero ella no imaginó cuán difícil sería cumplir su promesa porque nunca antes había deseado tanto caer en la tentación.

Lo ocurrido la otra noche sólo fue el comienzo de su lucha por no ceder al impulso de rendirse en sus brazos y convertirse en la amante de su jefe. No sin una promesa de matrimonio, no sin saber que para él era algo más que una aventura. Conocía bien a esos chicos italianos, eran guapos, viriles y decían muchas cosas bonitas y románticas, pero luego cuando no tenían lo que deseaban se hacían humo. Conclusión eran seductores y mentirosos. Pero Valenti no le había mentado ni hablado de amor, sólo la había besado y le había dicho algunas cosas bonitas.

Ese día irían a un parque de diversiones de las afueras de París, ya casi habían recorrido los lugares más emblemáticos, aunque ella no había prestado demasiada atención, tenía suvenires, regalos y una colección de los perfumes más deliciosos, pero lo principal lo llevaba en el corazón: a él... Lo tenía todo para ella, a su

jefe, sin asistentes, sin pelirrojas de trasero parado provocándole todo el tiempo.

Varina se miró en el espejo y sonrió. Era feliz, estaba más cerca de su amor, no sabía cuán cerca, pero sintió que había dado un paso importante. ¿Pero podrían ser novios sin tener sexo? De repente comprendía que él no era de los que formalizaban, pero... No podía obligarlo a que se casara con ella. ¿O tal vez sí? No... Obligar era una palabra fea, ella no quería forzar las cosas. Quería conquistar su corazón y eso era un desafío, algo casi imposible, o imaginaba que lo era.

El timbre sonó entonces y fue por un abrigo, en París no hacía tanto calor como en Italia.

Valenti aguardaba impaciente en su puerta, tan guapo en su look informal. Su mirada intensa lo decía todo, oh, sí, parecía decirle "qué guapa estás". Varina se puso muy colorada y nerviosa de que se le notara.

—Estás preciosa, muñeca—dijo entonces.

Varina sonrió y él la envolvió en sus brazos y la besó. Un beso que la dejó mareada por completo. Le gustaba tanto estar así, que la besara sin pensar en nada más. Y de repente su habitación pareció esfumarse, convertirse en un lugar distinto. El paraíso.

Sintió que la apretaba contra la pared, y tembló al sentir sus manos acariciar su cintura para luego atrapar sus pechos sin dejar de besarla una y otra vez.

—No, aguarda, no lo haré, déjame...—su tono no era muy convincente. Ni firme... porque le encantaba estar así pegada al hombre que amaba y sentir sus besos y caricias recorrer su cuerpo volviéndola loca.

Hasta que comenzó a resistirse, si no lo hacía perdería la cabeza.

—No... aguarda por favor.

Él se puso serio.

—¿Por qué te niegas al sexo? ¿Acaso no deseas estar conmigo?

—Sí... pero no así, no de esta forma. Es muy pronto—respondió la joven.

—Vaya, pensé que querías que fuera tu marido, que estabas enamorada de mí. Pero creo que me equivoqué—dijo él manipulador.

—Y es verdad.

—¿Estás diciendo que sí me equivoqué? Tú no sabes lo que quieres y yo no puedo casarme con una joven que no me ama ni está segura de nada.

Esas palabras fueron como un balde de agua fría.

—¿Y crees que si duermo contigo te demostraré que te amo? Por favor, es la excusa más estúpida y repetida que he oído. La prueba de amor que le pedían a mi abuela.

—Bueno, es que las cosas no son como tú crees pequeña, conocer a alguien, saber qué sientes por esa persona es algo más que una fantasía romántica.

Varina comenzó a fastidiarse.

—¿Eso crees? Pero sabes que me guardo para mi marido ¿por qué insistes en pedirme que duerma contigo? Tú eres el que no sabe lo que quiere.

—Te equivocas, sé bien lo que quiero. A ti pequeña, cuando dejes de resistirte y me des lo que te pedí entonces hablaremos de bodas, no antes. No a ciegas. Lo que tú sueñas es anacrónico, vamos, en estos tiempos ninguna mujer se casa virgen, sólo en esos países dónde los matrimonios se arreglan y ni siquiera se conocen.

—A mí no me importa eso, no me harás cambiar de idea, Lucio.

—Bueno, eso lo veremos. Vamos, deja de pelear, salgamos a pasear.

Varina se quedó de una pieza. ¿Primero la peleaba y luego la invitaba a salir a pasear?

Pensó en negarse, pero él la abrazó y le dijo que sólo quedaban dos días para regresar y debían disfrutarlos. Sin embargo, ella aceptó a regañadientes. Estaba tan molesta que prefería quedarse encerrada en su habitación, no lo hizo... en realidad no podía enojarse porque todavía no eran novios ni nada y le molestaba bastante que él insistiera en llevársela a la cama sabiendo que ella no era "de esas".

Su enojo se evaporó horas después cuando él le entregó un oso blanco con un corbatín rojo que decía I love you que obtuvo como premio en el tiro al blanco.

Pensó que era el peluche más hermoso que había visto en su vida, tan tierno...

—Gracias, es precioso—dijo.

Él la miró con fijeza y sonrió y se acercó despacio para besarla. Varina sintió que se derretía.

Y más tarde cuando regresaban en su auto al hotel, él la acompañó hasta su habitación y la miró con expresión solemne.

—Bueno, pequeña se termina nuestro viaje, mañana deberemos regresar a la rutina. Ay, si pudiera cambiar eso.

Varina suspiró, qué razón tenía. Lo bueno duraba poco como decía el refrán.

Él no la invitó a su habitación, tal vez desistió de hacerlo. Mejor así, cada vez que la tocaba se ponía como loca y debía aguantarse hasta el día de la boda. Vaya, empezaba a entender que con un novio guapo y sexy como ese sería imposible.

Celos

De regreso a Milán, Varina tuvo que soportar el interrogatorio de su tía y luego por supuesto inventar que había tenido tanto trabajo que no había podido recorrer mucho la ciudad...

Estaba lista para regresar a la oficina y continuar con sus planes de atrapar a su jefe a como diera lugar y se sentía llena de energía para ello pues eran casi novios, ¿o no lo eran? Se preguntó mientras guardaba todos sus regalos en su habitación.

Los días siguientes no hubo novedades ni avances al respecto, Valenti se lo pasó en reuniones y sólo pudieron charlar un momento mientras le servía un café exprés con galletas.

—¿Cómo estás, muñeca hermosa?—le preguntó entonces.

Ella sonrió radiante.

—¿Extrañas París?—insistió él.

—Sí...

—Tal vez podamos volver más adelante.

Esa idea le encantó.

—¿De veras?

Él tomó su mano y la besó.

—En unas semanas si todo sale bien aquí...

Y a media tarde le preguntó qué iba a hacer ese día.

—Nada especial, mirar una película y dormirme en la mitad.

—¿Te gustaría ir a cenar y luego a bailar?

Oh, ¿la estaba invitando? ¡Por supuesto que iría!

Corrió a su casa a arreglarse esa tarde, tendría tiempo para pasar por la peluquería pues su cabello estaba hecho un desastre.

Entonces apareció su tía para recordarle que ese día no podía salir porque era el cumpleaños de su primo Alessandro. Pues no era más que un pariente lejano, ¿qué le pasaba?

—Varina, ¿acaso lo has olvidado?

—Es que no puedo tía, saldré con Valenti.

Decir que saldría con su jefe era lo mismo que nombrar al diablo, o casi, su tía se puso pálida de repente.

—¿Qué has dicho?—balbuceó.

—Eso mismo. Saldré con el señor Valenti a cenar.

—Varina esto es inesperado y peligroso, primero te vas a París y luego... ¿Acaso tienen una relación sentimental secreta y no te animas a decírmelo?

—Ay tía por favor, ¿y por qué debería esconderme? Valenti es soltero y no está comprometido con ninguna mujer. ¿Qué tiene de malo?

—Lo que tiene de malo es que no es para ti, es un hombre. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos, tía.

—¿Lo ves? Te lleva nueve años. Eso para empezar y luego que tú eres una jovencita que recién empieza a vivir. Sabes bien lo que pienso del asunto. Te va a lastimar y tú no estás preparada para que eso suceda.

—No, no me va a lastimar, ese hombre es mi futuro marido tía, sí, no me mires así. Voy a hacer que se case conmigo y que me ame ¿entiendes? Puedo hacerlo, soy muy seductora y astuta, siempre me lo dices. Ahora deja de decirme que ocurrirá lo contrario estoy harta de que siempre quieras vivir mi vida por mí, que quieras controlarlo todo. ¿Por qué tiene que pasarme algo malo? Ya he vivido muchas cosas malas de niña, merezco que mi suerte cambie.

—Sí, es verdad, lo mereces, pero no lo conseguirás con Valenti, él no quiere compromisos, es un hombre muy frío. No lo convencerás de que cambie, los hombres como él no cambian, Varina.

Ella no la escuchó, ya no lo hacía, estaba harta de que le dijera siempre lo que debía hacer, de que se metiera en todo. Era su vida, maldita sea y la viviría como quisiera, porque era suya y punto. No le

pediría permiso a su tía para vivir ni para tomar sus decisiones. Y no lograría ponerla de mal humor.

Un sonido en la puerta la hizo estremecer, allí estaba, era él y su tía no pudo decirle nada como planeaba pues Varina corrió a su encuentro.

Lucio había ido a buscarla con ese look informal de jeans, camisa y tan guapo como siempre, o tal vez más. Sus ojos castaños la miraron y sonrieron.

Y luego se acercó y besó sus labios y se acercó a su oído para susurrarle:—Estás preciosa Varina.

Ella sonrió encantada y entonces se encontró con la mirada casi maligna de su tía que observaba todo desde un rincón. Y él lo notó y tomó su mano de forma protectora y se despidió con mucha educación.

—Vaya, al parecer a tu tía no le agrado para nada—comentó mientras conducía su auto deportivo azul oscuro.

Varina sonrió.

—Ella es así, ya sabes... es como mi madre o como se supone son las madres, un poco pesadas a veces.

—Bueno, pero lo ha hecho muy bien—dijo Valenti.

Esas palabras la confundieron.

—Lo que digo es que tú siempre has obedecido a tu tía, nada de novios ni de locuras. Porque imagino que fue ella quién te inculcó que defendieras tu virginidad con uñas y dientes.

Varina sonrió rendida, vaya expresión.

—Sí, tal vez... Pero fue mi decisión, pude tener novios y tener sexo, pero no lo hice.

—Porque nunca estuviste enamorada, supongo.

Ella iba a protestar, a decir que sólo había conocido a jóvenes que no valían la pena, pero se contuvo, él ya lo sabía, a decir verdad.

—Bueno, supongo que tienes razón, pero es mejor no enamorarse de un hombre que no vale la pena. Me alegro no haberlo hecho porque sólo me crucé con chicos que sólo querían divertirse, esa es la verdad.

Él sonrió al oír sus palabras.

—Pues a mí también me alegra preciosa, porque ahora estás enamorada de mí ¿verdad?

Varina se puso seria.

—¿Y por qué quieres tener certeza sobre eso?

Él siguió conduciendo muy concentrado.

Cada vez que le hacía una pregunta directa Valenti callaba, bueno, tal vez no supiera qué decirle.

—Bueno, dile a tu tía que conmigo estás a salvo y que soy tu jefe, nunca haría nada para perjudicarte y si lo hago, te aseguro que no ha sido mi intención.

—Sé que es así, pero a veces me puede la incertidumbre, ¿sabes?—las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar con claridad y al instante se sintió mal por ese reproche, por ese pensamiento íntimo que no debió decir.

—Todo lleva tiempo pequeña, y las certezas llegarán cuando me convenzas de algo que necesito saber—fue su enigmática respuesta— No te apresures ni tampoco pierdas la paciencia, ¿sí? Hay algo entre nosotros, necesitamos estar seguros de qué es ¿no crees?

Vaya, sí, tenía mucha razón. Ese fue un momento especial, mágico, cuando Valenti dijo que había algo entre los dos. Luego llegaron al restaurant y charlaron de otras cosas, del trabajo, de París. Todavía era muy reciente el viaje y la intimidad que habían compartido y sin embargo notó que de regreso se sentía insegura, menos que antes, pero insegura al fin.

¿Qué habría querido decirle? ¿Qué necesitaba demostrarle para que todo cambiara entre ambos?

—Estás pensativa, Varina—dijo su jefe de pronto—No pienses tanto, vive... olvida esos consejos recalcitrantes de tu tía Giuliana por favor.

Ella sonrió al oír eso, todavía estaba en el paraíso al saber que había algo entre ambos, que no eran sólo sus fantasías románticas esta vez. Y cuando fueron a un pub a oír música y bailar fue el paraíso, estar entre sus brazos, sentir sus besos... No, no quería que terminara la canción, ni que dejara de besarla.

De pronto la miró y le susurró al oído: —Estás preciosa Varina, tú eres bella como un ángel y creo que no merezco que me ames, preciosa.

Ella lo miró entre atontada y sorprendida.

—¿Y por qué lo dices Valenti? ¿Por qué no merecerías mi amor?

Él demoró en responderle y de pronto habló:

—¿Acaso no has oído lo que dicen de mí en la compañía, muñeca?

—No... ¿qué dicen de ti?

—Me llaman el diablo de Milán, pequeña y creo que me lo merezco.

—¿De veras? Vaya, nunca lo había escuchado ¿por qué te dicen eso Valenti? Me parece algo exagerado.

—No, no es exagerado... He tenido que lidiar con un infierno en esa empresa y sólo puedes combatir el mal si te conviertes en uno de ellos. Tal vez fui peor que todos ellos, por eso me gané ese epíteto.

—Bueno, en esa empresa ninguno es un santo, es un nido de víboras, no creo que nadie pueda hablar de nadie, el nivel de maldad y libertinaje es descomunal—concluyó Varina.

Lucio rió con sus palabras, por momentos dejaba de ser su jefe autoritario y dominante y era un hombre sexy y seductor.

—Tú no crees que sea el diablo de Milán ¿verdad? Para ti soy un príncipe azul o algo parecido—dijo él.

—Sí, lo eres... ¿por qué habría de pensar lo contrario? Eres fuerte, apuesto y un hombre que sabe lo que quiere. Eso es lo que más me gusta de ti, tu fuerza y sinceridad. Creo que nunca me dirías algo que no sintieras.

—Vaya, estás conociéndome un poco más preciosa, ven aquí...
— dijo y le dio un beso profundo y apasionado.

Varina sintió que temblaba al estar entre sus brazos, cuando la besaba así casi no podía pensar, sólo quería que le hiciera el amor. Esos besos tiernos y apasionados la dejaban en las nubes y entonces cada vez era más difícil decir que no.

—Preciosa, tú me tientas como un demonio, no puedo resistirme—le dijo al oído.

Sus palabras, sus caricias le provocaron un fuerte cosquilleo en la cintura y entonces lo oyó de sus labios...

—Ven conmigo preciosa, me muero por hacerte el amor—dijo.

Sabía que debía negarse, que en esos momentos los hombres se excitaban y buscaban satisfacer sus deseos y nada más, su tía le había advertido. Ella debía negarse como lo hacía siempre, no podía costarle tanto y sin embargo sí le costó, porque algo en su ser había cambiado, algo que la empujaba a la tentación, a probar la fruta del pecado. Qué irónico que él la llamara demonio por tentarlo y Varina sintiera que él era el diablo en persona arrastrándola a la lujuria.

—Ven, pequeña, no me digas que no por favor, prometo que no te arrepentirás—insistió él besando su cuello.

Varina se apartó despacio, pero él la atrapó entre sus brazos en un ademán brusco y desesperado.

—No me rechaces por favor, ven conmigo...

Ella tembló ante su insistencia.

—No, no iré contigo, no hasta que seas mi marido—anunció entre airada y confundida. Porque se moría por ir con él, estaba temblando de deseo, algo tan fuerte que le costaba resistir. Pero si cedía ¿qué pensaría luego de ella? Que era una chica fácil y que

podría tenerla cuando quisiera sin tener ninguna necesidad de llegar al altar, ¿para qué si la podía tener de amante cuando quisiera?

Lentamente se apartó y le dijo que quería volver a su casa. Su tono era frío y muy firme.

Debió ser un balde de agua fría para Valenti que momentos antes estaba que hervía besándola, llenándola de besos y caricias para convencerla de ir a su departamento.

Su mirada lo decía todo y mientras conducía su auto a toda velocidad para llevarla a su casa poco después no la miró ni le dijo nada. Debía estar furioso y defraudado, pues ella lo estaba más al comprender que la había invitado ese día para llevarla a la cama como a todas.

Pero cuando llegaba a su casa estacionó enfrente y la acompañó hasta la puerta.

—Bueno, espero que descanses, preciosa—dijo y le dio un frío beso en la mejilla tomando distancia.

No le dijo nada más como si no tuviera qué decirle. Su mente en cambio era un torbellino de emociones encontradas, rabia, tristeza, dolor y también impotencia. Debió decirle algo, debió explicarle por qué no podía irse a la cama con él. ¿Pero acaso Valenti no lo sabía y no le había dicho que esperaría? Tiempo al tiempo, esas habían sido sus palabras y luego había intentado llevársela a la cama otra vez.

Vio cómo se iba en el auto y sintió deseos de llorar. Él había dicho que pasaba algo entre ellos sí y luego quiso invitarla a tener sexo. Bueno, no era la primera vez. Y volvería a pedírselo...

Pero al menos había tenido la fortaleza de resistir esa prueba.

“Si te quiere esperará, si no lo hace es porque no está interesado en ti” solía decirle su tía. Tenía razón, pero diablos, comenzaba a entender que resistir era mucho más difícil de lo que había esperado.

Algo cambió luego de esa noche, tal vez porque él se fue solo a París una semana después sin ella y a su regreso lo notó frío y distante. Volvía a ser su jefe frío y altanero y algo más. Tomó una nueva asistente pelirroja llamada Camila muy guapa y delgada, diablos, tenía un andar y una presencia que más parecía una modelo que una oficinista.

Su llegada fue como una bofetada pues se suponía que ella era la secretaria de Valenti y no necesitaba más empleadas en la oficina.

—Varina... ¿cómo estás?—le dijo al verla algo contrariada su jefe.

Ella lo miró embobada.

—Bien—murmuró mordiéndose los labios sin poder evitarlo, en realidad no estaba nada bien, estaba furiosa.

—Por favor discúlpame por no avisarte, es que en París conocí a la sobrina de uno de los accionistas Camila y le pedí que me ayudara en la oficina. Tiene mucha experiencia en organizar eventos y supongo que esto no será nada para ella.

Esas frases fueron como una puñalada, ¿así que había traído esa gata pelirroja de París? Eso era demasiado. París era la ciudad donde se habían besado por primera vez, donde habían compartido tantas cosas.

—Sólo te pido que la ayudes sí, tú conoces bien el manejo de la oficina y ella está aquí para serte útil, creo que tienes demasiado trabajo—aclaró su jefe.

¿Demasiado trabajo?

Miró a la chica con una mezcla de rabia y curiosidad. Sintió deseos de correr y mandar todo al carajo. ¿Qué clase de broma cruel era esa? No quería a esa pelirroja con ojos de ramera cerca de su jefe.

Y Valenti, completamente ajeno a sus cavilaciones dijo: — Bueno, espero que se entiendan. Ahora debo irme, tengo una reunión impostergable.

Y eso fue todo, su jefe clavó el dardo y se largó como un cobarde dejando a las dos mujeres solas para que se sacaran los ojos.

Así que Camila...

La joven le sonrió y extendió su mano.

—Hola, encantada de conocerte—dijo ella—Valenti me habló mucho de ti, dice que eres una gran ayuda en la empresa.

Vaya, eso no se lo esperaba, Varina la miró algo confundida por esa frase.

—Lo lamento, pero no tengo tiempo para enseñar a nadie, tengo trabajo que hacer, mejor pregúntale a Giovanni, su otro asistente, estará encantado de ayudarte.

Esa respuesta la sorprendió, a la pelirroja se le borró la sonrisa de un plumazo.

—Pero el jefe dijo que debías ayudarme, es tu trabajo ¿no?—se quejó.

—En realidad ese no es mi trabajo, pero ve y dile que estoy muy ocupada hoy y que se lo pida a Giovanni—Varina se mantuvo en su trece y como no podía más soportar ese puñal se fue rápido con la excusa de que tenía que hacer mandados.

Mintió por supuesto, lo que quería era salir de ese infierno para tomar aire fresco y pensar. Estaba tan furiosa que cuando llegó a la calle deseó no regresar jamás. ¿Una gata pelirroja ocupando su lugar? Esa ramera le haría de todo a su jefe, tenía pinta de eso y se lo quitaría sí, de un plumazo como era la costumbre de esas trepadoras con cara de muñeca pecosa, como ocurría todo el tiempo en esa empresa, líos de alcoba, sexo en horas de oficina a escondidas, porque al parecer era más excitante y ella... ¡Diablos! Ella quedaría como un trapo, humillada al extremo de tener que hacer "amistad" con esa zorra de patas largas, llamada Camila. Pues no se la haría fácil. Le daría una paliza si osaba tocar un solo cabello de su jefe sí, lo haría... No iba a quedarse quietita viendo como le robaban a su futuro marido.

Ahora debía calmarse y regresar al campo de batalla y no rendirse porque la guerra recién había comenzado.

Fingió hacer mandados y regresó poco antes de la hora del almuerzo.

Entró en su oficina mirando con expresión alerta y lo más raro fue no encontrar a su nueva enemiga esperándola sino su jefe: Lucio Valenti, con cara de pocos amigos.

—Señorita Varina, ¿dónde estaba usted?—le preguntó—Hace más de una hora que salió diciendo que tenía que hacer mandados.

Diablos, la había pescado haciendo sebo, qué horror.

—Es que tuve que salir a tomar aire porque estaba mareada—mintió.

Algo tenía que inventar por supuesto. Valenti se preocupó.

—¿Te sientes mejor ahora? ¿Cree que pueda poner en orden mi oficina que es un caos de papeles?—sus ojos echaban chispas.

¿Caos de papeles? ¡Vaya! No era la única que mentía ese día.

—¿Sorprendida? Es que Camila no sabe dónde está la agenda y atendió el teléfono e hizo su trabajo y ella no sabe hacerlo tú debes ayudarla, te lo pedí como un favor especial.

Y allí estaba la pelirroja mirándola con cara de gata cínica como si disfrutara plenamente del rezongo del jefe hacia ella. ¡Desgraciada!

—Señorita Camila por favor, vaya con Giovanni porque aquí ya no es necesaria—dijo luego Valenti.

La pelirroja obedeció en el acto y se fue con la cola entre las patas.

Varina tuvo ganas de dejar todo y largarse otra vez. ¿Qué estaba haciendo allí insistiendo con un hombre que no la quería y la había suplantado por otra?

—Bueno ¿y tú vas a quedarte allí parada? Ven aquí y ayúdame a arreglar este caos. Te pedí que te quedaras y le explicaras a la empleada nueva.

Varina lo miró furiosa.

—No tengo por qué ayudarla, si está aquí debería tener una preparación—estalló.

Esa respuesta sorprendió a su jefe, lo pilló por sorpresa, siempre acostumbrado a mandar y a dar órdenes que no estaba preparado para que le retrucaran.

Lo vio poner el asiento ejecutivo para atrás y mirarla.

—¿Así que no deseas ayudar a la señorita Camila? Bueno, no puedo obligarte por supuesto, pero me temo que si no lo haces deberás quedarse aquí fuera de horario para arreglar las torpezas que esta chica cometa en mi empresa, y si sus errores son importantes la sancionaré porque tú eres la encargada y su deber es evitar que pase esto. Mira mi escritorio. Es un perfecto caos, ¿no crees?

Varina vio el cúmulo de papeles y se sintió enferma. Esa chica era un completo desastre, en menos de una hora había hecho de todo para dejarla mal y ahora resulta que era su culpa. Era demasiado.

—Eso no es mi culpa señor Valenti, fue usted quien la contrató—protestó.

—No le pedí su opinión, mejor guarde silencio y quite todos estos papeles o deberá quedarse sin almorzar. Pasó una hora fuera y este es el resultado, no, no es mi culpa.

Varina estuvo a punto de lanzarle los papeles a la cara y escapar, porque en esos momentos todo el amor que sentía por él se convirtió en odio, fue un instante y algo completamente irracional. No, no debía sentir odio, en realidad estaba furiosa por la presencia de una intrusa tonta e incompetente y también por la indiferencia de su jefe, tal vez más lo último que lo primero. Pues esa chica recién había llegado, era una desconocida, ¿qué chances tenía con el jefe? Ella suponía que buscaba tener algo, pero tampoco lo sabía con exactitud.

Y muy contra sus deseos tomó los papeles que esa tonta había dejado esparcidos en el escritorio de su jefe y los juntó y organizó. Qué letra tan horrible tenía, no se le entendía nada ¿y por qué rayos tuvo que escribir mensajes ininteligibles en cada hoja blanca que encontró?

—Siéntate por favor—dijo él. No dejaba de mirarla mientras hacía unas llamadas.

Varina obedeció y ordenó rápidamente los papeles, pero el trabajo le llevó más tiempo del esperado.

Se preguntó con tristeza si así serían sus días en esa oficina de aquí en más, si él no volvería a invitarla ni... No estaba segura de poder soportarlo a pesar de sus planes casamenteros, de sus fantasías, del amor que sentía por ese hombre. Y tampoco estaba preparada para un cambio tan brusco, no después de haber estado tan cerca de su amor...

Pero día tras día vio cómo él se alejaba y esta vez no era la culpa de la chica nueva, en realidad descubrió que la había tomado por hacerle un favor a su padre cuando lo encontró en París. Porque Camila estaba desempleada y tenía trabajos esporádicos de modelo y salía con un millonario. En pocos días se enteró de toda su vida pues era muy parlanchina.

—Pero los millonarios querida, son los más difíciles de atrapar —puntualizó un día mientras almorzaban en un restaurant cercano.

Vivía pendiente de su maquillaje, de su cabello tal vez por eso siempre lucía impecable, aunque para Varina su cara era una máscara, no era real.

—¿De veras?—preguntó con interés.

—Sí, ¿qué crees tú? Puedes tener una relación y guardarte los regalos que bien valen la pena, en realidad no tengo intención de casarme todavía, soy muy joven por Dios. ¿Qué loca se casaría a los veinte años? Una que esté preñada o muy desesperada.

Varina se sintió aludida, como ella no estaba preñada debía ser lo otro, pero...

—Mi ambición no es casarme todavía sólo conseguir un contrato importante en el mundo de la moda, eso vale mucho más te lo aseguro, hoy día te casas con un millonario y te divorcias con lo que llevas puesto—declaró Camila con astucia.

—Vaya, tú estás muy al tanto de esas cosas.

—Ay por supuesto. Muchas se mueren por pescar al jefe rico y luego el jefe rico las hace firmar un acuerdo nupcial y hasta luego, si rescatas algo te das por servida—Camila sacó un espejo de la cartera para mirarse un momento antes de continuar: —Los hombres vienen y van, a veces más entran y salen como estampida que otra cosa. Hoy día ninguno quiere un compromiso—suspiró hondamente—Bueno, cuéntame algo de ti. Imagino que ese trabajo ha de ser algo transitorio. De veras que ser la oficinista del jefe guapo y sin corazón no puede ser tomado en serio por nadie.

—¿Por qué me dices eso?—dijo Varina con cautela.

La cara de la pecosa fingió cierta inocencia, pero no la engañó ni un segundo, esa chica sabía que estaba boba por Valenti o lo sospechaba.

—Ay no te ofendas, pero es evidente ¿sabes?

—¿Qué es evidente?

—Pues que tú te mueres por Valenti y Giovanni por ti, pero no es ni la mitad de guapo que el jefe y, sin embargo, creo que ese hombre está tan bobo por ti y al ser primo del jefe debe tener su dinerillo. Cada vez que pasas Giovanni te mira como si quisiera comerte toda.

¿Giovanni Alessandro? Ni muerta. Qué hombre tan feo y qué poca vida tenía, siempre bostezando y haciendo su trabajo en cámara lenta.

—Es que no tengo ningún interés Giovanni.

Camila sonrió.

—Pues qué pena, que el pobre esté bobo por ti y tú no le des ni la hora. Pero ¿tú no sales con nadie verdad?

Esa pregunta casi la ofendió, sí, salía con Valenti, pero como no era oficial pues no podía gritarlo a los cuatro vientos.

—Qué raro, eres una chica rubia y muy guapa. Sólo necesitas un buen corte de pelo, algo de maquillaje y mostrar un poco más, vives escondiendo tus encantos en vez de exhibirlos. Y tal vez podrías ser modelo de talla XL, ahora se estila ¿sabes? Para combatir la anorexia y esas tonterías. Vamos, ¿quién no quiere ser delgada y esbelta? Pero mira que hay unas modelos de aquí de talla grande que se ganan su buen dinerillo...

Varina la interrumpió molesta. Era demasiado.

—Para que sepas no soy talla XL sino L a veces y es por mis pechos porque no entran en ningún vestido M, nada más.

—Ay disculpa, no quise ofenderte. Toma, te regalo una muestra de sombras para que te pintes un poco más, una buena sombra haría maravillas con esos ojos azules de gata que tienes.

¿Ojos de gata?

—Sí, ya te lo dije; si usaras un poco de maquillaje y ropa más sexy podrías atrapar a Valenti, a él le deben gustar las mujeres, así como a todos los millonarios. Yo podría ayudarte con el maquillaje, creo que solo sabes pintarte los labios y las pestañas, eso es muy poco.

—Es que no me agrada el maquillaje excesivo ni tampoco vestirme como ramera, eso no es apropiado para un trabajo, ¿no lo crees?—replicó Varina airada.

—OH vamos, eso de ir a cara lavada no es lo mío, una mujer debe hacer la diferencia, no puede ir sin arreglo o peor aún: vestida como un hombre... Sé que hay modas así que son horribles y no las soporto. Para mí una mujer debe ser delicada y coqueta y vestir femenina, sacar jugo a sus encantos en vez de afearse como hacen algunas. No lo digo por ti por supuesto, pero he visto cada corte de cabello extravagante aquí y un maquillaje que parecen salidas de la serie esa "Walking dead". Horribles. Labiales azules, uñas negras, sombras oscurísimas. Otra qué góticas parecen esas pendejas, se ven como zombis. Deberían contratarlas como extras en esa serie...

Yo por el contrario soy coqueta a muerte, siempre lo he sido desde niña, no puedo evitarlo.

Varina sonrió, esa chica hablaba como una locomotora y no paraba, pero era muy divertida. Y mucho más astuta de lo que parecía a simple vista: en pocos días había aprendido rápido a manejar la agenda, enviar mails y hasta se había enterado de que Giovanni la miraba embobado y ella miraba atontada a Valenti.

La vio sacar unas cajitas de su cartera mientras decía:

—Aquí tienes, y tengo también unas muestras de perfume que son muy dulces para mí—dijo y le entregó las sombras envueltas en una cajita y los mini perfumes de muestra.

—Gracias—respondió Varina sintiéndose algo culpable.

—Luego te enseño a pintarte y si quieres un consejo para conquistar a Valenti... Duerme con él. Porque si no lo haces y lo haces bien dudo que llegues muy lejos en eso.

Ahora sí se había puesto roja como un tomate.

—Porque imagino que todavía no lo han hecho ¿verdad?

Varina se apuró a negarlo.

—Por eso te decía yo... a ese hombre sólo lo podrás conquistar siendo buena en la cama y tú ... No te ofendas, pero no parece ser buena en eso. Debes dejar de ser tan mojigata y animarte con juegos nuevos.

—¿Juegos nuevos?—repitió ella confundida—¿De qué estaba hablando?

La pelirroja sonrió de oreja a oreja.

—Ponte de rodillas y hazle caricias como nadie, eso les encanta. A todos...

Su corazón palpitó inquieto.

—¿Te refieres a eso horrible que hacen las ramera?—estaba tan espantada como escandalizada. No podía creer que esa chica tuviera el descaro de decirle esas barbaridades con tanta naturalidad.

—Ay por supuesto, todas lo hacen, ¿qué crees? ¿Tú nunca lo has hecho con algún noviecito? Vamos no te hagas la santita. Tal vez te dé vergüenza decirlo, pero...

—No... nunca he tenido novio y jamás haría eso que me estás insinuando es asqueroso—le confesó. Había leído algo de eso en una revista femenina que cayó en sus manos hace tiempo y le parecía una práctica vergonzosa y repugnante. Algo realmente digno de una ramera y no de una joven decente.

—Bueno, para ti será eso, pero te aseguro para los hombres es un viaje al paraíso. Oh sí, es la gloria y luego viene nuestra recompensa. Pero claro, nadie lo dice porque hay mujeres que no hablan de esas cosas, lo niegan, pero luego en la cama se sueltan. ¿De veras que tú nunca has tenido novio?

—Sí, tuve un novio una vez—mintió para que dejara de fastidiarla.

—Bueno, una vez es muy poco, si quieres atrapar a ese macho alfa de Valenti deberás ser muy buena y astuta, buena en la cama y muy inteligente y sutil para cautivarle. No lo presiones ni le hagas tontas escenas de celos, no tiene veinte años, es un hombre con todas las letras. Y no tiene compromisos, eso es bueno y malo ¿sabes?

La pelirroja era astuta, logró captar su atención de nuevo.

—Lo que quiero decir—dijo mientras bebía su refresco light—es que si no tiene compromisos es porque ninguna supo atraparlo antes de lo contrario estaría casado con hijos, eso dice que a las claras que les huye a las casamenteras, a las que están desesperadas por casarse. Por eso debes tener la inteligencia y astucia de no hablar de bodas ni compromisos. Ni intentes atraparle pidiéndole una relación seria en el caso hipotético que él te preste atención por supuesto, eso lo espantará, lo alejará. Mejor echa el hilo muy fino como si fueras de pesca. ¿Has ido alguna vez a pescar?

—Sí, en las vacaciones de verano fui con mis tíos a pescar al lago di Como, pero lo único que pescamos fue un aburrimiento.

Camila rió.

—Me lo imagino. Lo que quería decirte es que un pescador tiene todas las herramientas, la tanza de pescar es un hilo fino y resistente, el anzuelo pequeño y sabroso, ¿me sigues? Esa es la estrategia que debes usar con Valenti. Un hilo fino y resistente, paciencia y un anzuelo que lo atrape.

—¿Y quién te dijo que quiero atraparlo? Deja de inventarte historias.

La pelirroja sonrió con astucia.

—Vamos, por favor, no finjas conmigo que sé mucho de esas cosas, y se te nota a cien leguas como dicen, tú estás boba por ese hombre, no puedes estar lejos de él y creo que te puso celosa que te contratara, pero descuida. No pienso quedarme en esa pocilga mucho tiempo más, sólo hasta que salga mi contrato de modelo porque no puedo pagar mis cuentas de vestidos, perfumes y maquillajes con lo poco que me pagan esas agencias ahora, pero en cuanto me salga el contrato...y cruzaré los dedos para que eso pase...

Varina se sintió feliz al oír eso. Lo último que necesitaba era que una chica guapa como esa quisiera robarle a Valenti, al comienzo había tenido la sensación de que era así, pero... Era un alivio saber que se había equivocado, que sus tontos celos le habían hecho ver cosas que no eran.

Aclaradas sus dudas sólo le quedó la frialdad de su jefe. No podía entender por qué ahora no le prestaba casi atención, sólo en una ocasión la invitó a almorzar y se pasaron hablando del trabajo, fue muy triste. Era como si luego de esa salida él evitara su compañía y hubiera perdido interés. Eso no estaba en sus planes, no le alcanzaba a estar con él durante las horas del trabajo, conversar, sentir sus miradas, quería algo más y notar ese cambio tan brusco en él como si hubiera perdido interés la deprimía demasiado.

Estaba triste sí, no sabía cuánto más podría soportar eso.

Luego se enojó pensando que él le había dicho cosas bonitas en París para seducirla y llevarla a la cama como hacían todos los

hombres según tía Giuliana y al ver que no pasaba nada con ella pues... se habría buscado otra.

No quería pensar eso, le hacía daño, lo hacía porque en su cabeza a esa altura todo era un embrollo. Se sentía asediada por el amor que sentía por él, un amor triste y no correspondido, perseguida por la culpa, y por las dudas de aquello que hizo mal. Luego pensaba en los perversos consejos de la pelirroja. ¿Sería realmente así, tenía que dormir con él para atraparlo? ¿O simplemente él estaría saliendo con otra?

Eso último la estaba matando, si había otra que era más bonita y que era una fiera en la cama haciendo esas cosas de las que no quería ni pensar entonces... todo estaría perdido y no tenía sentido insistir.

Y en ese estado, un día entró en la oficina y encontró a Valenti besándose con una chica rubia de otro piso. La conocía de vista, era bajita y solía usar unos tacones para lograr una estatura normal, siempre iba muy pintada y siempre sonreía a todos. No podía creer que él estuviera besándola mientras le decía cosas en secreto como si fueran amantes o algo así... Todo se desplomó entonces, tuvo la sensación de que algo se rompía en su pecho.

No muy lejos estaba Camila observando la escena algo incómoda, pero se asustó al verla como si leyera en su casa lo mal que estaba.

Y Valenti no parecía percatarse de su presencia, seguía charlando con esa petisa rubia muy acaramelado y Varina pensó que debía tener algo de clase y no hacer una escena de celos como si él fuera su novio o algo así. Se sintió ridícula de pensar algún día que ese hombre sería su futuro marido y ese pensamiento de culpa la destruyó en un instante. ¿Qué diablos estaba haciendo en esa oficina persiguiendo a un hombre que no la quería para nada? Sólo hacer el papel de secretaria boba con su jefe y que todos lo supieran y se rieran a sus espaldas.

Si le quedaba algo de dignidad se iría, no se quedaría a ver cómo coqueteaba con otras y se besaba con esa chica en su oficina

sin ningún pudor. Vaya, era la primera vez que lo pescaba haciendo eso, pensó que él tenía más respeto por los demás ¿o lo hacía adrede para que ella lo dejara en paz?

—Varina ven... Valenti quiere hablar contigo—dijo Camila.

Ella la miró aturdida sin entender lo que había dicho, tuvo que repetírselo porque de repente se quedó sorda y con la mente en blanco.

—Cálmate, esa no te llega ni a los talones y no hablo de su altura ¿eh?—dijo luego.

—¿Estaba besándola o vi mal?—preguntó con cautela.

—Sí... no sé por qué hizo eso, realmente hasta yo quedé sorprendida, pero ya se fue y el jefe necesita pedirte algo.

—¿Pedirme algo?—repitió atónita.

—Sí, no llores por favor, no le demuestres nada, es lo peor que puedes hacer. Haz como que no pasó nada, ¿sí? Contrólate.

Varina sintió que las lágrimas saltaban furiosas de sus ojos sin que pudiera evitarlo y lloró.

—Me encantaría ser capaz de controlarme, pero no puedo, diablos, estoy enamorada de un hombre que no me quiere, ¿cómo esperas que me sienta? Y lo peor es que no tengo esperanzas, ya no...

Camila la miró espantada.

—Vaya, entonces era en serio... ese Valenti es un demonio seductor, no te culpo, pero tómalo con calma ¿sí? Hay muchas atrás de ese jefecito, ¿no lo sabías? Aunque esa escena no sé, todo esto es muy raro. No me lo creo, él no hace esas cosas y de repente...

—Al diablo, tengo que salir de aquí y evitar que me vea así. Que haga lo que quiera, me harté. No regresaré a esta maldita oficina, no volveré a poner un pie aquí—respondió Varina mientras secaba sus lágrimas.

Entonces oyó la voz grave y profunda de su jefe decir:

—Señorita Varina, por favor, estoy llamándola.

Y entonces la vio echa un mar de lágrimas sujetando su cartera lista para irse.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal, ocurrió algo con tus tíos?— preguntó preocupado.

Camila se alejó para que hablaran a solas.

Varina lo miró comprendiendo por qué lo llamaban el demonio de Milán, no hacía más que mirarla fingiendo preocupación cuando en realidad no le importaba nada de ella.

No dijo una palabra y con un gesto tomó con fuerzas su cartera y se fue. Lo hizo, abandonó la oficina sin decir adiós, sin dar ninguna explicación. Al menos le quedaría algo de dignidad puesto que no había logrado contener sus lágrimas y habría deseado que no la viera llorar.

No esperaba que él siguiera sus pasos, estaba demasiado triste y aturdida para ver qué pasaba a su alrededor, en esos momentos sólo deseaba que la tierra la tragara y nada más.

Y cuando llegaba a planta baja lo vio parado frente a ella, parecía asustado o enojado, no estaba seguro. ¿Qué hacía allí?

—Varina, ven aquí, cálmate, por favor. No llores. No puedes irte así—dijo.

Ella ya no lloraba, pero estaba segura de que tenía los ojos hinchados y se veía horrible.

—Sí puedo y lo haré señor Valenti.

—¿Bueno, al menos dime por qué has decidido tomarte el día libre? ¿No me lo dirás siquiera?

No, no se lo diría, no se humillaría más. El tiempo y su paciencia se habían agotado. No regresaría a esa empresa. Era el fin. Y por más que la llamó y quiso detenerla no le hizo caso. Al final tal vez entendió que era mejor dejarla sola, que se le pasaría y al día siguiente volvería como una estúpida enamorada: con la cola entre las patas, porque estaba tan boba por él que lo soportaría todo sin quejarse.

Pues que se fuera con su petisa y que le aprovechara bien, a ella no le interesaba seguir haciendo de tonta por la vida. No, no lo haría. Nunca más pondría un pie en esa empresa.

En la casa de tía Giuliana en el corazón de Navigli se oía una voz alterada y algo impertinente decir:

—Varina, despierta por favor, ¿qué tienes? ¿Por Dios, has estado bebiendo cerveza?

La joven en cuestión no sabía ni dónde estaba ni qué día era. Hasta que se estiró e hizo un esfuerzo por despertarse.

Varina sólo veía la cara furibunda y preocupada de su tía con un teléfono en la mano mientras la retaba.

¿Qué hora era? Se preguntó por segunda vez haciendo un esfuerzo por incorporarse. Había tenido unos días infernales, ¿qué había de malo en beberse una cerveza y quedarse hasta tarde mirando una serial nueva de muertes inexplicables en un pueblo fantasma?

—Tienes que ir a trabajar, aquí está tu jefe al teléfono, furioso porque dice que hace días que no vas. Ni siquiera has avisado nada en la empresa.

—Porque no voy a volver al trabajo tía Giuliana, díselo por favor, para que deje de llamar.

Hacía día que llamaba y no había querido atender sus llamadas, pero sí había enviado una carta formal de renuncia.

Su tía puso cara de embarazo y finalmente le tendió el teléfono.

—Por favor, díselo tú Varina, es tu jefe, creo que al menos merece una explicación.

¿Una explicación? ¿Qué explicación?

Furiosa, tomó el teléfono y habló. Cuando oyó la voz de su jefe tembló, parecía furioso.

—Buenos días preciosa, ¿es que no piensas regresar al trabajo? Ten al menos el detalle de decírmelo personalmente y no con esas cartitas virtuales que tanto detesto.

—Te avisé ayer, le dije a Camila y luego te envié un e-mail.

—Camila no me dijo nada y en cuanto al e-mail no te sirve en este caso.

—¿Que no me sirve?—preguntó con cautela.

—No te sirve porque firmaste un contrato de trabajo, ¿lo olvidas? Así que también debes firmar una renuncia formal y una explicación convincente de los motivos de tu cese—la voz de su jefe denotaba cierta ira.

—Vaya... no recuerdo haber firmado nada.

—Sí, lo hiciste. Te habrás olvidado, pero el contrato está aquí con mi abogado y una de las condiciones era que si renuncias antes de los tres meses pierdes el derecho a indemnización.

—No me importa eso—declaró con acritud.

—Y si no vienes a firmar quedará un mal antecedente para cuando quieras buscarte otro empleo. No creo que quieras eso, ¿verdad?

¿Así que la llamaba y la amenazaba para que fuera a firmar la maldita renuncia porque si no lo hacía tendría problemas para conseguir un nuevo trabajo?

Varina pensó que era un cretino, pero no lo dijo, comenzó a dudar.

—¿Puedes venir antes del mediodía y firmar? No te pediré más que eso, creo que es lo mínimo puesto que no quieres dar una explicación racional por tu repentina renuncia.

No, no quería ir, pero estaba harta de que la llamara todo el tiempo, quería poner un fin a todo eso.

—Está bien, intentaré llegar antes del mediodía—prometió.

—Muy bien, te espero.

Luego de colgar Varina se sintió furiosa por ser tan estúpida y ceder a su manipulación. No estaba de humor para verlo ni para pisar esa oficina. Por momentos sentía deseos de escapar, quería hacerlo. Odiaba seguir metida en ese asunto, y odiaba seguir pensando en él.

Pero como lo había prometido, corrió a darse un baño mientras le pedía a su tía que le trajera un café cargado. Debía hacer algo para mejorar su penoso aspecto de joven triste y abandonada. ¿Tal vez usar las sombras que le había obsequiado Camila días atrás?

No... no quería quedar como que se pintaba para verlo. Iría natural, un poco de labial rosa y poco más. Rímel y un poco de delineador negro, pero apenas. Y conste que no se pintaba para él sino para que no la viera como un estropajo.

Observó desanimada su guardarropa, era de esos días en los que sabía tardaría horas en escoger algo y eso la pondría más nerviosa. ¿Y por qué debía estar nerviosa?

Finalmente escogió un vestido floreado de manga corta, amplio, fondo oscuro y un saco. Vaya, parecía la huérfana perfecta del orfanato con esa ropa, le faltaba el sombrero de paja y tal vez sería una adolescente hippy.

Cuando llegaba al comedor se encontró con su tía.

—Varina, ¿es que no vas a decirme qué pasó con Valenti, ¿por qué renunciaste al trabajo? Te pagaba bien, tenías una buena colocación—quiso saber.

Ella la miró incrédula.

—Pero si era lo que querías tía, ¿o me equivoco? Para que estuviera lejos de ese seductor de mujeres. Tú debes estar contenta de que renunciara a la empresa Valenti & Ricardi.

Su tía puso su mejor cara de ofendida.

—Yo nunca dije eso—aseguró dramática.

—Pero lo querías, deseabas que me alejara de Lucio Valenti, no lo niegues.

—Varina, sabes que sólo quiero tu felicidad y me pregunto sí... ¿Qué hizo él para que renuncies así de un día para otro?

Ella guardó silencio, no diría una palabra.

—Ya no importa tía... —dijo y tomó la taza de café expreso bien cargado que le ofrecía, lo necesitaba.

—¿Entonces es definitivo? ¿Firmarás la renuncia?—insistió tía Giuliana.

Varina la miró.

—Sí... es el fin. Fui una tonta al hacerme ilusiones y esperar algo que ahora sé que nunca va a pasar. Y no me preguntes, no te diré nada más.

Su tía no insistió, pero la vio alejarse cabizbaja.

Bueno a fin de cuentas tenía razón, ese hombre sólo estaba jugando y al final sí la había lastimado y mucho. Pudo besarse en otro lugar, evitarse esa escena... aunque ahora sabía que ese beso había sido la gota que derramó el vaso y que antes de eso había notado un distanciamiento sutil y progresivo. Ahora estaba furioso porque había renunciado, no había hecho más que llamarla no entendía por qué insistía tanto.

Una hora después entraba en la oficina sin saludar a nadie y sólo se detuvo al cruzarse con Giovanni que la miró sorprendido.

—Varina—dijo y se detuvo para besar su mejilla. Era el único que hacía eso además de Valenti claro.

—Has vuelto, qué bueno—señaló—Valenti está de un humor de perros nadie lo soporta, ni él creo.

Ella sonrió sin decir nada, ¿qué más podía decir? Ella tampoco estaba de humor y esperaba que su jefe no la sacara de las casillas.

—Varina, has vuelto, al fin—dijo Camila al verla entrar.

Y entonces lo vio a él en su gran escritorio de madera, pulcro y con el cabello oscuro peinado hacia atrás, mucho más guapo de lo que lo recordaba. Tembló y se estremeció al verlo y se dijo: “tonta, todavía te gusta ese hombre, todavía sientes que es el hombre más

guapo que has visto en tu vida". Contrólate, no demuestres ningún interés. No demuestres nada.

—Vaya, al fin apareces—dijo en son de saludo—Siéntate por favor—dijo haciendo un ademán.

Varina obedeció casi de mala gana. Debía serenarse y dominar los nervios que sentía en esos momentos, pero no podía, estaba temblando y sentía un nudo en el estómago.

—Bueno, espero que estés más calma y serena y tengas al menos el gesto de explicarme con claridad por qué de un día para otro renunciaste al trabajo.

Ella lo miró aturdida.

—Sólo vine a firmar la renuncia porque me lo pidió y al parecer era un requisito legal muy importante, nada más—declaró.

—¿Entonces no me dirás lo que pasó? Vaya, pensé que había entre nosotros confianza y sinceridad.

Esas palabras eran una provocación directa y muy cruel. ¿Confianza, sinceridad? Oh sí por supuesto...

—Bueno, al parecer no me dirás qué pasó, te irás y me dejarás así... Y yo que pensé que sentías algo por mí, pero como sospeché antes, no era más que un capricho. Un capricho de niña inestable e inmadura.

Varina se incorporó furiosa de que dijera eso, iba a protestar, a decirle que era un ser egoísta que no merecía ni una pizca de su amor.

—A usted nunca le importaron mis sentimientos ni nada, sólo jugó conmigo y se rió señor Valenti, pero eso se terminó. No soy tan estúpida ni tan desesperada como para soportar lo que ninguna mujer debe soportar jamás. Ahora le pido que me dé la renuncia que se la firmaré con gusto. Para eso he venido.

Lo dijo, lo hizo. Nadie iba a acusarla de caprichosa y menos el diablo de Milán, vaya ahora sabía por qué lo llamaban así.

Él sostuvo su mirada sin que se le moviera un pelo, muy tranquilo y seguro de sí.

—Es que todavía no puedes irte de aquí, Varina. No... Ocurrió algo muy desafortunado y debe aclararse a la brevedad. Algo que lamento decirte, pero te involucra.

—¿Algo que me involucra? ¿Por qué? No lo entiendo.

—Bueno, es que faltan unos documentos confidenciales de mi despacho y se está realizando una investigación con mucha discreción.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé, no te he acusado, sólo necesito tu ayuda. Tú sabes la disposición de los papeles, las carpetas y documentos confidenciales.

—Giovanni conoce eso mejor que yo.

—Sí, pero no hemos encontrado nada y pensaba que tal tú podrías darme unos días antes de firmar la renuncia, si no es molestia para ti... Sólo vendrías unas horas para ayudarme a organizar este caos y encontrar esos contratos.

—No puedo hacerlo, no tengo la cabeza para buscar ni organizar nada en estos momentos. Desearía ayudarle, pero ahora no puedo.

Él la miró con fijeza.

—¿Es por mí? No tienes que verme si no quieres, puedes venir temprano, o escoger el horario que quieras.

—Es que no estaré aquí, en una semana me iré de viaje con mi tía y tengo otras cosas en mente. No quiero tocar nada de lo que hay aquí y que luego se traspapele, son documentos confidenciales y no me siento de ánimo para organizar nada ni buscar. Tengo mucho estrés y en realidad sólo vine a firmar ese documento. ¿Dónde está?

Su respuesta no le gustó nada, tal vez porque había esperado que ella cayera rendida a sus pies y aceptara regresar al trabajo. No, no lo haría ni estaba dispuesta a seguir sus jueguitos. Cuanto antes concluyera ese asunto mucho mejor.

—Vaya, eso no fue muy amable de tu parte.

—No... le pido perdón por eso. Pero creo que no le sería de utilidad.

Suspiró y buscó en un cajón una carpeta con los documentos y se los entregó despacio.

—¿Entonces te irás? ¿Estás segura de eso? ¿Dejarás esta empresa?

—Sí, ya tomé mi decisión.

—Es una pena que lo hagas, su tío se enojará conmigo y creará que te despedí.

—Mi tío no tiene ningún poder sobre mi vida, soy adulta y tomo mis decisiones.

Tomó el bolígrafo y firmó sin que le temblara el pulso.

—Muy bien, aquí tienes el cheque por tu liquidación.

No se lo esperaba, habría deseado romperlo en su cara, pero no lo hizo, necesitaba el dinero. Tenía planeado hacer un viaje. La idea había estado formándose en su mente desde hacía días. Necesitaba alejarse, tomar distancia y olvidar y todo eso no lo conseguiría si se quedaba en Milán porque a cada paso recordaría y sufriría día tras día y no estaba dispuesta a volverse loca tan joven. O resentirse al punto de pensar que nunca más podría ser feliz. Lo principal ahora era alejarse de ese hombre que al parecer tenía ganas de seguir sus jueguitos, no dejada de mirarla y hasta intentó retenerla con la historia de la carpeta confidencial perdida que tal vez fuera tan falsa como todo lo demás.

Era momento de marcharse así que firmó las dos copias, el original y se despidió.

Valenti la miró muy serio y por el gesto de su boca notó que estaba furioso. ¿Furioso él? Pues ella lo estaba mucho más.

—Sinceramente no entiendo por qué te comportas así Varina, estoy muy sorprendido y casi desilusionado.

Varina guardó silencio. Sabía lo que quería, buscaba que hablara, que reclamara, que le dijera todo lo que pensaba de él. Pues no le daría el gusto.

—Señor Valenti, tomé este trabajo de forma provisoria, estaba ahorrando porque yo también tengo sueños que cumplir. Y cuando algunos sueños se estrellan y se hacen añicos... pues es mejor cumplir otros, ¿no le parece?

—¿De veras? Vaya, nunca supe que tenías otros sueños. Y no mientas, sí es personal, te enojaste porque me viste besando a otra y me abandonaste.

Varina lo miró.

—Para ti es lo más natural del mundo, pero no entiendo por qué me dices esas cosas si a fin de cuentas no había nada entre nosotros, no éramos novios, ni siquiera salíamos. No me debes explicaciones de lo que hagas con tu vida privada.

—Eso no es verdad y lo sabes, había algo entre nosotros y por eso quiero que sepas que lo que viste no fue hecho adrede ni... Hace tiempo salí con esa chica y conversamos y ella se estaba despidiendo porque se iba de la oficina. Temo que se puso nostálgica y me besó, no la rechacé por cortesía, no porque tuviera interés alguno en besarla. Comprendo que ver eso te afectó porque pensaste algo que no era, no esperaste que te hablara, no me dejaste explicarte. Simplemente te fuiste.

Varina tembló al oír eso, fue como revivir el infierno que vivió ese día y estaba a punto de llorar.

—Y si te cuento esto es porque teníamos algo sí, estábamos empezando a conocernos, pero tú preferiste escapar, creer algo que no era y eso es por tu inseguridad o porque no estás madura ni para tener un novio ni mucho menos para casarte. Tal vez pienses que el matrimonio es vivir en una nube rosa, un paraíso inventado. No, no lo es... se necesita madurez para enfrentar las dificultades como cualquier relación, pero el compromiso es mayor. Y no te digo esto para ofenderte, tal vez te hiera, pero es la verdad, soy sincero como siempre lo fui y si te hablo es porque necesito que sepas la verdad y dejes de pensar que soy un seductor malvado y mujeriego como tanto te dijo tía Giuliana. Si no hay confianza en el otro ¿cómo puedes construir una relación estable y duradera? Pero no te culpo

por eso, tú tienes una forma estructurada de pensar en cuanto al matrimonio y las relaciones prematrimoniales y tu tía te ha hablado pestes de mí. Eso puedo entenderlo, no es tu culpa, pero al menos dame una oportunidad, no te vayas así con el corazón roto pensando cosas que no son.

Esa última frase la derrumbó. Maldita sea, por más que se hiciera la dura sí tenía el corazón roto y todavía le dolía. Las lágrimas cayeron sobre el contrato y borronearon su firma y parte del contenido.

Él se acercó y tomó ese contrato y la abrazó, la tomó entre sus brazos y la miró algo enojado, pero al ver que temblaba y no paraba de llorar su mirada se suavizó y la besó, la besó una y otra vez. Ella respondió a ese beso y lloró al pensar que había sido tan tonta de escapar sin esperar una explicación. Todavía lo amaba, maldición, lo amaba tanto. Luego pensó en sus palabras y lo apartó despacio.

—Dijiste que no estaba madura para ti, pero es verdad, no es así. Pero te vi besando a otra mujer, te vi abrazado a ella y si era una despedida de amigos ciertamente que me pareció otra cosa. Me sentí una estúpida y me fui. No puedes culparme por ello. Era lo que tenía que hacer.

—¿Y por qué te fuiste y renunciaste sin antes haber hablado conmigo, sin siquiera haberme dicho lo que te pasaba?

—Fue por orgullo Valenti, por amor propio... ¿Cree que me siento bien siendo ignorada por ti? Luego de nuestra última cita todo cambió y al verte con esa chica pensé que estaba haciendo de tonta.

—Ahora sabes la verdad y quiero que te quedes—dijo y rompió la renuncia que acababa de firmar.

—No, no puedo volver ahora por favor, no estoy lista. Quedé muy lastimada y necesito recuperarme. Todavía sigo sin saber por qué...

—Lo lamento ¿sí? No debió pasar, fue una cosa estúpida. Emilia no me interesa por favor, tú sí me importas y nadie más. Pero sé que fue difícil para ti y ahora, puedes tomarte unos días si lo necesitas.

Ahora no quería marcharse, estaba confundida, quería estar allí en su compañía.

—¿Vas a irte de la ciudad? ¿A dónde irás?—quiso saber él.

—A Capri, mi tía tiene un departamento frente al mar y creo que me hará bien estar allí pero tampoco sé si quiero ir. En realidad, estoy muy aturdida ahora, mi cabeza parece que va a estallar.

—Tranquila, estas cosas pasan preciosa, malentendidos, celos, pero si hay diálogo y confianza... No puedes ponerte así y no hablarme, no decirme lo que te pasa. ¿Te das cuenta de que ibas a terminar una relación que todavía no pudo llegar a empezar? Yo estoy dispuesto a darte tiempo, a esperar a que madures un poco y lo hago porque me interesas de lo contrario jamás te habría buscado ni hablado como lo hice. No hay nadie más para mí ahora, sólo tú y no me alejé sólo te di tiempo porque no quiero forzar las cosas ni apurarte. Ahora ven, creo que necesitas tomar algo y descansar, te ves triste princesa.

Todavía lo estaba. Es que había sido tan repentino.

—Ven, vamos a almorzar, ya casi es la hora.

Varina dijo que prefería no salir. No quería que la vieran así, con la cara hinchada por haber llorado.

—Está bien, te llevaré a dar una vuelta. Ven...

Ella se aferró a sus brazos y deseó que no fuera un sueño, que fuera real. Y de pronto quiso quedarse con él y olvidar ese viaje, olvidarlo todo en sus brazos, en su compañía.

Su jefe la llevó hasta el garaje y allí en la oscuridad la besó una y otra vez apretándola con fuerza.

Fueron a almorzar al restaurant más cercano y conversaron. Varina pensó que se había precipitado al decir que regresaría, no estaba segura. Todavía le dolía lo que le había hecho y no creía del todo que hubiera sido un descuido ni un beso de despedida. ¿Y si tenía otras mujeres?

—¿Estás mejor?—le preguntó él mientras apagaba el celular para que no lo molestaran.

Ella negó con un gesto.

—Todavía no... y tú crees que no estoy madura para ti, que soy caprichosa y por eso me enoja fácilmente—le respondió.

Valenti la miró con fijeza y demoró en responderle.

—No quise decir eso, no como tú lo crees—hizo una pausa y bebió un sorbo de vino—En París te pedí un tiempo, pero ese tiempo no era sólo por mí, era para ti.

—Pero yo te amo Valenti, creo que te amé desde el primer día en que te vi entrando en esa oficina, fue tan extraño, nunca me había pasado algo así y por eso, cuando pensé que tú no estabas interesado en mí y te besabas con otra mujer... Fue tan doloroso que quise morirme. Tal vez no me creas, pero es verdad y fue un dolor tan grande que quise irme muy lejos para poder recuperarme y olvidar. Porque a pesar de estar loca por ti tengo orgullo y no puedo quedarme aquí si tú no me quieres. Jamás podría hacerlo...

—Si realmente quieres que te ame debes entregarte a mí en cuerpo y alma princesa, pero cuando estés preparada no ahora. Yo esperaré a que eso suceda. Pero quiero que estés segura porque el amor no es la fantasía romántica que te imaginas, el amor también es dolor, es duda, es regocijo y felicidad. No puedes ser feliz sin antes haber pasado por el dolor, la vida te lo enseña a cada momento. Te doy tiempo, pero no te vayas, no dejes el trabajo, me gusta tenerte cerca, verte todos los días.

Varina vaciló.

—Necesito tiempo y descansar, no he dormido por días, al menos no dormía la noche entera y... creo que todavía tengo ganas de llorar sabes.

—Lo lamento, no sabía ni imaginé que te sentías así. ¿Por qué no volviste?

—Porque te vi besando a otra chica, una chica guapa y sexy.

—Guapa y sexy... Pues yo he conocido a muchas mujeres así y ninguna me duró más de unos meses o menos, semanas. No me interesan las chicas sexys y huecas y lo que viste no fue nada. Pero

sabes, no soy un monje, salgo con chicas para tener sexo y a veces, es una necesidad y nada más. No es más que eso.

Varina se puso colorada al oír eso.

—¿Y me lo dices así?

—Bueno, todavía no eres mi novia... El día que lo seas te aseguro que dejaré esas aventurillas, no tendré necesidad de ninguna mujer, sólo de ti.

Ella se sintió enferma al oír eso y quiso irse. No, no podía ni pensar en su jefe haciéndolo con otras mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

—No, no me siento nada bien.

—Varina, mírame. Soy un hombre entiendes, necesito el sexo. Tú porque nunca lo has hecho y entonces no tienes la necesidad imperiosa de hacerlo con alguien. Pero cuando pruebas de la manzana luego querrás probarla de nuevo. No puedes ofenderte por eso.

—¿Y qué quieres de mí si ya tienes mujeres para tener sexo? ¿Por qué me confundes diciéndome que soy importante para ti, que soy la única que cuenta? ¿Entonces tienes más chicas esperándote?

—No, no hay nadie más, sólo tú.

Quería irse, de nuevo sentía esas ganas de escapar, de que la tierra la tragara.

—No, no te vayas, quédate. Te expliqué por qué, no le des otro significado.

Su antiguo jefe no la dejaba pasar.

—¿Y por qué me lo dices? ¿No ves que me haces daño? Déjame.

Él la miró fijamente.

—Es que no quiero dejarte preciosa, no lo haré ¿entiendes? ¿Por qué crees que te llevé a París? —dijo y le susurró:—Te tuve en mis brazos y casi muero de deseo, me moría por hacerte mi mujer.

¿Crees que estaría aquí implorándote que regreses si fuera diferente?

—Pero tú...

—Ven aquí, cálmate. No te atormentes pensando tanto. Voy a esperar el tiempo que necesites, lo haré, pero quédate conmigo. Regresa a la oficina.

No, no quería hacerlo, quería irse. Pensar que tenía otras mujeres para divertirse la hacía sentirse enferma y punto, no podía evitarlo. ¿Cómo podía regresar al trabajo y hacer como que nada pasaba?

—Varina, mírame, ven aquí, no te vayas. Quédate, pasemos el día juntos, te he echado tanto de menos.

Esas palabras la hechizaron, sintió que su voluntad se debilitaba. Él le decía que la había extrañado, era lo más tierno que le había dicho jamás y a pesar de sus celos y el dolor que saber que estaba con otras por una necesidad supo que regresaría pues no podría renunciar a estar cerca de él, aunque tuviera que sufrir esos celos y un trabajo que a veces era ingrato.

Al regresar quién la esperó con una sonrisa radiante era Giovanni.

—Hola, volviste—no pudo evitar decir mientras la miraba embobado.

—Eso parece, por un tiempo...—respondió.

—Hasta que te cases con el jefe, supongo.

Varina lo miró espantada, ¿por qué le había dicho eso?

—Es una broma ¿verdad?

Él se puso serio.

—No, en absoluto. Sólo un tonto te dejaría ir, preciosa—la forma en que la miró no dejaba dudas en sus palabras.

Camila apareció entonces con cara de estrés quejándose de que no podía encontrar una carta firmada. Y entonces la vio.

—Ay Varina, qué suerte que volviste, ven por favor, estoy volviéndome loca en la oficina, es imposible encontrar nada, el jefe pierde todo en un segundo.

Ella la siguió buscando al jefe, pero no lo vio por ningún lado, por supuesto, por eso hablaba así.

—Qué bueno que estás aquí, esta oficina es un completo caos y ese Giovanni dice que no es su trabajo, claro, todo lo feo lo debe hacer la nueva, él no porque lleva más tiempo y se cree muy importante. Todo porque es hijo de uno de los jefes, como siempre... al parecer el que no es pariente, amigo o se acuesta con alguien no progresa en esta empresa.

Varina miró a su alrededor.

—Calla, pueden oírte.

—Que me oigan, si es verdad. Llevo un mes trabajando aquí, bueno menos de un mes y ya quiero renunciar y no soy tan quejosa como otras, pero... —Camila bajó la voz al decirle:—Valenti ha estado de un humor de perros desde que te fuiste. Fue un tonto y se dio cuenta.

Varina la miró con extrañeza.

—¿De qué hablas?

—Pues que eso del beso estuvo todo planeado.

—¿Planeado?

—Oh vamos, ¿no te diste cuenta de que lo hizo para darte celos? Es muy infantil y sospecho que lo que buscaba era que te echaras a sus brazos no que salieras corriendo como lo hiciste. Calculó mal y ... Bueno esto entre nosotras, no digas nada porque me mata.

—¿Que no me digas qué?

—Pues lo que acabo de decirte, ha estado mal, con un humor que nadie lo aguantaba, ni siquiera esas que se arrastran por él. Fue evidente ese día, él se puso pálido y luego furioso al ver lo mal que te habías puesto. Varina por favor, mueres de amor por ese hombre,

¿qué esperas para irte a la cama con él? Debes hacerlo, antes de que otra te lo quite, es un hombre muy codiciado aquí.

—No lo haré hasta que se case conmigo y deja de fastidiar con eso.

—¿Hasta que se case contigo? ¿Tú debes estar loca chica, loca de veras o te has convertido al islam? Por favor eso no se estila aquí en occidente. Ningún hombre soporta eso hoy día, si quieres tener un marido primero debes lograr que se enamore de ti y para eso debes dejar que pruebe el dulce un tiempo. Aunque eso tampoco te garantiza nada porque hay hombres que no se casan. Hoy día nadie quiere casarse, ya sabes.

—No, no lo sé, pero yo no soy una chica fácil.

—Sí, eso es lo que he oído por aquí y no es que quiera entrometerme ni nada, pero si Valenti está interesado en ti debes ser muy astuta y cuidadosa. Quien sabe, tal vez logres atraparlo, aunque sin sexo no lo creo.

Unos pasos pusieron fin a esa conversación y fue un alivio para Varina, temía que alguien estuviera escuchando todo.

Valenti entró y la miró con una sonrisa y ella sintió que se derretía.

—Regresaste preciosa—murmuró ignorando por completo a Camila. Sintió como si una luz iluminara hasta el rincón más oscuro de su alma y la tristeza de los días pasados se evaporará por completo. Estaba con él, trabajando como antes, ¿qué más podía pedir?

—Por favor, ven a ayudarme con esto—dijo Camila.

Varina sonrió y se alejó de su jefe, muy contra su pesar, igual él no se quedó mucho, tuvo que irse.

—Cómo te miró, vaya... Se lo veía muy contento de tu regreso. Te devoraba con la mirada.

Ella sonrió tentada.

—Hazme caso, si le das una alegría un día lo tendrás comiendo de tu mano—insistió Camila.

—No haré eso, deja de decirme esas cosas. No soy una mujerzuela—Varina estaba muy seria.

—Oh yo no dije eso, vamos, todo el mundo lo hace y a nadie le importa, eso de nuestras abuelas de que si te pide eso es para ponerte a prueba, que tenías que casarte virgen está muy pasado de moda. ¿Qué hombre soporta un noviazgo sin sexo? Ninguno.

Varina llegó a la conclusión de que Camila no mentía, esa oficina era una muestra de ello, hombres casados, solteros, chicas solteras, todos se divertían. Todos excepto ella por supuesto que pensaba que esa diversión no sería algo bueno, su tía se lo había dicho hasta el cansancio. Si lo haces con un chico él dirá a todos que eres una ramera y cosas como esas. Sin embargo, comenzaba a fantasear que su jefe le hacía el amor y no dejaba de preguntarse cómo sería eso. Deseaba tanto estar con él, pero...

—Varina—la voz de su compañera de trabajo la despertó de sus ensoñaciones.

—¿Qué quieres?—preguntó al notar que Camila estaba seria y parecía señalar hacia un lado.

Su jefe estaba allí y estaba muy serio.

—Señorita Varina venga por favor, necesito su ayuda.

Ella se puso colorada como un tomate porque en esos momentos había estado fantaseando con él.

Y mientras lo ayudaba a redactar unas cartas le preguntó si quería ir al cine esa noche y luego a cenar.

—Me encantaría.

Él se acercó y rozó sus labios.

—Pasaré por ti a las ocho, ¿te parece bien?—quiso saber.

Irían al cine y a cenar...

—Oh sí, por supuesto—Varina sintió que volaba en una nube.

Pero ¿qué se pondría para la ocasión? Cuando llegó a su casa tuvo la sensación de que no tenía nada que ponerse que fuera

bonito y sexy. A menos que buscara esas prendas que él le había obsequiado cuando comenzó a trabajar para él...

Corrió a darse una ducha, a peinarse y luego envuelta en una toalla no sabía qué elegir, pues esa blusa negra era algo transparente y atrevida y debería cubrirse con un saco o... por eso adoraba los vestidos de verano, esas soleras llenas de flores, algodón, pues no tenía que romperse la cabeza pensando qué blusa combinaba con qué falda y viceversa.

Miró el reloj haciendo un gesto de inquietud al notar que sólo faltaba sólo media hora para que su jefe fuera a buscarla, debía apurarse.

—Varina...

Su voz le provocó un sobresalto. Allí estaba su tía avisándole que su jefe la esperaba afuera mirándola alarmada.

—Gracias tía, iré...

Casi salió corriendo antes de que le echara otro sermón. Su amor aguardaba, tan guapo y con ese perfume que llenaba sus sentidos y su mirada... diciéndole que estaba guapa como le dijo luego cuando viajaban en su auto.

Quiso olvidarse de la cara de espanto de su tía mientras los miraba a través de la ventana como si tuviera una cita con el diablo y fuera a perder su alma en cualquier momento.

Su auto iba a toda velocidad.

—¿Qué te gustaría ir a ver al cine, qué película?

—¿Me encantan las de terror crees que haya alguna?

Él sonrió al oír eso.

—Sí, hay una muy buena de ese género, pero creo que te asustará.

—¿Asustarme a mí? Tú puedes asustarte, a mí me fascinan las de terror. ¿Cuál quieres ver?

—Hay un especial de películas de terror, una selección y me han recomendado una estrenada hace años de demonios y

posiciones. El rito, con Anthony Hompkins.

—Ah sí, me he oído hablar de esa película, mi tía dice que no debo mirarla porque... bueno ya sabes, ella piensa que en esas películas hay algo maligno como si las hiciera el diablo.

Valenti rió.

—¿Tú crees eso?

—No...

Valenti la llevó a ver esa película, dijo que era una de las mejores de la muestra que estaban exhibiendo.

Ella no era asustadiza y la primera parte de la película la llevó bien, sin asustarse hasta que la presencia del diablo comenzó a sentirse no sólo en el film sino en toda la sala. Algo maligno y siniestro que recorría las calles de Roma y perseguía lentamente al sacerdote principal se adueñó de todo.

Desde la penumbra de la sala su jefe sonreía triunfal al ver que estaba asustada como si disfrutara de su pequeña broma.

—No tienes miedo ¿verdad?

Sí lo tenía, pero no iba a rendirse. Se quedaría hasta el final...

—Estoy bien—mintió sin pudor.

—Si quieres podemos irnos, varios se han marchado—señaló él.

Debió aceptar la invitación, la película era mucho peor de lo que imaginaba. Cuando finalmente terminó sintió ganas de correr al sentir que algo maligno estaba allí, el diablo, debía estar mirándola desde algún rincón burlándose de ella, acechándola...

—¿Te sientes bien, princesa?—preguntó su jefe al notarla callada—¿Te gustó la película?

—Sí... es algo fuerte—murmuró nerviosa.

Le llevó mucho rato librarse de la sensación de terror y no podía ver la oscuridad de afuera sin sentir su presencia. Estaba sugestionada por supuesto...

Y sin embargo mientras caminaban rumbo al restaurant le pareció notar que un hombre la seguía a distancia.

—Lucio, creo que alguien nos sigue.

Era un hombre alto y feo, con mirada oscura mucho más fea como si fuera un maleante o algo similar. Al ver que lo miraba sonrió entusiasmado, tal vez con la peregrina idea de que podía ligar con ella.

—¿Qué sucede?—preguntó intrigado.

—Ese hombre, creo que nos sigue... mira, acaba de cruzar la calle.

Varina comenzó a perseguirse.

—¿Qué hombre?—quiso saber Valenti mirando a su alrededor— Muéstramelo.

No tuvo tiempo, el tipo con cara de demonio se había esfumado casi por encanto. No podía ser... No lo había imaginado, estaba segura, ¿o acaso se había escapado del cine?

—Estaba allí mirándome y cuando te avisé cruzó la calle y desapareció.

—Tranquila, debió ser algún hombre al que le gustaste y quiso seguirte. Tal vez no vio que estabas conmigo y cuando se dio cuenta de que estabas acompañada huyó.

—No... no era eso, crees que suelo fijarme en... Estoy segura de que nos seguía desde que salimos del cine.

Su jefe sonrió.

—Creo que saliste un poco asustada del cine y por eso ves cosas raras. ¿Un hombre con cara de diablo que te sigue?

Pensándolo bien se oía algo ridículo.

—Es verdad y no estoy asustada.

—Bien... Como digas preciosa. Olvídalo. Se fue... ¿crees que era un espíritu impío?

Varina no respondió y pensó que tal vez sólo era uno de esos italianos a los que podías mirar sin que te siguieran a todas partes.

Trató de tranquilizarse, odiaba que él pensara que era asustadiza o imaginaba cosas.

Mientras cenaban cambiaron de tema, pero evitaron hablar del trabajo.

—¿Sabes qué me gustaría preciosa? Unas nuevas vacaciones en París contigo—dijo él mientras bebía de su copa de vino.

—¿París?—era como nombrar el paraíso. Su corazón latió acelerado y olvidó por completo al raro sujeto que los había seguido.

—Sí, debo viajar por negocios la semana entrante y pensé que te gustaría acompañarme, esta vez sí será trabajo... aunque podemos dar algunos paseos, ¿qué dices?

—Me encantaría—respondió Varina.

Todavía le parecía un sueño estar con él, había sufrido tanto esos días.

—Espero que tu tía no se altere con esto—dijo su jefe.

—Al diablo con mi tía, me tiene tan harta...—no pudo evitar decir.

Su jefe sonrió.

Luego de cenar le preguntó:

—¿Te gustaría ir a mi departamento y escuchar música un rato? ¿Tienes tiempo?

Ella miró el reloj inquieta.

—Sí, me encantaría.

Y mientras decía eso vio al misterioso hombre en la calle, mirándola fijamente.

—Demonios del infierno. ¡Allí está! Es él, mira por favor—dijo con un hilo de voz. Era como si hubiera estado allí desde hace rato y al ser descubierto sonriera sin inmutarse.

Valenti miró por la ventana y se puso serio.

—¿Ese era hombre que nos seguía?—preguntó inquieto.

Varina asintió temblando.

—Parece un fantasma, pero ¿tú lo ves verdad?

Su jefe asintió.

—Sí, lo conozco.

Antes de que pudiera explicar quién era el desconocido desapareció de nuevo y se presentó en el restaurant momentos después.

Varina tuvo la sensación de que era el demonio en persona, nunca antes había sentido esa sensación tan fea y desagradable con alguien.

—Mi querido primo, qué sorpresa tan agradable—dijo.

Era su primo. Vaya. Qué coincidencia tan extraña. Sin embargo, nunca lo había visto en la empresa ni sabía que... Tenía un primo como ese.

Los ojos del desconocido se clavaron en ella sin dejar de sonreír.

—¿Quién es la bella chica que te acompaña? ¿No vas a presentármela?—se quejó poco después.

Lucio los presentó. Tadeo Ricardi, hermano mayor de Giovanni Ricardi, vaya, no se parecían demasiado. Y él la miró de forma apreciativa, sin perder detalle de su figura. Nunca lo había visto en la empresa, era extraño.

—Es preciosa, desde que la vi salir del cine pensé qué chica tan bella y angelical. Disculpa, no sabía que estaba contigo y la seguí.

Ahora entendía todo, pero si sabía que estaba con su primo ¿por qué los espiaba en el restaurant?

Pero su jefe pareció algo molesto e incómodo por las palabras de su pariente y le dijo que era su asistente y su prometida.

¿Su prometida? ¿Había oído bien?

—¿Tu prometida?—repitió Tadeo incrédulo—Vaya, te felicito. Al parecer a él también le parecía extraño que Valenti tuviera “una prometida”.

Varina se sonrojó al recibir las felicitaciones y se preguntó por qué ese sujeto le daba tan mala espina, ¿sería por qué lo vio luego de salir del cine sintiendo la presencia maligna del diablo?

Lo cierto era que su jefe también parecía incómodo.

—Sí, es mi prometida así que deja de mirarla con expresión rapaz.

Él sonrió divertido al oír eso y le dijo algo al oído, tal vez alguna broma que no cayó muy bien a su jefe. Lo escuchó decirle algo no muy grato en voz baja, creo que fue algo así como “maldito desgraciado” antes de que se fuera del restaurant.

Pero Varina estaba demasiado encantada con eso de que era su prometida para prestar especial atención al incidente.

—¿Entonces acabamos de comprometernos?—dijo, pues no pensaba dejar pasar por alto ese asunto del compromiso.

Su jefe parecía algo molesto por ese encuentro.

—Disculpa esto, ese imbécil cree que puede tomar siempre lo que se le antoja—declaró—¿Tú lo has visto antes?

—Perdón, pero ¿de qué hablas?—respondió ella desconcertada.

—Hablo de mi primo, el sujeto que acaba de irse. ¿Se te ha acercado en el trabajo?

—No... nunca lo había visto antes ni sabía que trabajaba en la empresa. Yo sólo tengo ojos para mi jefe, siempre fue así además... ese hombre no te llega ni a los talones como dice mi tía. Es feo y no me gusta nada la mirada que tiene. Parece una sombra... ahora me río, pero me dio un buen susto cuando lo vi seguirnos hace un momento.

—Creo que saliste algo asustada del cine, preciosa.

—Sí, qué película, creo que hoy tendré pesadillas—confesó Varina.

París, un compromiso de bodas, odiaba perder el hilo de su historia por culpa de ese sujeto.

Pero Valenti tomó su mano y la besó.

—¿Te sientes mejor ahora al saber que no era el diablo sino el imbécil de Tadeo? Aunque debo decirte que hay ciertas similitudes entre el diablo y mi primo.

No quería hablar de su primo, ¿qué le importaba?

Dejaron atrás el restaurant momentos después y fueron a su departamento para escuchar música y descansar de ese día ajetreado.

Era un lugar lujoso y acogedor a la vez, todo estaba en perfecta armonía y Varina suspiró pensando en su próximo viaje y en que era la prometida de su jefe, bueno acababa de enterarse de eso.

Él puso música lenta y romántica mientras servía unas copas de champagne. Oh sí, era champagne.

—Un brindis por tu regreso, preciosa—dijo él mientras le entregaba la copa—para que nunca más vuelvas a abandonarme.

Varina sonrió y bebió un sorbo antes de que él se acercara y besara sus labios con suavidad.

Ella tembló al sentir esa caricia y mientras la besaba y la bebida le subía lentamente a la cabeza sintió deseos de llorar. No sabía por qué pues se sentía tan feliz, tal vez porque estar allí seguía pareciéndole un sueño.

—¿Estás llorando?—Valenti la miraba con fijeza mientras acariciaba sus mejillas y besaba sus labios.

—Es que pensé que no volvería a verte y ahora... todavía no puedo creer que estoy aquí.

Él la miró con fijeza.

—Ibas a huir de mí—esas palabras eran una acusación dura y directa.

—Porque tú estabas con otra mujer besándola y pensé que... no era nada para ti—le respondió.

Valenti sostuvo su mirada.

—No estaba con otra mujer, sólo fue un beso. Tú eres la única a la que deseo atrapar. Sí, es verdad... primero querías atraparme tú para que fuera tu marido y ahora quiero hacerlo yo.

Varina sonrió, no podía creerlo.

—¿Quieres quitarme la corbata preciosa? Si lo haces será tuya y tendrás otra en tu colección. Te la regalo sí, pero antes debes quitármela.

Esas palabras la hechizaron, ¿lo haría? ¿Se atrevería a desabrochar el nudo y luego...? Casi podía sentir su perfume fuerte y viril a la distancia. Y lentamente tomó su corbata y la desató despacio. Él cumplió su promesa y se la entregó como prenda y Varina la tomó y la olió sintiendo que se humedecía al contacto con su perfume y suavidad.

Su jefe se desabrochó la camisa lentamente y ella se alejó mareada. No, no iba a hacerlo. ¿Acaso la había llevado para eso?

—Ey tranquila, no lo haré ¿sí? No hasta que tú quieras—dijo Valenti exhibiendo un pecho duro y abdominales marcadas. Desnudo y con pantalones tenía una figura escultural que la dejó fascinada. Ahora sabía por qué siempre había creído que era el hombre más guapo del mundo, realmente lo era. Era perfecto.

—Creo que debo irme, no me siento muy bien—dijo algo turbada.

Él se acercó y la rodeó con sus brazos susurrándole.

—No, no te irás. Te quedarás conmigo esta noche, preciosa.

Varina se sintió mareada y confundida por la vehemencia de sus palabras. No, no podía quedarse... debía resistirse y luchar, apartar esos labios de fuego que la volvían loca de amor y deseo, esos labios atrapando los suyos mientras sus brazos la empujaban hacia su pecho para llenarla de pasión y deseo.

Debía detenerse, sabía lo que pasaría si dejaba que siguiera.

—Aguarda... no, no puedo quedarme, no debo hacerlo—dijo.

Él la miró al sentir que se resistía.

—No me rechaces por favor—le pidió mirándola fijamente.

Esas palabras la sorprendieron.

—Es que no estoy rechazándote, no es eso, por favor entiende que...

—Sí, lo sé, pero es así como me siento en estos momentos, preciosa. Rechazado.

Varina sintió una punzada al corazón cuando escuchó esas palabras, pues no era verdad...

—No te estoy rechazando, no digas eso por favor.

Él la retuvo entre sus brazos sin dejar de mirarla con expresión de reproche.

—Tú no me amas... si me quisieras, si quisieras estar conmigo escucharías a tu corazón y no a tu cabeza. El amor no se piensa, pequeña, el amor se siente.

Ella protestó, lloró, pero tuvo la sensación de que él no le creía y enojada quiso irse, pero Valenti la retuvo y la besó furioso, nada dispuesto a rendirse. Besó sus labios y la llenó de besos tiernos y apasionados hasta calmar su angustia.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me dices que no te amo? Te amo más que a mi vida, más que a todo en este mundo Valenti y tú lo sabes—dijo Varina desesperada.

Él sostuvo su rostro y la besó.

—Si me amas no me dejes esta noche, no te vayas...quédate conmigo—le pidió desesperado.

Ella vaciló.

—Es que si me quedo tú intentarás hacerme el amor y...

—¿Y crees que eso es algo malo?

—No, no es malo, pero temo que luego tú me abandones. Lo harás... Descubrirás que no soy como imaginabas. Yo no sé nada de esto, no sé qué debo hacer—exclamó Varina desesperada.

Valenti estaba sorprendido, no podía creer que pensara eso. Que tuviera tanto miedo.

Luego la vio llorar y se sintió mal. No, no quería que fuera así, que se alejara de él, que intentara abandonarlo de nuevo. ¿Por qué no podían ser una pareja normal?

—¿Quieres que te lleve a tu casa Varina?—le preguntó de repente.

Ella lo miró y se alejó despacio acercándose a su dormitorio. Allí estaba la cama donde dormía su jefe, donde tal vez había llevado alguna chica para divertirse y odiaba pensar que eso había pasado tantas veces...

No, no quería correr como hacía siempre. Él le había rogado que se quedara, que fuera suya esa noche. Su mujer, su amante... todas las noches se dormía imaginando que hacían el amor, que lo hacían entonces ¿por qué seguía diciéndole que no?

Tocó suavemente el cobertor y de pronto sintió que la abrazaba por detrás y besaba su cuello rodeándola con sus brazos con fuerza mientras comenzaba a acariciarla despacio.

—No te vayas, por favor, quédate conmigo...—le rogó desesperado.

Ella lo miró y sintió que no quería irse como siempre lo hacía, quería estar con él.

Su vestido cayó al piso y de pronto se vio medio desnuda en la cama y tembló. Lo deseaba y temía a la vez, se sentía extraña, confundida.

La cama suave de seda la envolvió cuando él la tendió despacio completamente desnuda para mirarla.

—Dios mío, eres tan hermosa Varina, tan femenina... sólo quédate así un momento, por favor.

Ella se sonrojó, pero no hizo ningún ademán para cubrirse ni para marcharse a pesar de que se sentía un poco asustada y abrumada, quería hacerlo...

Lo vio desnudarse despacio y se sonrojó aún más. Estaba temblando de miedo y deseo, estaba sobre ella, piel con piel tan

guapo y fuerte su pecho marcado y sus brazos que la apretaban con fuerza.

—No temas preciosa, todo estará bien, lo prometo—dijo—no te vayas, quédate así, no me rechaces por favor, mi amor, estoy loco por ti... Nunca antes había sentido esto por ninguna mujer—dijo y le dio un beso ardiente y apasionado.

Varina lo miró.

—Te amo Valenti, siempre te he amado. Desde que te vi fue tan fuerte—le dijo ella.

Él la envolvió en sus brazos y estuvo besándola una y otra vez hasta que sintió que estaba lista. Fue tan hermoso, fue mágico, su guapo jefe se convirtió esa noche en su amante, su hombre y su prometido. Era mucho más de lo que había soñado, era un día de sol después de tantos días grises...

—¿Tienes miedo, preciosa?—le preguntó entonces.

—No, ya no...—dijo.

Tendidos en la cama él la llenó de caricias y besos para prepararla para ese momento y lo estaba haciendo muy bien, sabía cómo hacerlo. Cómo tocarla y despertarla.

Entonces lo vio completamente desnudo y listo para hacerla suya y tembló porque se preguntó mareada y excitada cómo haría para desvirgarla con esa inmensidad rosada y ancha.

Tal vez notó que estaba algo asustada porque sonrió y tomó su mano.

—¿Ven, tócame preciosa, no muerde sabes?—dijo.

Ella obedeció y palpó ese pene inmenso e inflamado tan suave y sonrió. Nunca antes había tocado a un hombre así ni tampoco... su mano se deslizó por el glande y siguió hasta que él le pidió que se tendiera en la cama. Atrapó sus pechos con ambas manos y los apretó y besó con desesperación, ella gimió con la caricia fuerte y salvaje y de pronto sintió que besaba su cintura y sus manos acariciaban la entrada de su vagina con suavidad. Estaba húmeda y

eso lo excitó aún más y tocó su sexo con mucha delicadeza, introdujo sus dedos para medir su estrechez.

Ella tembló al sentir que la tocaba de esa forma.

—Todavía estás muy cerrada preciosa—le susurró.

Varina lo miró y él le susurró al oído: —¿Quieres ser mía ahora preciosa? ¿Quieres hacerlo?

Ella asintió en silencio. Se moría porque la hiciera suya, no tenía miedo, temblaba de emoción y deseo y no podría detenerse. Deseaba y temía que lo hiciera y ese sentimiento era tan confuso, tan fuerte...

Él atrapó sus labios y le dio un beso profundo mientras la inmovilizaba con el peso de su cuerpo y su virilidad pujaba por entrar en su vientre muy lentamente.

—Calma preciosa, el dolor pasará, relájate mírame ¿sí? —dijo. Ardía de deseo, todo su cuerpo parecía un volcán al tiempo que su inmenso pene la desvirgaba. Varina gimió, pero él la besó y consoló mientras la convertía en su mujer.

La sensación de tenerle en su cuerpo era maravillosa y embriagadora, a pesar de las molestias y de lo abrumada que estaba lo abrazó con fuerza y le susurró que lo amaba entre lágrimas.

Él la miró con fijeza y la besó apasionado penetrándola un poco más hasta que la posesión fue completa y comenzó a rozarla con mucha suavidad. A poseerla por completo sin pensar en nada más.

—Eres maravillosa pequeña, eres tan deliciosa... la próxima vez que te haga mía voy a devorar ese rincón y no podrás impedírmelo, devoraré cada rincón de tu cuerpo—le susurró.

Ella sonrió y lloró, sintió deseos de reír y llorar a la vez. No podía creer que estaba haciéndolo y sin embargo no pensó que fuera pecado o estuviera mal, peor era perderle para siempre, eso la angustiaba mucho más. Y hacer el amor con el hombre que amaba era mucho mejor que en su sueño, era maravilloso. Estaban fundidos, eran uno solo y él le había dicho que estaba loco por ella.

—Rayos, nunca había deseado tanto a una mujer como a ti Varina, nunca antes, te lo juro—le confesó en un momento. Parecía contener su placer hasta el final como si no quisiera hacerlo todavía.

—¿Estás bien, preciosa? —le preguntó luego.

Varina asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas y él preocupado le preguntó si estaba arrepentida.

—No, no es eso es que... jamás imaginé que sería tan hermoso —le respondió.

Él atrapó sus labios y los besó mientras volvía a rozarla con fuerza una y otra vez y Varina disfrutó cada instante de esa cópula sin pensar en nada, extasiada y feliz de haberse convertido en mujer en los brazos de su jefe, su amor, su hombre. La cama parecía a punto de prenderse fuego, el calor y el deseo, suspiros y besos, nunca más querría irse de allí... estaban tan cerca el uno del otro, eran uno solo fundidos en ese apretado abrazo.

Hasta que sintió que la inundaba con su simiente y comprendió que en medio de su arrebató de pasión no se había cuidado. Pensó que lo haría, creyó haber visto preservativos en la pequeña mesita junto a la cama y entonces los vio, intactos. No los había usado y estaba llenándola con su semen por completo y eso le gustó, pero la asustó un poco.

Y como si leyera sus pensamientos su jefe sonrió.

—Perdona, creo que perdí la cabeza... No temas, no quedarás embarazada, luego te llevaré al médico para que empieces a cuidarte. Pero esta noche lo haremos así...

—Es que no quiero quedar embarazada ahora, he oído que una vez sola alcanza y es muy pronto. Por favor, debes cuidarte.

Él sonrió.

—Tranquila, tendrías que ser muy fértil para quedarte embarazada la primera vez. Y me muero por sentir ese rincón delicioso, por rozarte sin que nada se interponga, ven aquí... quiero hacerlo de nuevo.

Varina lo miró desesperada y acorralada cuando comenzó a besarla mientras acariciaba su cuerpo y la empujaba nuevamente a la lujuria. Sí, quería hacerlo, quería sentirlo de nuevo en su vientre, sentir cómo se fundían en ese abrazo apretado que le quitaba el aliento y la transportaba a otro mundo. Un mundo de amor y placer en el que sólo estaban los dos.

Y su hombre estaba más que listo cuando entró en ella, listo para poseerla para hacerla suya de nuevo...

Pero seguía estando apretada y se quejó al sentir esa inmensidad estirando su vientre hasta lo imposible. Pensó que sería más fácil después de perder su virginidad, pero no lo fue y él notó que seguía siendo estrecha y sonrió.

—Vaya, esto es extraño—dijo—pero creo que sigues siendo virgen.

Varina lo miró confundida. No podía ser, debía estar bromeando.

—Sí, todavía está allí, esa barrera, la siento, no me deja entrar.

—Eso no puede ser...

—Yo creo que sí, mírame... tranquila. Temo que te dolerá, pero es necesario.

Ella lo miró inmóvil.

—Es que todavía me duele, no entiendo por qué, pensé que no me dolería esta vez.

El rió.

—Tal vez te sellaron para que ningún hombre te tocara y reforzaron tu virginidad con hilo y aguja—dijo él.

—Eso es horrible.

—Vamos, era una broma, es que lo hice muy despacio la vez anterior porque tenía miedo de lastimarte, estaba muy nervioso también... nunca he estado con una chica virgen—le confesó.

—¿Y qué harás ahora?

—Voy a desvirgarte bien pequeña, tengo que abrirte hasta el fondo, pero no temas, luego será más fácil, ya verás...

Varina sintió que la penetraba mucho más, hasta que no quedó nada, nada de esa inmensidad fuera de su vientre y chilló porque esta vez sí le dolió. Estaba allí, ese inmenso miembro rosado y viril rozándola con fuerza, haciéndola sentir su poder y magnificencia. Gimió al sentir esa rara mezcla de dolor y placer, fue doloroso sentir que su vientre cedía y se rendía, pero no era un dolor común, era un dolor que le gustaba, que la llenaba de una rara sensación de gozo y triunfo. Tenía su pene tan pegado a su vientre que podía sentir cada milímetro de su piel, cada instante de roce...

Y él desesperado la besó y apretó contra la cama como si temiera que pudiera escapar, habría sido imposible hacerlo y ella no lo habría querido tampoco. Estaba inmóvil y a su merced y no quería que terminara, sabía que estarían toda la noche haciendo el amor... toda la noche hasta quedar satisfechos, enredados y entrelazados en ese ritual de amor y lujuria.

De pronto sintió que gemía y caía rendido sobre ella apretándola contra la cama, presionando su miembro contra su vientre para expulsar su placer muy al fondo vaciando cada gota, hasta la última gota de su éxtasis y ella lo abrazaba llorando emocionada sin pensar en nada más que en esa sensación de bienestar que sentía.

Se quedaron abrazados tan juntos mientras sus besos se volvían suaves y tiernos.

—¿Fue maravilloso preciosa, fue increíble... estás bien?

Ella asintió en la penumbra y él se excitó al verla desnuda. Era la virgen más ardiente que había conocido, la más hermosa y también la más tierna. Desde que la vio en su oficina ese día...

Y como si temiera que todo hubiera sido un sueño la envolvió en sus brazos para que no lo abandonara, para sentir que era real.

—Te amo mi amor, te amo tanto—dijo ella y lloró emocionada mientras lo abrazaba con fuerza. No quería irse, quería quedarse en esa cama y en esa habitación para siempre. Temía que fuera un

sueño, temía despertar y sentirse tan triste por haber renunciado al trabajo.

—Quédate conmigo esta noche princesa, no te vayas, por favor —le pidió él.

Ella pensó en su tía que se pondría nerviosa si tardaba, pero luego la apartó de sus pensamientos, Valenti le había pedido que se quedara y era su noche de amor con su jefe, la que tanto había soñado y fantaseado, no quería que terminara, quería que durara siempre...

El anillo de diamantes

A la mañana siguiente Valenti fue a buscarla temprano para ir a almorzar. Temía que después de esa noche ella le hiciera reproches o estuviera arrepentida y por supuesto el plan era ser paciente, pero le costaba mucho controlarse. Acababan de hacerlo y no se había cuidado, eso le preocupaba y quería poner remedio y evitar un embarazo pues a pesar de que las posibilidades podían ser remotas también podían ser reales.

Varina sonrió al ver a su amor en su auto. Había dormido como un ángel y lo había hecho con las dos corbatas que tenía ahora bajo su almohada. Se despertó temprano con una necesidad imperiosa de oír su voz, de verle y allí estaba. No la había abandonado como le había dicho su tía. Al contrario, él le había pedido que pasaran la noche juntos. Le había hecho el amor y la había llamado amor...

Y mientras manejaba a cierta velocidad por las calles de Milán le preguntó cómo estaba.

—Bien, feliz...

Esa respuesta pareció sorprenderle.

—¿No estás arrepentida de lo que pasó anoche?

Ella negó con un gesto y lo miró a los ojos.

—No, pero lo único que temo es que... No quiero quedar embarazada ahora y no sé qué hacer.

—Tranquila, no tengas miedo, yo te ayudaré. Hay unas píldoras que se toman cuando no se emplean métodos y creo que debes tomarla cuanto antes.

—¿Te refieres a la píldora abortiva?—replicó escandalizada.

—No es abortiva. Sólo impide que madure el óvulo para que no haya concepción. Es de emergencia, la tomas una vez y luego empleas otro método.

Varina aceptó su explicación.

—Es que si llego a quedar embarazada ahora me aterra.

—Eso no pasará, conozco a un doctor, le preguntaré ¿sí? Tranquilízate.

Un ahora después tomó la pastilla mientras almorzaban y mientras charlaban de lo que había pasado anoche le preguntó por qué no había usado preservativo. Tenía montones en la mesa de luz esa noche.

Su novio sonrió.

—Siempre uso protección, es verdad, soy muy controlado al momento de hacerlo, pero me moría por hacerlo así, nuestra primera noche de amor, tu primera vez... realmente no pude contenerme.

Él la besó y tembló. Se moría por hacerlo de nuevo, pero no se atrevía a decirlo por supuesto.

—¿Y tu tía te dijo algo?—quiso saber él.

—No... estaba dormida como un tronco cuando llegué y hoy la vi un momento antes de irme.

—Varina, escucha, no dejes que te mortifique por estar juntos. Es tu vida y tu decisión, tú quisiste hacerlo. Si llega a decirte algo te ruego que me avises.

Ella sonrió. No se arrepentía de nada. Algo había pasado esa noche, no sólo había perdido su virginidad y se había entregado al hombre que amaba, sino que de pronto comprendió que él le había quitado algo más que su inocencia. Era como si la hubiera despojado de la antigua Varina, la joven que se reprimía y temía ser tomada y abandonada. Se sentía diferente, más feliz y ansiosa de hacerlo de nuevo.

Y cuando luego fueron a recorrer la ciudad ella quiso ir a su departamento para estar a solas y hacerlo de nuevo. Había tomado la pastilla, nada malo pasaría.

Él no le preguntó si estaba segura, luego de besarla supo que estaba lista para que le hiciera el amor. Lentamente atrapó sus pechos a través de la tela suave del vestido y comenzó a liberarlos

despacio para besarlos y rodearlos con su lengua. Varina gimió al sentir esas caricias y un leve cosquilleo en su cintura.

Y estuvo torturándola con caricias hasta que no pudo más y levantó su falda mientras rápidamente quitaba sus prendas íntimas para llenarla con su inmensidad tan suave. Gimió cuando la introdujo toda y de repente. Mareada y excitada sólo quería que la rozara mucho más y sentirle en su interior. Y el resto de la ropa cayó al piso y ambos desnudos rodaron por la cama y ella se quedó sumida en el éxtasis, el gozo de una virgen que disfruta cada momento el instante de la cópula sin pedir nada más, sin imaginar que su placer puede ser aún mayor. Sólo la cópula suave y ardiente.

Respondiendo a sus caricias con besos y un abrazo apretado, llorando emocionada al sentir que gemía de placer y la llenaba con su simiente sin preocuparse por nada más pues ya había tomado la pastilla de emergencia.

Pero él sí sabía que debían emplear un método seguro y estable y días después la llevó con su médico para que le recetara una inyección anticonceptiva. De esa manera se evitaba tener que tomar pastillas día tras día y que su tía la pescara tomándolas... tarde o temprano lo sabría, pero no estaba preparada para enfrentarla. Todavía no.

De regreso a la oficina en los días siguientes sufría porque su jefe se pasaba reunido con sus socios a raíz de un nuevo proyecto de inversión en París u era necesario ajustar cuentas y detalles y Varina suspiraba esperando verle en algún momento. Sólo eso. En la tarde tendría su recompensa, pero siempre se le hacía eterno.

Un día entró en su oficina creyendo que había terminado y se encontró con ese sujeto de mirada fea mirándola con sorpresa.

—Hola muñequita, ¿cómo estás? ¿Esta es tu oficina, junto al jefe Valenti?—preguntó.

Varina se sonrojó reconociéndole al instante. El tipo del cine, Tadeo Ricardi. Oh, pero qué tipo tan desagradable. ¿Qué debía responderle? ¿Diablos, donde estaba su amor?

—¿Has visto a Valenti?—le preguntó a su vez.

—Sí, tuvo que salir y ahora estoy a cargo. Ven, siéntate. Necesito tu ayuda.

¿Él estaba a cargo?

—Disculpa, es que tengo cosas importantes que hacer—inventó.

Y su respuesta fue mirar su escote y sus piernas a través de la falda corta que llevaba, maldito hombre, la hizo sentir como si fuera un trozo de carne. Pues no se quedaría a soportar eso, prefería marcharse.

—Ven aquí, ¿a dónde crees que vas muñequita?—le oyó decir.

Varina salió corriendo mientras ese hombre rabiaba y la miraba con cara de asesino como si fuera toda una osadía desobedecerle. ¿Quién se creía que era?

Mientras corría tropezó con su amor.

—¿Qué tienes preciosa? ¿Pasó algo?—preguntó él.

Ella miró a ese pariente molesto de su novio sin decir nada, ¿qué habría podido decirle? ¿Que la había mirado y llamado muñequita? Eso no era un delito. En esa oficina ocurría todo el tiempo.

—Es que estaba buscándote —dijo.

Pero su jefe se acercó a su primo mirándole con desconfianza.

—¿Se te ofrece algo Tadeo? ¿Qué haces en mi oficina?—le dijo con frialdad.

Su primo sonrió.

—Bueno, creo que muy pronto tendré esta oficina. Las cosas cambiarán mucho aquí—le respondió el otro con impertinencia dejando el sillón de mala gana.

—¿Eso sueñas? Vaya...pues no festejes antes de tiempo primo, todavía no me has vencido, ¿sabes? Y mientras eso no pase seguiré siendo el dueño de mi oficina y las demás y deja de molestar a mi

prometida ¿quieres? La incomodas, sí, deja de mirarla. Es mía así que no insistas ni la molestes diciéndole tonterías.

—¿Tuya? ¿Acaso la has comprado como comprabas a la chicas de la agencia de compañía? ¿La sacaste de allí?

Varina escuchó la conversación confundida, ¿de qué estaba hablando ese sujeto?

—¿Y si así fuera a ti qué te importa? ¿No sabes buscarte a tus propias mujeres que tienes que meterte con las mías?

Su primo se fue antes de que le diera una paliza, vaya nunca había visto a su jefe tan enojado. Parecía un demonio, sus ojos brillaban de rabia y hasta se puso pálido de repente.

—¿Qué te dijo ese infeliz?—le preguntó luego.

—Nada importante. Ya se me olvidó. Quería verte, te extraño mucho—le dijo al oído.

Él tomó su mano y la llevó a su despacho y cerró todas las puertas para poder envolverla en sus brazos y besarla.

—Yo también te extrañaba princesa... me muero por estar contigo, parece que hace siglos que no estamos juntos—le dijo mientras besaba sus labios y su cuello—Ven conmigo a casa, pediré algo para comer y luego pasaremos el día juntos.

La idea era tentadora pero una nueva interrupción cortó el romance. Una reunión urgente de accionistas.

Tuvo que esperar hasta la noche para cenar en su departamento y estar juntos.

Nada más entrar él la envolvió con sus brazos y la atrapó tan rápido que no tuvo tiempo de hacer nada.

—Ahora serás mía, preciosa—le susurró antes de arrastrarla a la cama y levantar su falda en un movimiento rápido.

—Aguarda...—le pidió pensando que nunca era sencillo cuando introducía esa inmensidad en su vagina, a pesar de haberlo hecho durante días seguía siendo estrecha.

Él sonrió cuando vio la braga de encaje.

—Es preciosa, es perfecta para mí—dijo separando los pliegues rosados despacio mientras se inclinaba.

—No...—dijo ella espantada.

Él sonrió y la miró.

—Sólo quiero llenarla de besos y devorarla, no tengas miedo, preciosa—dijo y lo vio perderse en sus faldas mientras besaba con suavidad el corazón de su sexo.

Cerró los ojos y habría deseado escapar, era muy turbador que hiciera eso.

—Tranquila, te gustará, ya verás...—dijo él antes de besar sus pliegues con su boca y llenarla de caricias húmedas.

Y una vez que atrapó su vagina no quiso soltarla, sino que se aferró por completo a cada rincón, pliegues, labios sin dejar de lamerlos sin parar una y otra vez, deleitándola con esas caricias, haciendo que gimiera de placer y cayera laxa hacia atrás, sobre el sillón.

—Es preciosa, tan dulce—dijo mientras se bajaba el pantalón.

Estaba más que lista para recibirle y sintió que ya no era tan difícil como en otras ocasiones. Su vagina se abrazaba a su miembro y lo disfrutaba mientras se movía a su ritmo como le había enseñado. Buscar su placer, su orgasmo, todavía no sabía bien qué era eso ni le preocupaba demasiado, sólo quería que le enseñara, que le dijera que debía hacer. Como si fuera su jefe también en la intimidad era algo despótico pero excitante.

Pero lo más importante era hacer el amor, estar juntos y que nunca sintiera la necesidad de buscar a otra mujer. Lo amaba tanto que de pensar que pudiera estar con otra la volvía loca. Esa era la verdad.

Fueron a la cama para hacerlo de nuevo, más cómodos y sin tanta prisa. Una vez nunca era suficiente... y así estuvieron durante horas hasta quedar exhaustos, rendidos.

—¿En qué piensas, preciosa? —le preguntó entonces.

—En ti...—fue su sencilla respuesta.—En que te amo. ¿Me crees ahora, Valenti?

Él asintió.

—Sí, te creo preciosa, pero tenía dudas, tú quisiste escapar de mí.

—Eso no fue así, fue tu culpa.

—Está bien, fue mi culpa... pero ahora eres mía y quiero que te quedes conmigo.

Ella se puso seria.

—No puedo, ya sabes, mi tía.

—Al diablo con eso, apenas puedo verte en el día. ¿Por qué no te mudas aquí? No le digas nada a tu tía, ya eres mayor de edad ¿verdad?

Ella rió divertida.

—Hace años que lo soy.

—Pero tu tía no lo sabe, te cree una adolescente rebelde a la que debe enderezar. Demuéstrale que no es así. ¿Todavía temes que sepa que duermes conmigo?

—No es eso, pero ...

Tenía que irse no podía quedarse esa noche. Le encantaría hacerlo, pero... rayos, odiaba separarse de él, tener que regresar a su casa.

—Quédate preciosa, avísale a tu tía que no regresarás. En unos días estaremos en París y las cosas serán distintas allí...

Varina suspiró pensando en su próximo viaje y en cuanto lo amaba.

—¿Entonces te quedarás?—preguntó él.

Estaba demasiado débil para moverse y le parecía un crimen dejar esa cama tan calentita y llena de su amor.

Se durmió viendo su mirada intensa y castaña, los ojos del amor de su vida, el único hombre que amaría siempre.

Por primera vez su tía no la esperó al regresar ni le dio sermones sobre su jefe los días siguientes. Fue muy raro, pero Varina pensó que estaba de suerte. Ahora sólo le quedaba preparar las maletas para el viaje a París. Pero esta vez iría a trabajar.

Su tía no le creyó cuando se enteró al día siguiente.

—¿Te irás a trabajar?

—Así es—fue su respuesta.

Su tía la miró con perspicacia, pero no dijo nada.

—¿Y cuándo volverás?

—En una semana, te llamaré.

—Lleva abrigo en la valija por favor, dicen que hará mucho frío.

Varina sonrió, lo que menos le preocupaba era llevar abrigo... estaría todo el día en la cama con su jefe acurrucadita y calentita, oh sí... eso sí que sería un trabajo "muy duro".

Demonios, se excitaba de sólo pensarlo, era como un reflejo, pensaba en él haciéndole el amor y su corazón palpitaba acelerado.

Estar con él era maravilloso, pero se preguntó si un día la amaría, si sentiría algo en su corazón por ella no sólo la satisfacción de compartir un momento íntimo y placentero... pero sabía que era mucho más que eso. Él le había dicho que nunca había sentido tanto placer con otra mujer, ni lo había disfrutado tanto. Quería que se mudara a su departamento, que vivieran juntos... eso ya era de por sí importante.

Bueno, no debía apresurarse. Debía ser paciente y darle tiempo.

Y con ese pensamiento terminó de hacer las maletas y decidió dejarlo todo y prepararse para hacer algunas compras pues su jefe le había dado el día libre. ¿No era un amor? Además, al parecer él tampoco iría a trabajar ¿así para qué querría ir? Él era su principal motivo de que fuera a ese antro de intriga todos los días. ¿A dónde habría ido? Bueno, si había hecho un viaje relámpago esperaba que

tuviera de regreso esa noche como había prometido pues le había pedido su pasaporte y DNI.

Suspiró y fue en busca de la lista de las cosas que debía llevar. Estaba algo ansiosa con ese viaje y deseaba que el tiempo pasara volando.

Y mientras revisaba la lista sonó su teléfono celular.

¿Camila? Vaya, ella nunca la llamaba.

—¿No vendrás al trabajo hoy?—preguntó con cautela.

—No... Valenti me dio el día libre.

—Oh vaya... ahora entiendo. ¿Y vendrás mañana?

Por alguna razón no respondió a esa pregunta impertinente. Fue algo instintivo pues no quería que toda la oficina comentara que se iba a París con su jefe. ¿Qué les importaba?

—¿Necesitas algo?—le preguntó.

Camila inventó una historia poco convincente de un sobre blanco con documentos importantes que firmar. Había millones de esos sobres en la oficina.

—Mañana te ayudo a buscar, hoy no puedo.

—¿Estás en tu casa o con Valenti?—quiso saber.

Esa pregunta era una completa y soberana impertinencia.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Desde cuándo quieres saber lo que pasa con Valenti? Es mío ahora, lo sabes ¿verdad?

Al ver que había metido la pata se deshizo en disculpas. No sabía si lo de esa chica fue adrede o por ser como era un poco vulgar y preguntona.

—Disculpa sí, no quise ser indiscreta—dijo luego—¿Entonces no podrás venir hoy, aunque sea un rato por favor para ayudar a buscar ese maldito pendrive?

¿Cómo? ¿No era un sobre blanco con letras negras?

Una llamada le entró por la otra línea y al ver que era su amor no dudó en colgar la anterior.

—Varina, ¿estás en tu departamento? ¿Estas allí?—preguntó Valenti.

—Sí, justo iba a salir a comprar algunas cosas. ¿Qué pasa, jefe?

—Ten cuidado, no salgas ahora, ¿entiendes? Ni respondas el teléfono.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Luego te explico preciosa, ¿tienes pronta la valija?

—Sí.

—Pasaré por ti lo antes posible, acabo de enterarme de algo y debemos irnos ahora a París. Tuve que suspender mi viaje, pero no importa. No era urgente. Esto sí.

Varina protestó, quiso saber qué ocurría, realmente se había puesto nerviosa. Primero la llamada insólita de Camila y ahora su jefe diciéndole que no abriera la puerta ni saliera de su departamento.

—Enviaré a uno de mis guardias de seguridad para tu casa Varina—dijo entonces. Se llama Alberto Mussi, tiene identificación. Estará apostado con dos más en la puerta en menos de quince minutos.

—Demonios, hablas como si fuera a sufrir un atentado.

Él rió al oír eso.

—Alguien quiere impedir este viaje, alguien ha estado siguiéndote estos días. Tal vez sólo sea un maldito villano experto en secuestros, pero no voy a arriesgarme, no hasta saber quién está detrás de esto. Ahora cierra todas las puertas con doble llave, hazlo ahora y no vayas a abrir la puerta. Nadie entrará en tu casa, sólo se quedarán apostados en la puerta.

Varina corrió a hacer lo que le decía con el corazón palpitante. ¿Un intento de secuestro?

Mientras cerraba puertas y ventanas por si acaso pensó en sus palabras. Bueno, no le sorprendía, estaba saliendo con uno de los hombres más ricos de Italia, alguien debió saberlo y por ello... era

horrible por supuesto, era de película. Raptarla para intentar cobrar un secuestro. Parecía cosa de mafiosos.

Una nueva llamada a su celular le puso los pelos de punta. No conocía el número, no era Camila ni nadie que conociera. ¿Acaso era alguien para rastrear dónde estaba? Pues no atendería... Lo dejó sonar una y otra vez y se alejó asustada. ¿Por qué diablos la perseguían ahora? ¿Sería porque antes sólo trabajaba para él y no era parte de su vida?

Tal vez.

Una nueva llamada le provocó un sobresalto. Era Camila otra vez, diablos, ¿qué le pasaba a esa chica? ¿De nuevo quería saber dónde estaba el pendrive o sobre blanco?

No contestó. ¿Estaría ella implicada en...? Por si acaso no atendió. Sólo cuando Valenti la llamó media hora después para avisarle que había llegado.

Abrió la puerta y corrió a su encuentro con su maleta. Un cambio de planes, viajarían a París en el vuelo de las doce. Qué maravillosa noticia.

Él la besó y le preguntó si estaba bien.

Varina le habló de las dos llamadas de Camila y ese otro número que no reconoció y su jefe inspeccionó su celular al tiempo que abandonaban la casa escoltados por dos guardaespaldas gigantes.

Entraron en el auto, pero notó algo raro, su jefe estaba tenso y los otros no hacían más que mirar a su alrededor como si temieran que hubiera alguien cerca dispuesto a atacarles.

Y cuando el auto avanzó a gran velocidad Varina preguntó qué estaba pasando.

Él la miró.

—Tranquila, todo está bien, pero es necesario tomar algunas precauciones. He sabido que han estado siguiéndote y esta mañana había un misterioso sujeto haciendo preguntas por tu barrio. Esa

llamada de Camila también fue inesperada como si quisiera saber dónde estabas.

—¿Acaso tú y ella tuvieron algo y está celosa?—Varina no pudo evitar hacer esa pregunta.

—No... sólo la usé al principio para darte celos, pequeña, fue una tontería que hice, pero nunca tuve nada con esa chica por Dios, ni siquiera me gusta.

—¿Y por qué parecía ansiosa de saber por qué me habías dado libre?

Valenti pareció sorprendido.

—No tengo idea, pero tal vez lo hizo porque le gusta entrometerse y nada más. Pero haré algunas preguntas sobre ella.

—¿Y quién está siguiéndome? ¿Por qué lo hace?

Él se acercó y la besó con suavidad.

—Tranquila, estás a salvo ahora. No volveré a dejarte sola, nunca más... Cometí el error de avisar que me tomaría una semana contigo en Francia, eso avisó a mis enemigos de que algo pasaría.

Varina se quedó mirándole. Así que lo había hecho por celos, vaya, era tan infantil, que un hombre como él hiciera eso para ponerla celosa como si fuera un muchacho de quince años.

—¿Y crees que intentaban hacerme daño para evitar este viaje?

—Sí, lo intentaron. No quieren que me case contigo, esa es la cuestión.

Esas palabras la dejaron sin habla y cuando lentamente sacó una sortija de una cajita guardada en su saco tembló.

—¿Quieres ser mi esposa, preciosa?

Varina lloró emocionada al oír esas palabras mágicas.

—Me encantaría, pero creo que falta mucho para eso, ¿verdad? No me importa esperar y ... —miró su anillo mientras secaba sus lágrimas—¿estamos comprometidos?

—Más que eso, en dos horas será nuestra boda.

Varina rió pensando que era una broma.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—Vamos, ¿crees que bromearía con algo así? Ciertamente que no bromeo con cosas tan serias. Lamento que fuera así, pero... quise darte una sorpresa, pero luego comprendí que debía decírtelo. Nos casaremos en París, nada más llegar. Todo está listo. Lo arreglé hace semanas, pero quise darte una sorpresa.

—¿De veras?—estaba al borde de las lágrimas.

Varina pensó que todo era como un sueño y cuando él le preguntó si se casaría con ella tuvo que decirle que sí.

—Por supuesto que me casaré contigo, desde que te vi por primera vez no he deseado otra cosa, pero creí que no...

—¿Qué nunca te lo pediría?

—Es que creí que necesitabas tiempo y estar seguro de mí

—Lo estoy pequeña y tal vez te sorprenda, pero esperaba que tú estuvieras segura de esto.

Varina lloró de nuevo cuándo él le dijo que la amaba y quería que fuera su esposa.

Creyó que era un sueño, era demasiado hermoso para ser verdad.

Se casarían en dos horas, nada más llegar a París.

—Pero mi tía, mi amiga Chiara...

—Luego daremos una fiesta a lo grande para festejar, pero siempre quise una boda privada. Sin paparazzi, sin prensa... tal vez alguien se entere, pero quiero que sea un momento privado y especial, para nosotros y no para que sea el evento social de una portada tonta de sociales.

—Lo entiendo sí, pero mi tía no va a perdonarme esto.

—¿Y qué importa tu tía ahora? Voy a casarme contigo y eso la complacerá imagino, ¿qué importa lo demás? Dejará de perseguirte y molestarte, no tendrás que rendirle cuentas a nadie, sólo a mí...

Pero no seré tan pesado como tu tía, seré un marido bueno y tolerante. Lo prometo.

Varina sintió que tocaba el cielo con las manos y en las horas siguientes todo ocurrió tan deprisa. Entraron en el hotel, apenas tuvo tiempo de darse un baño, ir a la peluquería y escoger entre varios vestidos de novia para estar lista para las dos de la tarde.

Estaba hambrienta pero apenas pudo probar bocado ese día. Los nervios y la emoción la embargaban por completo. Tuvo la sensación de que en cualquier momento iba a despertar y temía tanto que eso pasara.

Casi tembló de miedo cuando ese oficial los declaró marido y mujer en presencia de los guardaespaldas y dos amigos de Valenti que habían viajado con ellos desde Italia. Apenas tuvo tiempo de escoger un vestido blanco, una toca con flores blancas y tul y ya estaba casada con el amor de su vida demasiado feliz y aturdida para pensar en algo más. El anillo de diamantes, el beso apasionado y esa libreta que decía que Valenti le pertenecía.

Era todo cuanto había soñado en la vida, que fuera su hombre, su marido, el padre de sus hijos. Aunque no la amara tanto como ella a él, la había elegido entre tantas candidatas, la había elegido para que fuera su esposa, su compañera y eso sólo era más que suficiente. ¿Qué importaba lo demás?

Sabía que con el tiempo conquistaría su corazón y sería suyo por completo. Ahora todo era dicha y felicidad.

Recorrieron París en su auto deportivo, él manejaba a gran velocidad luego de hacer algunas llamadas a su abogado. "Consigue tú la copia, estoy en plena luna de miel" dijo en un momento. "Y cuando regrese quiero que prepares mi fiesta de coronación" dijo y sonrió triunfal mientras acariciaba su mejilla.

Varina sonrió emocionada sin entender una palabra de lo que hablaba. La luna de miel recién comenzaba.

Llegaron poco después al hotel Ritz en el corazón de París para encerrarse en la habitación nupcial que los habían preparado y brindar a solas. Varina pensó que su matrimonio había sido

relámpago, sin fiestas, sin invitados casi ¿pero ¿qué importaba? Se había casado con su jefe y era todo cuanto importaba.

Sus ojos la buscaron con esa mirada llena de lujuria que tan bien le conocía. Pero ella tenía ese vestido blanco de falda amplia y un montón de minúsculos botones que debía quitarse con ayuda...

Valenti rió cuando quiso quitárselo sola sin suerte y fue en su auxilio y luego de quitar los más de diez botones blancos minúsculos parte del vestido cayó al piso. Pero aún quedaba su lencería blanca de encaje y tul...

Él se desvistió de prisa y comenzó a besarla, la arrastró a la cama para llenarla de besos. Pero esa noche él quería más y de pronto le preguntó si aún tenía la corbata nueva que le había regalado.

Varina sonrió, por supuesto que la tenía, era su tesoro obtenido en la cama.

—Pues te daré este bóxer si me lo quitas. Será todo tuyo si lo haces bien—dijo.

Ella abrió los labios sorprendida mientras observaba su prenda interior masculina. Él siempre se la quitaba y le pedía caricias, pero su timidez hacía que sólo lo tocara despacio y nada más. Pero quería su bóxer, le habría gustado tener su camisa, toda su ropa bajo la almohada para olfatearla y sentirla cerca cuando no estaba a su lado. Así que se arrodilló y le quitó lentamente el bóxer negro con letras blancas en la cintura, lo hizo despacio y sonrojada al ver que estaba liberando al diablo mayor, esa virilidad roja e inmensa que ansiaba salir y recibir caricias. Lo vio en sus ojos, estaba pidiéndoselo, pero no sabía ni cómo... no sabía cómo hacerlo.

Ya tenía en sus manos su bóxer, era suyo, pero él le pedía algo más entre susurros. Deseaba hacerlo, estaba temblando excitada por su proximidad.

—Es que no sé y temo hacerlo mal—dijo al fin desesperada sin moverse de dónde estaba.

Él sonrió.

—Yo te ayudaré, ven, acerca tus labios, no muerde—le dijo.

Ella rió al oír eso y luego le dio un beso suave mientras cerraba los ojos. Besos y caricias, era tan suave y majestuoso... su boca se abrió despacio para recibirle en su interior y algo en ella hizo que avanzara sin miedo, un deseo salvaje e instintivo que la impulsó a devorar su miembro mientras se abrazaba a sus caderas. Era maravilloso estar allí, había sido una tonta al no atreverse antes pero tal vez no estaba preparada para hacerlo.

Sintió que suspiraba por sus caricias y lo enloquecía un poco más. Lo estaba haciendo bien para ser tan novata, sintió que se humedecía por sus caricias, pero entonces le pidió que se detuviera.

Ella obedeció preguntándose si acaso había hecho algo mal, pero él sonrió y la tendió en la cama.

—Ven aquí preciosa, tráeme ese tesoro que quiero hacerlo dentro de ti—dijo y terminó de desnudarla para entrar en ella.

Varina gimió al sentir esa inmensidad, se quedó sin aliento cuando la penetración se hizo ruda y profunda.

Todo su cuerpo estalló poco después sintiendo que volaba y la satisfacción era tan grande que la hacía temblar y caer rendida.

—Te amo Valenti, te amo tanto, no puedo creer que... seas mi marido ahora, no puedo creerlo—emocionada derramó unas lágrimas.

Él sonrió y la besó.

—No llores preciosa, quiero que rías, que seas feliz...

—Soy muy feliz por eso lloro, perdóname, es que tengo la sensación de que es un sueño.

—No, no es sueño, ven aquí, voy a despertarte con mi socio para que te convenzas de que es real.

Varina dejó de llorar y rió al sentir esa inmensidad de nuevo en su vientre, allí estaba, sin descanso, siempre hambriento de ella, tan fuerte, viril e insaciable. Era real, la estaba despertando de nuevo y tenía el anillo de oro y diamantes en su dedo anular. Su vestido de novia yacía tendido en una silla. Estaban casados y se juró a sí

misma que haría todo cuanto estuviera a su alcance para hacerlo feliz. Para que un día la amara tanto como ella lo amaba a él. Porque en su corazón sabía que él no la amaba, pero necesitaba una esposa, necesitaba una mujer que lo adorara a su lado. Y pudiendo tener a quien quisiera la había elegido a ella, eso significaba algo y lucharía por no defraudarle. Por ser la esposa y amante apasionada que un hombre como él necesitaba...

—¿Entonces es verdad, todo es verdad? ¿Ahora estamos casados?—dijo entonces.

Él la estrechó con fuerza y la besó.

—Sí, es verdad, eres mi esposa y me debes obediencia absoluta.

Bromeaba por supuesto.

—Espero hacerte feliz y que un día me ames tanto como te amo a ti, Valenti.

Él se puso serio.

—¿Por qué piensas que no te quiero preciosa? ¿Crees que me habría casado contigo si no sintiera algo especial? Te amo preciosa, ven aquí, esperé por ti como nunca había esperado por otra mujer y si me casé contigo fue porque estás hecha a mi medida. Nunca dudes de eso, no importa lo que pase en el futuro ni lo que te digan, lo que importa aquí somos tú y yo y lo que sentimos. Al diablo lo demás. Eres especial para mí Varina, lo eres y nunca dudes de ello. Tal vez tú creas amarme mucho más, pero eso no significa que no te ame.

Ella escuchó sus palabras con el corazón acelerado, no podía creerlo, era como un sueño, la boda y ahora su declaración de amor. Sabía que valía más su amor que todo lo demás.

—Nunca dudes de mí por favor, no lo hagas. Mírame. ¿Cómo puedo no amar a una mujer tan dulce y tierna como tú, tan hermosa? Eres muy joven sí, te falta madurar, pero no me importa, nunca dudes de que te amo, Varina, no lo hagas. Sé que el matrimonio no será fácil, ninguno lo es, a veces hay problemas, pero

debes entender que lo principal no es un bendito papel firmado sino el amor que sentimos el uno por el otro. Sólo eso y nada más. Y no será sencillo porque tengo enemigos que intentarán separarnos sólo para destruirme, pero no dejes que eso pase.

—Nadie podrá separarme de ti Valenti, nunca lo conseguirían porque sabes que voy a amarte toda mi vida, lo sabes ¿verdad? Pero me iré si tú me lo pides, jamás forzaría las cosas, aunque me duela el alma, no lo haría.

—Deja de llorar preciosa, ven aquí... nunca te dejaré ir, eres mía ahora, tan mía. Y deja de decir que me atrapaste tú sólo jugabas a tentarme, fui yo quien te atrapé al final. Porque te amo y amo estar contigo. Pero no será fácil, intentarán separarnos. Tengo muchos enemigos, enemigos muy cercanos que querrán convencerte de que esta boda fue planeada. No es verdad... quiero que lo sepas.

Varina secó sus lágrimas y lo miró entre emocionada y confundida.

—No me importa lo que digan los demás—dijo— sé que estás conmigo porque quieres estar y si me amas es como un sueño hecho realidad.

Varina secó sus lágrimas y rodaron por la cama haciendo el amor de nuevo, tenían toda la noche para hacerlo, para amarse y ser felices sin pensar en las dificultades del futuro sólo vivir el presente porque el presente les pertenecía por completo y el presente era amor y pasión.
